

Francisco Umbral

Teoría de Lola



Teoría de Lola es un libro de relatos de distinta temática, en el que alternan dos familias narrativas: la coloquial y la descriptiva; aunque todos ellos con el trasfondo existencial observado ya en otras obras. Algunos son inéditos, otros publicados anteriormente, entre los que destaca *Tamouré*, premio nacional de cuentos Gabriel Miró. Pero en todos ellos se vislumbra el peculiar talento del autor. La obra va acompañada de un extenso prólogo en el que Francisco Umbral hace un profundo estudio sobre el arte de escribir relatos cortos.



Francisco Umbral

Teoría de Lola

y otros cuentos

ePub r1.0

Titivillus 09.03.16

más libros en epubgratis.org

Título original: *Teoría de Lola*
Francisco Umbral, 1977
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Prólogo

Para mí, el cuento es a la literatura lo que el vacío a la escultura o el silencio a la música. El cuento, modernamente entendido, es lo que no se cuenta, es como esa máquina de fotografiar ausencias mediante la cual los americanos —supongo que son los americanos— pueden obtener la imagen de un automóvil en un aparcamiento media hora después de que el automóvil haya desaparecido.

Se ha dicho, y bien fácil es decirlo, que el cuento está o debe estar más cerca de la poesía que de la novela, más cerca de la lírica que de la épica. Efectivamente, el cuento no debe escribirse para contar algo, ni tampoco para no contar nada, sino precisamente para contar nada. A este punto de aparente gratuidad ha llegado la narración corta, el relato breve, hoy día, en España y en el mundo. El cuento es un perfume, un vacío transitorio, un paréntesis. Un buen cuento debe contar un transbordo de Metro, esos cinco minutos que invierte un hombre, cualquier hombre de la calle —o, más bien, de debajo de la calle— en pasar de un andén a otro del ferrocarril subterráneo. Al cuentista no debe importarle de dónde viene ese hombre ni adónde va. El novelista, por el contrario, tendría que contarnos todo lo anterior y todo lo posterior a ese cotidiano transbordo subterráneo, pasando por alto el transbordo o resolviéndolo en dos líneas. Pues bien, cuentista es el escritor que puede llenar cinco, diez o quince páginas contándonos precisamente el transbordo y nada más que el transbordo, interesándonos en él y sin recurrir, por supuesto, al truco final de que el viajero pierda el Metro o se suicide arrojándose a la vía.

El concepto de cuento, como el concepto de novela, ha evolucionado mucho desde las fórmulas tradicionales. Es más, yo creo que es la evolución del relato corto la que ha influido en la evolución novelística, y casi todas las novelas de estos últimos años están escritas con técnica de cuento o mediante la aliteración de diversos cuentos. La influencia del relato corto en el relato largo es ahora evidente y poderosa —aunque no sé si esto se ha visto bien—. El escritor de cuentos es al novelista lo que el investigador puro al médico o al técnico. El relato corto es el género experimental por excelencia y de esa experimentación constante, gratuita y fortuita del cuentista, nacen los grandes hallazgos literarios que luego son aplicados a la novela, a la literatura grande, y marcan la evolución de ésta.

Tengo que decir que Dickens, Chejov, Maupassant, Leopoldo Alas y todos los maestros tradicionales del cuento no sabían escribir cuentos. Fabricaban pequeñas novelas, microcosmos literarios, argumentos minutísimos como la maquinaria de un relojito de dama antigua. Iban al cuento con una mentalidad novelística. Eran los jívaros de la novela, maestros en el arte estupefaciente y un tanto repugnante de fabricar miniaturas reduciendo órganos vivos o muertos. La razón de ser del cuento tradicional está en la sorpresa final, en la consecuencia, en la moraleja o corolario. El cuento era una fábula en prosa, una conseja, un apotegma, un aforismo circunstanciado. Todo menos un cuento. El cuento sólo existía en función de su final, necesariamente edificante. ¿Para qué, si no, escribir esa miniatura de novela en unos tiempos en que la gente tenía tiempo y ganas de leer novelas grandes, largas, eternas? Para ejemplificar con una parábola que potenciaba su moraleja con la brevedad y apretura del contenido.

El cuento, hasta muy entrado nuestro siglo, no existe con entidad propia, como género independiente. Hace falta que Marcel Proust, el divino Marcel, nos enseñe a novelar lo que no es novela para que el cuento moderno se vaya haciendo posible. Efectivamente, yo diría que Proust hace su gran obra con todo lo que le sobra a Balzac, Proust cuenta todo lo que no contaría Balzac. Si el protagonista tiene que hacer un viaje, Balzac puede resolver ese viaje en cuatro líneas, porque de lo que se trata es de ir al grano y de llegar en seguida al punto de destino. Proust, en cambio, puede invertir varios cientos de páginas en contarnos un viajecito de cercanías hasta Balbec porque lo que a él le importa es precisamente el viajecito, y el motivo de éste no es sino una

disculpa para meter a sus personajes en un coche o un ferrocarril. Toda la poderosa narrativa moderna nace del debilísimo Marcel, que es quien nos enseña a valorar el tiempo no novelístico, el tiempo real. Una vez descubierto el inmenso continente de lo cotidiano, de lo mínimo, una vez ganados para la literatura los mundos extrabalzacianos, se hace posible el cuento moderno. Ciertamente que Proust apenas escribió cuentos —aunque sí sean o parezcan tales algunas de sus crónicas publicadas en la prensa parisiense—, mas sus libros están llenos de zonas enlagunadas, de microorbes literarios, sensitivos, gustativos, olfativos, que son como pequeños cuentos actuales, actualísimos, que van quedando cuajados a lo largo de la narración general. Cualquier página de Proust, bien escogida y acotada, puede valer por sí misma como un cuento de hoy: es decir, como un experimento literario en el vacío.

Para mí, el cuento es el género que mejor se corresponde con el estado de conciencia del hombre de hoy. En épocas de concepciones históricas absolutas, cerradas, equilibradas, en épocas en que reina la armonía de las esferas, el escritor, naturalmente, crea también orbes cerrados, complejos, perfectos en sí mismos. La idea de la circunferencia preside todas las mentes, como la aureola de los santos, y el escritor, aunque sea rebelde, inconformista, negativo, tiende a las estructuras esferoidales. Incluso para demostrar que el mundo está mal hecho, Cervantes y Dostoievski tienen que crear mundos bien hechos.

Por otra parte, el hombre ha hipertrofiado secularmente sus pasiones, su peripecia. El hombre viene supervalorándose, problematizándose, desde que descubrió el fuego y otras artes electrodomésticas. Han hecho falta muchos siglos de desencanto, de desengaño, de escepticismo, de ironía, de sabiduría, para que al fin, en nuestro tiempo, el hombre deje de tomarse tan en serio a sí mismo. Con la general desproblematización o desmitificación del hombre y de la vida en el mundo de hoy, resulta ya muy difícil escribir grandes novelas, porque las grandes novelas han de estar hechas, inevitablemente, de grandes pasiones, de crímenes y castigos, de humillados y ofendidos, de rojo y negro.

Mas el relativismo contemporáneo —el científico y el filosófico— ha empezado a poner en duda qué cosa sea lo rojo y qué cosa sea lo negro, e incluso a confundir y entremezclar lo negro con lo rojo. Es entonces cuando el escritor, el intelectual, el artista, de vuelta de los grandes sentimientos y la gran problemática, se vuelve hacia las pequeñas cosas de que realmente está hecha la vida. La literatura deja de ser ponderativa, trascendente. (Me refiero a una línea determinada de literatura, que me parece es la que nos corresponde históricamente, y que corre entre el gran caudal de las literaturas tradicionales todavía supervivientes.)

Está claro que en ese estado de desencanto por lo mayúsculo y valoración de lo minúsculo, el cuento deba presentárenos como el género más adecuado para recoger momentos, matices, resoles de lo cotidiano. Ya no hay princesas que cantar. Para cantar mecanógrafas y chicas de gasolinera basta con las breves páginas de un cuento de Saroyan. El literato está de vuelta, no sólo de la vida, sino también de la literatura. Y entonces escribe cuentos o escribe novelas que no son tales novelas, sino familias madrepóricas de cuentos: Dos Passos, Baroja, Saroyan, Cela, Max Frisch, Luis Romero, etc. El cuento se corresponde mejor con la idea fragmentaria, accidental, menesterosa, relativa, inconexa, que tenemos hoy de la existencia.

Ahora bien, ¿por qué el público, en el mundo entero y sobre todo en España, sigue prefiriendo la novela-río al cuento-flash? El público en esto como en todo, lleva unos cuantos años o unos cuantos siglos de retraso con respecto del arte y de la ciencia. La naturaleza, debidamente aleccionada por Oscar Wilde, se puso un día a imitar al arte, pero no esperemos que el hombre haga nunca otro tanto. O, por lo menos, que lo haga a su debido tiempo. El público imita siempre al arte de cincuenta años atrás. En

literatura, seguimos vistiéndonos a la moda de nuestros abuelos. El que los públicos no hayan conectado con la actualidad, novedad y vigencia del cuento moderno, más que invalidar nuestra teoría la confirma.

Por influencia de las literaturas anglosajonas, los escritores de lengua castellana, más americanos que españoles, están escribiendo hoy los mejores cuentos que se hayan escrito nunca en nuestro idioma. La vanguardia de la narrativa actual no está en la novela, sino en el relato corto, y son sus grandes hallazgos estéticos, técnicos, psicológicos y estilísticos los que nutren y renuevan a la novela, aunque esto no llegue al público, como no llegan los procesos previos de laboratorio anteriores al complejo vitamínico que ese mismo público compra en la farmacia. El escritor de cuentos es un escritor para escritores, y esto a mí no me parece mal.

Pero vengamos a la evolución del cuento en España, paralela, más o menos, a la del resto del mundo. No hay duda de que el primer escritor español que escribe cuentos modernos es Pío Baroja. Realmente, y como ya hemos dicho antes, todas las novelas de don Pío están hechas de un tejido de cuentos, como quien hace una alfombra de nudos. A mí me fastidia don Pío por lo mal que escribe y porque no tiene inconveniente en repetir cinco veces la palabra «desharrapados» en un breve párrafo de El árbol de la ciencia, para escribir, efectivamente, una reunión de desharrapados. Uno cree tanto en la eficacia del estilo, que se mosquea mucho con la genial eficacia de Baroja, tan desprovisto de estilo. En todo caso, uno reconoce que en Vidas sombrías aparece por primera vez en toda la literatura española un concepto moderno de narración corta, que no es sino un temblor, una entrevisión, un sentimiento que no llega a cristalizar, nada. Los cuentos de Baroja, sin principio ni final, nos anticipan un Saroyan y un Cadwell. Baroja, tan escéptico de las grandes cosas, espuma en sus relatos cortos la evidencia punzante de lo inefable.

El otro gran cuentista del 98 es Azorín. Tiene mucha razón Juan Ramón Jiménez cuando llama a Azorín «sensible limitado». Yo creo que Azorín inventó el párrafo corto porque tenía las ideas cortas, pero sus primores de lo vulgar, como definiera Ortega a sus miniaturas, se corresponden exactamente con la sensibilidad moderna para lo leve, lo transitorio, lo ocasional, lo mudo. Ocurre, sin embargo, con Azorín, que sus primores de lo vulgar son siempre consecuencia de un primor total del universo y de la historia, de un orden y una armonía casi siempre tácitos, pero evidentes. El vaso de agua clarísima que se bebe el cura de Riofrío de Ávila, pueblecito glosado por el maestro del 98, resume toda la inconsútil perfección del universo tal y como lo ve o lo gusta nuestro escritor. En Azorín hay un respeto por la historia y una alusión sutilísima a la perfección última del mundo que ya no es de nuestro tiempo. Así, su gusto por lo pequeño no es, como en Baroja y en los escritores modernos, un desencanto de lo grande, de lo trascendente, sino una humilde o limitada complacencia en apurar las pequeñas maravillas de cada día en que se va concretando la gran maravilla total. Azorín todavía cree en el orden de las esferas, sólo que prefiere o necesita cantar el orden de las pequeñas cosas. Es un clásico de lo mínimo, un Goethe de lo diario, un Aristóteles de lo vulgar. Ahí queda, empero, como anticipo de la sensibilidad moderna que en él apuntaba, su valoración del pormenor, su minuterio literario siempre a compás del menudo transcurrir de la vida y su preocupación existencial por el tiempo. Azorín, desde luego, no ha escrito otra cosa que cuentos, aunque casi nunca se califiquen ni clasifiquen así sus páginas.

Valle-Inclán, el otro gran prosista creador del 98, también inicia la sensibilidad moderna en nuestro país, y si bien sus cuentos están sobrados de argumento y responden a exigencias tradicionales, aunque un tanto tocados del tremendismo modernista y esperpéntico de toda su obra, en sus novelas, en cambio, encontramos ya una mentalidad de novelista o narrador en corto absolutamente contemporánea. Novelas como La guerra carlista no son sino un prodigioso trenzado de narraciones cortas, de

relatos breves sobre la penúltima guerra civil española. Y cada uno de los capítulos de esta novela —tan breves todos— tiene un sentido de cosa terminada en sí misma, rubricada con un rasgo de acción, de paisaje o de estilo. Valle-Inclán utilizó la técnica de Dos Passos en *Manhattan Transfer* y de Sartre en *El aplazamiento*, anticipándose al autor americano y al francés. No en los cuentos de Valle, pues, sino en sus novelas, asoma el prodigioso cuentista a la manera de hoy que él, genialmente anticipado en todo, sin duda fue.

Valle-Inclán, Azorín, Baroja. Ya ven ustedes si hay precedentes en nuestra literatura de la moderna manera de contar. Los cuentos de Baroja, sobre todo, son la gran anticipación del relato corto de hoy. Después del 98, Gabriel Miró escribe unos cuentos miniados, en altorrelieve, que tienen osatura de cuento tradicional y plasticidad de cuento moderno. Y hay que dar un salto sobre la llamada «generación del Cuento Semanal», que, pese a este rótulo, nada tiene que ver con la evolución del relato corto en España y en el mundo. Es en los años cuarenta o cincuenta cuando el relato breve español empieza a conectar realmente con las fórmulas norteamericanas. El caso más escandaloso de fortuna literaria es el de Camilo José Cela, que hace coincidir extrañamente una literatura muy española y tradicional, derechohabiente de la picaresca y el Siglo de Oro, con las estructuras narrativas de última hora. Así, la mejor novela de Cela, *La Colmena*, es también un entretreído de relatos cortos que se van tocando tangencialmente y que tienen como cobertura general el Madrid hambreado y frío de la posguerra. Pero no sólo es que *La Colmena* esté hecha con un bordado de plurales hilos, con un entramado de relatos cortos, sino que cada uno de esos relatos, a su vez, es rabiosamente nuevo y actual de concepción, pues que la mayor parte de ellos no termina o termina de cualquier forma, como corresponde a una mentalidad escéptica, relativista, de escritor de hoy, abocado a lo que Umberto Eco ha llamado «la obra abierta».

Efectivamente, toda la creación contemporánea —y me refiero al espíritu más que a la cronología— es obra abierta, cambiante, disponible, desde los móviles de Calder y el arte abstracto, en la plástica hasta las novelas sin principio ni final de Jack Kerouac. Un relato corto de hoy debe ser una obra abierta como abierta está siempre la existencia, en proyecto permanente, en pura posibilidad. Y, a la inversa, nada tan adecuado para reflejar este carácter abierto de la creación actual como el cuento, pues que su brevedad es ya una primera noción de provisionalidad donde el autor puede eludir ese inevitable determinismo que él ejerce sobre una obra grande, larga. La novela, necesariamente, ha de haberla escrito y encauzado alguien. Un buen cuento, por el contrario, debe dar la sensación de que se ha escrito solo. En él, queda reducido al mínimo el determinismo creador del artista. Vero volvamos a Cela. Me parece evidente que sus mejores logros están en los relatos cortos, en los cuentos. Los cuentos de Cela no son cuentos de situación, sino de personaje. Cela, en cuatro páginas, aboceta un tonto, un ciego, un mendigo español, un jirón de España negra. Luego, el cuento se termina porque el autor no sabe qué hacer con ese personaje que tan expertamente ha creado, o porque se aburre de él y no le apetece ponerle a andar, el cuento de personaje o el cuento de situación son dos variantes de una misma manera de entender el relato corto como momento de vida, como retazo de algo, como desconchón literario. Después de Cela, han escrito buenos cuentos en España Miguel Delibes, Ana María Matute, Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández Santos, Meliano Peraile, Medardo Fraile, Rafael Sánchez-Ferlosio, Manuel Pílares, Francisco García Pavón, Jorge Cela y pocos más. Todos ellos —distintivos personales aparte— vienen de la novela española tradicional, de nuestro cantado y decantado realismo, pero se instalan ya en un concepto moderno del cuento como género experimental y como creación abierta. El peligro de algunos de ellos es que el realismo sin apenas anécdota se les quede en estampa costumbrista, pero hay por debajo de ese neocostumbrismo un

dolorido sentir, una trascendencia amarga del existir que está mucho más allá de la complacencia bonachona de los costumbristas a la manera de don Ramón de Mesonero Romanos.

Así las cosas, no me queda más remedio que hablar ya de mis propios relatos cortos, que es lo que en cierto modo se me ha pedido, y que, por otra parte, es lo que con más gusto y conocimiento voy a hacer. El medio centenar de cuentos que más o menos habré escrito en mi vida está repartido por los periódicos y revistas nacionales, a más de un volumen donde recojo una docena de ellos y que se titula *Tamouré*, título a su vez del último de los relatos del libro, libro aparecido en 1965. Yo empecé haciendo unos cuentos dialogados, sin apenas descripción, donde se tomaba el lenguaje popular de la calle a distintos niveles sociales y en los años sesenta españoles. Con varios diálogos entrecruzados construía yo un cuento, jugando al contrapunto de los distintos temas que desarrollaba cada diálogo. No se trataba, empero, de hacer costumbrismo o sainetismo, ni siquiera realismo más o menos socialista, ya que mi intención, antes que todas esas cosas, era puramente poética, lírica. Me proponía crear un clima vagamente poético utilizando los modismos y el argot callejero de mi tiempo y mi país. Para ello, partía de una situación sugestiva en sí misma, una simbiosis de cotidianidad y sorpresa. Mi fórmula para esta clase de cuentos —¿quién no escribe con fórmula?— era introducir en un marco de vida vulgar un elemento insólito, sorpresivo, contrastante y, a ser posible, bello.

Así, mi cuento *Fábula del rey de oros*, que considero el más representativo de aquella manera. En *Fábula del rey de oros*, que luego adapté a la televisión, un macero municipal del Ayuntamiento de Madrid se presenta en su barrio menestral, un día, vestido con la dalmática y portando la maza de las grandes solemnidades. Se trata de que le vea uniformado un hijo suyo, un niño paralítico.

Vero este recurso es lo de menos. La eficacia del relato reside en mezclar a la pana y el cuero de un suburbio madrileño el arreo luciente y renacentista del macero. Inmediatamente los vecinos del macero le dicen a éste, con esa repentización plástica que caracteriza al bajo pueblo de Madrid, que parece el rey de oros. Mi protagonista se pasea por las tabernas del barrio con su solemne indumentaria, y los comentarios y pequeños incidentes que provoca su regia persona constituyen el cuento, que termina en cualquier momento, cuando la técnica sincopada ya no da para más.

Observen ustedes, en principio, que se ha invertido el orden con respecto de un cuento tradicional. La sorpresa, en lugar de ir al final del relato, va al principio. No cierra la narración, sino que la narración nace a partir de una sorpresa inicial llena de posibilidades y sugerencias literarias, humanas y plásticas. Un cuentista tradicional hubiera preparado a lo largo de todo el cuento la presentación del macero entre las gentes astrosas de su barrio, y habría cerrado con la aparición del padre deslumbrante ante el hijo paralítico, o algo así. La médula del cuento sería el proceso psicológico del hombre que llega a correr esta aventura por complacer a un hijo enfermo, y el efecto final, la aparición del rey de oros vivo.

Un mi cuento, por el contrario, el proceso psicológico no importa nada, como tampoco importa el efecto emocional del encuentro padre-hijo. Lo que importa es iluminar un callejón de vida humilde y cotidiana con la presencia súbita y luminosa de ese personaje renacentista. Se produce el milagro, como esos modestos milagros que alumbran cada día en las vidas de la hermosa gente, y se apaga sin consecuencias. La obra queda abierta. Todo ha sido un resol momentáneo del que no queda nada. En cuanto a la técnica narrativa, ya he dicho que se basa fundamentalmente en el diálogo, pero este diálogo de apariencia vulgar, lleno de giros populares, no está utilizado con voluntad magnetofónica, sino con voluntad poética, en gradaciones, reiteraciones de frases e incluso medidas de sílabas que confieso tienen su precedente en los diálogos populares de la novela y el teatro de Valle-Inclán. Hay, por ejemplo, en *La rosa de*

papel, *pieza teatral en un acto, de Valle, una plañidera que sólo dice entre el coro de alabanzas de las vecinas a una difunta: «Mujer de su casa», «Mujer de su casa».*

Este estribillo coloquial me sirve a mí de punto de partida para toda una técnica de poetización del lenguaje vulgar. No se trata, pues, de fotografiar, sino de sublimar, de transformar, de elaborar. Con esta técnica he escrito numerosos cuentos, hasta que un día decidí que la fórmula ya había dado de sí lo suyo y pasé a otra cosa, como vamos a pasar ahora.

Mi segunda época de cuentista, por decirlo de una forma pedante y autosuficiente, se centra en el mundo de la juventud española de los años cincuenta y sesenta. Una juventud apolítica, frívola, cínica, divertida, que está empezando a descubrir la libertad, la independencia, la rebeldía. El cuento más característico de esta época de relatos sobre el mundo de la yeyemania es quizá El guateque. La técnica a utilizar en estos cuentos sigue siendo la del diálogo contrapuntístico; pero hemos cambiado de estrato social y, por lo tanto, de argot. El lenguaje de la juventud de Argüelles no es exactamente el de los obreros de la Ribera de Curtidores, aledaño del Rastro madrileño donde nació. Además, el diálogo se complica aquí con descripciones literarias más demoradas y enriquecidas siempre con elementos extraños al relato en sí, como son textos exóticos, párrafos de periódico, anuncios callejeros, conversaciones absolutamente laterales, etc. Por ejemplo, en El guateque se intercalan diversos párrafos tomados de un estudio sobre los libros sagrados de la India, párrafos que tienen su función de contraste, enriquecimiento y apertura estructural dentro de esa pequeña pieza literaria que es El guateque.

Oíros cuentos de esta serie cuentan las horas de una estudiante madrileña desde que se levanta por la mañana hasta que se apea del autobús en la Universitaria, o el ocio de una mecanógrafa al salir de su oficina, ocio repartido entre el baile en un local juvenil y la lectura de un reportaje de revista sobre la intimidad hogareña y la juventud del asesinado presidente Kennedy. El procedimiento consiste siempre en acotar unas zonas vacías de la vida, unos espacios en blanco, neutros, pero significativos, dejando germinar en ellos toda la flora de recuerdos, inquietudes, estímulos, esperanzas, indeterminaciones, perfumes, que cualquier vida lleva dentro y que precisamente se abren con más pureza en esos momentos de pasividad. Si ustedes cogen el marco de un cuadro y lo aplican a una pared, a un paisaje, a una superficie cualquiera observarán que esa porción visual enmarcada casualmente se revaloriza en seguida, se singulariza, se aísla del conjunto y cobra entidad propia. No otra debe ser la técnica del escritor de relatos cortos que la de enmarcar cualquier esquina de la vida en la seguridad de que todo vale igual y que no hay más sugerencias en una puesta de sol que en una fachada trasera a la que nadie mira y donde el tiempo ha quedado fusilado de cara a la pared.

¿Quiere esto decir que los yeyés de mis cuentos estén vistos con objetividad fría, con indiferencia, con desgana? Todo lo contrario. Están vistos y vividos con amor, pero con un enorme respeto por su libertad, por su iniciativa, cuidando siempre de no imponerles el determinismo artístico de creador, aunque, naturalmente, dudo mucho de haberlo conseguido.

Finalmente, yo he dado en una tercera etapa de escritor de relatos cortos que es la más lírica y literaria de todas, y que también considero cumplida. Esta tercera etapa, última por ahora, se cifra casi exclusivamente en el poder de la prosa, en la palabra por sí misma como materia para crear un clima, un ambiente, una atmósfera. Si algo me interesa, en literatura, es crear ambientes. Me considero escritor de climas, antes que de personajes o de conflictos. Me preocupa, sobre todo, que en mis páginas se respire un ambiente, un olor, una temporalidad, antes que desentrañar las consabidas minucias psicológicas de la relojería humana. Así, el cuento más representativo de esta tercera etapa, constituida por lo que yo llamaría el cuento-poema, es Tamouré.

Tamouré es un cuento donde un hombre que habla o escribe en primera persona, fuma un cigarrillo asomado a una alta ventana de la noche de agosto madrileña. Mira para las fachadas donde lucen ventanas, recuerda perezosamente el día recién vivido, la piscina, el sol, las mujeres. Recuerda también párrafos de una carta que le ha escrito una mujer ausente, y noticias del periódico, y oye correr los automóviles por la noche de la ciudad, y escucha la guitarra de los chicos del barrio, que cantan allá abajo. Eso es todo. Se repiten los párrafos, las observaciones, los recuerdos. No ocurre nada. El cuento termina en el mismo minuto en que empieza. Es un experimento de cristalización literaria del instante fugaz, de adensamiento temporal, hasta llegar al cuajaron de vida sola, de materia pura, alumbrada y quieta. Para esta clase de experimentos el escritor no cuenta con otro material que el lenguaje. Estamos otra vez en Azorín quizá, pero partiendo de supuestos vitales absolutamente opuestos y, sobre todo, utilizando un lenguaje creador, una materia densa, pastosa, en lugar del lenguaje meramente transmisor de Azorín. Cuando se ha prescindido de la osatura argumental, del documento coloquial, de la estructura conceptual, lo único que le queda al escritor es el lenguaje, el idioma, la palabra, el estilo, para ir creando con esa materia olores, colores, sensaciones, equivalencias, un mundo que valga en sí mismo y no como documento del mundo real. Estamos en la literatura como cosa, en la literatura-objeto, en la absoluta plasticidad del idioma creándose a sí mismo.

La última consecuencia de este experimento desesperado con el lenguaje es el cuento Niña, mi niña-náusea, y es una evocación de un amor en primera persona. El enamorado recuerda cosas dispersas de la amada, la imagina en su vida actual, lejana y distinta, cuenta cómo una vez le regaló un disco y fueron juntos a comprarlo y estuvieron escuchando a Beethoven en la cabina encristalada de la tienda, y a él no le decía nada Beethoven, pero a ella la emocionaba. Y se cuenta, incluso, esa cosa tan tópica de que a él le han dado la noticia de que ella se casó algún tiempo atrás, y a partir de esa noticia escribe sus recuerdos, su desesperación, su amor prolongado ya artificialmente por esa extraña voluntad de los sentimientos para sobrevivirse a sí mismos. La prosa de Niña, mi niña-náusea está en muchos momentos medida, ritmada, al cuento se le notan mucho los endecasílabos, y recuerdo que con motivo de su publicación, un gran poeta, José Hierro, me acusó de estar invadiendo los latifundios de la lírica.

¿Quiere decirse que por este camino del palabristo puro se acabe desembocando en la poesía? Ya he dicho al principio —más bien he recordado— que el cuento está más cerca de la lírica que de la novela. Pero no creo que llegue a confundirse nunca con aquella, ni siquiera en la situación-límite de mi cuento. Y es que la conducta del poeta y la del prosista son exactamente contrarias. Dice Sartre en ¿Qué es la literatura? que el poeta valora y utiliza la palabra en sí misma, sin significaciones posteriores, en tanto que el prosista sólo utiliza la palabra en cuanto que le sirve para alcanzar una cosa. Esto, que es radicalización excesiva de una verdad profunda, no hace sino marcar la diferencia originaria entre el cantar y el contar. El poeta, aun cuando nos cuenta algo en el poema, como Jorge Manrique nos cuenta la muerte de su padre, está realmente cantando, proclamando al mundo su subjetividad, entregado a ese sublime irracionalismo que es la poesía, el solo gozo y la sola angustia de existir. El poeta no interpreta. Sólo expresa.

El prosista, el narrador, por el contrario, aun cuando parezca que canta, siempre cuenta. Siempre enumera e interpreta. Es toda la diferencia entre escribir apaisado y escribir vertical. Ya la configuración gráfica del texto presupone distinta actitud humana. El escribir vertical, en renglones cortos, es una primera exigencia de brevedad, de laconismo, de depuración, de esencialidad. La escritura a lo ancho, en cambio, invita al meandro, a la divagación, a la interpretación, al discurrir demorado. Si yo tuviera que poner en verso el cuento Niña, mi niña-náusea, aun con la ayuda de los muchos

endecasílabos que esa prosa esconde, me encontraría con que sobra más de la mitad del texto. Eso que en prosa puede resultar muy poético, en poesía sería un mal poema, un poema literario. Prosa y poesía pueden coincidir alguna vez en el puro palabrisimo, mas la palabra del poeta ha nacido sin pecado original, exenta de toda referencia exterior, y la palabra del prosista está siempre lastrada —venturosamente lastrada— de alusiones, de significados, de vivencias. La palabra del poeta es virgen y la palabra del prosista está preñada de la cosa que nombra. Así, lo más que puede hacer el prosista, lo más que puede hacer uno, lo más que puedo hacer yo, habiendo llegado a la situación-límite, a la frontera misma de lo lírico, es volver sobre mis pasos, desandar lo andado, asumir la gravidez de las palabras con su significado real, objetivo, concreto, y volver a escribir cuentos donde ocurran cosas, donde vivan gentes, siquiera sea de modo fugaz, y por donde circule libremente la vida.

Teoría de Lola

En la mañana neutra, en el hogar bombardeado de silencio y dudas matinales, entre la hoguera blanca del lecho y el farallón triste de los libros, el cuerpo desnudo de Lola, como una organización de manzanas, como un sistema femenino conseguido mediante la programación coherente de una cosecha, con músculos como melocotones dóciles al movimiento del brazo, de la pierna. Lola va, viene, se hace café, entra en la cocina, sale de la cocina, abre el grifo del baño, cierra el grifo del baño, se prepara una ducha, se prepara una tostada, enciende un cigarrillo, lo fuma con amargura, no se lo quita de la bota porque tiene las manos ocupadas, guiña un ojo por el humo, y en el ojo guiñado se le concentra una porción de noche, de sueño, de mal sueño (mucho whisky anoche, y me acosté muy tarde, qué cabronada).

Antes o después del café, mientras el gas arde en la cocina como una llama en el bosque o un espíritu en la nada, el Ché mira desde su póster el desnudo de Lola y ya el agua de la ducha viste su cuerpo de espléndidas desnudeces, desnuda su cuerpo con lamés de oro, plata, rosa y blanco. Una cabeza maya, de un extraño maya salmantino, de una aldeanía tosca y grácil, dura y culta, un cuerpo de cuello más gracioso que largo, toda la elasticidad de los hombros, toda la rebeldía no fatigada de los senos, toda la alfarería girante y melódica del vientre y las caderas y las nalgas, el adobe estilizado de los muslos, el agua corriendo entre vegetaciones adolescentes —ay adolescentes— hasta los pies desnudos, seguros, bien hechos, recortados, de oro.

Pero el tipo estuvo pesado anoche en el club. Primero tenía un vago prestigio varonil que le conferían las llamas de las velas, el acento recién llegado, la novedad de la camisa. Un cielo de camisa, Peter, le decía el unisexual del grupo.

El club. El funeral mundano de las velas, la liturgia dorada de la música, la palidez transnochada del terciopelo rojo. Y ese descubrimiento masculino de cada noche. O el café lleno de mujeres desnudas y mendigos. O las tabernas de una bohemia tardía, con muchos ciegos jugando al dominó a tientas y muchas viejas actrices cenando la sopa envenenada del desempleo. A medianoche, al tipo se le había acabado todo. El interés, la conversación, el apresto de la camisa y la novedad de la voz. A medianoche, al tipo sólo le quedaba una mera necesidad de hacer el amor, una necesidad casi mingitoria, vil, pequeña, filosófica.

Una cosa de urinario más que de novela.

Lola se ponía cualquier cosa para desayunar, antes de vestirse. Y para esto tanto whisky, tanta conversación, tanto sueño, tantas horas, tanta coña. El barrio despertaba como un cuerpo popular y a medio vestir. La casa despertaba como una cárcel alegre y vulgar. La ciudad despertaba como una estación de tren donde todos los trenes quisieran partir al tiempo, en direcciones contrapuestas y sin conductor.

Lola fumaba, tomaba café, miraba los libros, los cuadros, las fotos, las paredes, el periódico de la noche anterior, una revista, el teléfono, que nunca sonaba a aquella hora, y luego se vestía y se iba a la oficina. La oficina, el trayecto, el largo camino, entre las paralelas humanas, miles de paralelas, que avanzaban o retrocedían en la luz oriental amontonada contra las ventanillas. El compañero en el autocar o en el coche particular, la sonrisa, el tabaco, el saludo, el asedio del hombre desde muy temprano. Pero coño, si me quité un pelma de encima a las cuatro de la mañana, y ya empezamos otra vez a las ocho y inedia. Éstos es que no paran.

Claro que le gustaba. Esa pugna constante con el hombre, a ras de la mirada o de la piel o de las palabras o de los cuerpos. Un boxeo mental que obliga a mantenerse siempre en tensión, despierta, viva, beligerante. Los dos sexos no se conceden tregua. Es una guerra sin cuartel. Hubiera querido más naturalidad, menos alta comedia, pero así y todo la pugna era exaltante. Una gimnasia. No se puede bajar la guardia. O se baja dulcemente. Hombres, claro, algunos hombres, muchos hombres, los novios de provincias con su lujuria de portal, los hombres de Madrid con su cojear ideológico por

la vida, los hombres famosos con su sexo como un galardón, los hombres desconocidos con su dulce y pequeño amor desvalido, inseguro, los hombres, tan perdidos siempre en el cuerpo de la mujer, queriendo hacer una batalla de lo que debiera ser un minué. No aciertan nunca, los jodíos.

Y los compañeros, los compañeros de trabajo, llenos de mujeres, hijos, fines de semana, quinquenios, trienios, autoservicios, platos combinados, horas extraordinarias, plazos, letras, invitaciones, insinuaciones, confesiones, ¿vienes?, vamos, ¿vamos?, bueno, voy, tú y yo, ya sabes, tú y yo podríamos, sí, ya sé, ¿entonces?, entonces, no, y le acariciaba levemente la cara, la mejilla, el mentón hirsuto de barba nunca bien afeitada, cabezas flotantes, cuchillas recambiables, masaje floid para un afeitado fresco, pero nunca estaban del todo bien afeitados. Entonces no o entonces sí. A lo mejor a uno le decía que sí. Era un gesto muy suyo, muy de ella, acariciarle el mentón al hombre, a un hombre, un momento, levemente, con su mano segura, pequeña, seca. Una ternura momentánea, no una ternura particular, sino su ternura general hacia el hombre, criatura áspera y desvalida, adversario agresivo y tan fácil de pacificar. No acariciaba a un hombre, a ese hombre. Acariciaba a toda la especie, a toda la raza, a todos los hombres.

Ni ella se daba cuenta. Sí, están ahí, existen, esa legión penetrante, traspasadora, fría y cálida de los hombres. Pero luego, en la conversación, en el asedio, tan insistentes, tan iguales, tan hermanos de sí mismos. Lola, en la empresa, en la gran empresa, es una cabeza inclinada y una mano que escribe seguro y continuo bajo el rumor estelar de la informática bajo el zumbido einsteniano de la cibernética. Bobinas ruedan, circuitos viven, la inteligencia de la electricidad corre por los canales altos del tiempo, y, bajo el día desnatado de la fluorescencia, Lola es una melena corta que sólo mueve la brisa de la escritura, o una cabeza de pelo tenso que se inclina sobre el murmullo alfabético de la caligrafía. Y una mano segura, precisa, de una feminidad recortada y firme, que escribe y escribe, que ha escrito metáforas griegas entre las piedras solares de la cultura, que ha escrito cartas de amor bajo la sombra dura de cada tarde, que escribe ahora los idiomas desnudos de un futuro sin sangre. Antes de que ella viniera y después de que ella se vaya, los motores siguen girando, las cintas corren siempre, sin parar, día y noche, la inteligencia de los números se alimenta a sí misma hasta el infinito del poder. Pero toda la corriente poderosa y afilada de la técnica pasa al costado de Lola casi sin rozarla, como un río de acero inteligente en el que ella nunca se bañara desnuda. Lola enciende un cigarrillo, pide un café, habla por teléfono y sigue escribiendo, escribiendo, escribiendo.

A la salida del trabajo, de vuelta a la ciudad, con el sol en los ojos, se va como hundiéndose en el crepúsculo complicado y violento de Madrid. Arden hogueras de tiempo al fondo del mundo y Lola piensa en la hoguera total de la revolución, tiene sin saberlo la imagen grandiosa y autumnal de la sociedad a destruir, de la ciudad a incendiar en fuegos de purificación. Quizá la esperan reuniones, pactos, firmas, palabras, tabacos escondidos en interiores donde no da ese sol de limonada, quizá le espera el libro susurrante de las consignas o la voz oscura del compañero eficaz, sabedor, instructor, preciso, pero al que quizá le falta, sospecha ella, intuye, un poco de ironía, una punta de humor, un algo de distanciamiento.

—Sin un poco de cachondeo no vamos a ninguna parte. Pero el movimiento general y metálico de la ciudad la lleva hacia los barrios de las *boutiques*, hacia las grandes calles de las pequeñas tiendas como puestas en el interior de un jarrón chino, o las enormes tiendas que tienen una ligazón de música como una escalera mecánica para ascender anónimamente a los cielos de la última moda. Lola tiene que comprar libros, ropa, regalos, algo, y ya está en la confusión de los espejos, en la diversidad de las tiendas, en el confesonario perfumado de los probadores, confesándose con su propio cuerpo, viéndose desnuda por zonas, poniéndose y quitándose cosas, probándose

lencerías y pantalones. Estás más gorda, estás más delgada, estás buena, dicen los hombres que estás buena, se lo han dicho esta tarde como todas las tardes, con la mirada larga y la palabra corta, y va sintiéndose ya como ensalivada de lujuria, lubricada, despierta a su cuerpo, porque el cuerpo ha dormido, o casi, durante todo el día, mientras ella iba en automóvil, escribía, oía el rumor de las máquinas, de modo que ahora es cuando empieza a recobrar su cuerpo, flor sorda y malparada de la noche anterior, anémica densa de esta tarde, un semidesnudo bruñido por espejos de probador, deslizado por sedas y transparencias, sonreído por las dependientas, por la dependienta, por la triste dependienta de rostro un poco irregular, melena tonta y tiñas rotas.

Lola vive un momento el mareo pueril de los grandes almacenes, la repetición de la propia imagen en mil reflejos, como un halago comercial al comprador, halago que nos hace únicos haciéndonos como maniqués de pasta, halago que nos abulta de música, perfume, novedad y sonrisa, para que salgamos a la calle con un relleno rosa y cordial, con una tripa de plástico, gomaespuma y tervilor que sustituye por un momento al insustituible vacío de nuestra vida. Pero todo eso le cansa en seguida a Lola y se va a la calle habiendo comprado algo o sin haber comprado nada, y por un momento ha tenido el enfrentamiento interior con esa otra mujer, la dependienta, que es más o menos de su edad, pero que sin duda no sabe nada de nada y cree vivir en el mejor de los mundos posibles y trabajar en la mejor de las tiendas posibles, comfortable de microsurco, última moda y aire acondicionado. Habría que explicarles tantas cosas, piensa, pero tampoco se va a poner demagógica consigo misma, y lo que se lleva en su interior es la imagen de sí misma, el semidesnudo del espejo, el dorado firme de los hombros.

Así que vuelve a casa.

A casa para merendar, darse una ducha, hacer unas llamadas, recibir unas llamadas, leer el periódico de la tarde, que ha comprado en la calle, preparar la salida de la noche. A casa para estar un rato sola, silenciosa, con la frente apoyada en la sombra y el recuerdo envolvente como una bata fría.

En el baño, otra vez desnuda, o en el lecho, semidesnuda, antes de cambiarse, se le abre lenta y totalmente el nardo secreto de la sabiduría, la botánica cálida del deseo, y se va deshojando a sí misma lentamente, sombríamente, como aprendiera aquel día, como la enseñó aquel hombre. ¿Pero tú nunca de niña? No, nunca. Pero mujer, si eso todas. Y el desdoblamiento sereno del ser en dos, de la mujer en hombre y mujer, se pautan como una furia creciente, como un anónimo invasor, como una prisa de océanos y lechos.

—¿Pero tú nunca, de niña?

—No, nunca.

—Pero mujer, si eso todas.

Así y así. Él se lo había explicado, en una lejana tarde verde y nublada. Así y así. No valía la pena o sí que valía la pena. En todo caso, era la prolongación de sí misma hasta donde hiciera falta, el empuñarse totalmente, como había querido hacerlo mediante el pensamiento, durante tantos años. Contenerse a sí misma en una idea. Qué difícil. De este modo sí se tomaba a sí misma, se exploraba, disponía de sí, hacía estallar una carga silenciosa en el arsenal de rencor que era su vida. Fríamente, largamente, manipulando el recuerdo de su propio cuerpo gustado con ojos que procuraban ser los ojos de un hombre. Así miran ellos, así mira él. Deshojar la carne hasta el fin, hacerle dar al silencio del cuerpo su clamor más callado, encender en el frío de la mente la hoguera más heladora. Alguien habló del amor como de un crimen sin víctima. ¿Y esto? Una batalla sin contrario.

—¿Pero tú no, de pequeña?

Había huido de su niñez, ya cuando era niña. Había huido hacia la posesión mental de

su vida y de su ser. Había ignorado duramente las revelaciones espontáneas y rosa de la vida. Quizás había querido llegar a todo con la cabeza antes que con el cuerpo. No abandonarse, no perderse, saber siempre por dónde y por qué. Cuidado con los laberintos. Resuelto o sabido el laberinto del mundo, resulta que el cuerpo era el laberinto único, el propio cuerpo donde los hombres se perdían tocando la guitarra, leyendo un libro o coleando interminablemente. Y donde ahora se perdía ella (tan clara, tan dominadora, tan sabedora, tan segura, tan insegura), asistiendo atónita al griterío hermético de la carne —que previamente había provocado—, no sabía ya si por entrar más en sí misma o por liberarse al fin en la pura pérdida. Huían músicas, descendían meses, sonaban silencios y Lola, deshecha en sí misma, pulsaba con su mano imparcial la lira sombría, manante y cálida que era su propio y desconocido cuerpo. Hasta el gemido.

Teoría de Carmen

El piano, el piano, es un poco duro este piano, o un poco blando, de modo que habría que conseguir otro, pero cómo, cuándo, con qué, y suena un poco duro, sí, o mi poco blando, y Bach te queda hirsuto, bien sabes que Bach te queda hirsuto, ah, la música barroca. ¿Sabes que hay una novela de Alejo Carpentier que se llama *Concierto Barroco*? Me lo dijo en París, cuando fui a verle, en la embajada de Cuba, toda de moqueta verde, en la ralle de los Faisanes, o algo así, *Concierto Barroco* de Alejo Carpentier, me comentaba mi amigo romano en la Plaza Navona, eso tiene que ser ya el ludibrio del bodrio, qué locura, qué maravilla, qué cosa, así que tú me darás un día un concierto barroco, nos lo darás a mí y a don Alejo, ya en el siglo de las luces, en tu casa con tan pocas luces, pero desnuda al piano, desnuda y desnutrida, como después del amor, o con un chaquetón de mello alto, turbulento, encima de tu cuerpo sin nada, inerme de blancura, nata que duda, lirio grande que se muere.

A no ser que venga el tipo, ya sabes, con su melena y su dolor, con sus grandes manos albañiles, y haga sonar el piano de un manotazo largo, como un cuerpo muerto que cae al agua, aguas de la música, y el estremecimiento del viejo mueble, que le vas a estropear el piano a la chica, coño, y las luces de los cuadros, los colores de los viejos diplomáticos embalsamados y maquillados, iluminando el apartamento, el frío de la calle, la sombra de tu villa, Carmen, el contraluz de tu historia. Mira a ver qué podemos hacer, piensa en otro piano, las tiendas están llenas de pianos, la ciudad está llena de tiendas, y los grandes muebles musicales pastan en las alfombras de las casas bien puestas —mira la casa de los duques de tal, en los domingos de abecé, a todo color—, como paquidermos de la Edad de la Música, grandes especies a extinguir. Como cuando acudías a aquellos viejos conciertos en el caserón con muertos y peluquerías, y allí nos conocimos, y mirabas a los ojos con el estupor de las vírgenes vigilantes, y toda la música del mundo dormía en ti, callada, secreta, no dicha, no hecha, y han pasado años, yo lo he visto, muchacha, hasta que lo musical se ha fraguado en ti como lo verde se fragua en el árbol, como el río se fragua en la nieve, de modo que he asistido al milagro, sí, a fuerza de paciencia, días, malentendidos, vasos de leche, bocadillos desganados, he asistido por buhardillas y domicilios ajenos, por estudios y retretes, al nacimiento lento de la música en ti, al rumor del mar en el bosque, de bosque en el mar, que ahora levantas del piano mientras me pongo olor en las axilas. Desnuda al piano, oro muerto de tu pelo, mirada por ti misma en las paredes, cuerpo grande de la vida, esqueleto vencido que acompaña a la música, muslos de claror quieto, grandes muslos de un mármol conmovido, una niña en los ojos, un deseo en la boca, y los senos pueriles, asomados inocentemente al mar oscuro de la música. Ah, caderas dolientes, el dulce desvencijamiento de tu cuerpo, tan literaria al piano, y sin saberlo, no hagamos literatura, me decía a mí mismo en el espejo. Recuerda parques secos, el amor en las carreteras, con lejanía de perros y camiones, recuerda habitaciones interiores, patios negros, o las altas buhardillas con damas y guerreros, escaleras del atardecer, monjas de doscientos años hablando por teléfono, y la cancela que te abrían. Hasta el amor confuso que te daba, mi paciencia de años, mi impaciencia de horas, el crimen fácil del amor, la violencia sin luz en que por fin se me quedó tu cuerpo como un sauce de besos. Largos aprendizajes, tus huidas en moto, esas casas pobladas donde un negro y un chino compartían con amor tu desayuno, y yo dormido bajo tus piernas grandes, bajo la sombra blanca que tú eres, desvalimiento, voz y manos grandes, manos que pulsan un cuerpo y pulsan un piano, boca que entra en la vida con avidez marina, con caricia de hermana, o un alambre en tu cuello, circular y tan fino, cuando el esternón te cantaba en la cópula, ángel vencido, playa derribada, gladiadora caída como la estatura de la nieve. Mira a ver si el café ya está caliente, ponme un poco de leche, abre el libro francés por donde huele a estanques, pulsa con manos grandes, en la tormenta del piano, los costillares antiguos de la

música. Dime qué fue del tiempo, del Parque del Oeste, y borra tu pasado, tumo el mío, a maretazos de música, a golpes de piano, loca furiosamente, o huye de los pianísimos. De la música nace toda cosa, decían los viejos bujarrones de tu Francia, pero en la música muere toda cosa. Ahoga en música el pasado, nuestro presente pobre, la historia de unos años, tu infancia de verano y medicinas, borra padres y madres, borra hermanos, el alcohol de los locos y el amor de los viejos, deja sólo la música en el mundo. Quiero tu pelo interminable, tu chaqueta de ante, el pantalón vaquero, el hondo dril donde una estatua candada, una muchacha, muere de ausencias repentinas, como claros en el bosque, muere de amor sin fe, quiero tu nariz sucia, como las maltratadas estatuas de los parques, quiero tu larga boca, un cuerpo enorme y leve como el alba en los puertos, esa profundidad de tu hondo beso y el espesor ingenuo de unos muslos. Siempre hay enfermedades, ya lo sabes, parientes al teléfono, enemistades, ascensores que suben, y toda la botánica y toda la farmacopea no sabidas, perfumando de bosque y de senderos los años ya lejanos del encuentro. Deja fórmulas raras, deja altos manicomios como palomares de la locura, tose a fondo tu pena, tose tu pecho claro y borra con la música el sabor de mi cuerpo y el color singular de las asignaturas.

Un amor entre espejos, un verano con muerte y con amigos, cuando la flor marina que llevas entre las piernas daba toda su luz en las cocinas. Perfume o cocacola, algo subía a tu cuerpo, bañaba ya tu edad, la juventud que tienes, o ese reloj que ya por las mañanas te despierta y asesina. Hay un pasado de conservatorios, hay un ruido de motos en tu vida, pero yo estoy aquí, al norte de los fríos, escribiendo de prisa que te quiero. Esto es o era un relato de amor, un cuento triste, la colaboración para una revista, el poema en prosa que la máquina escribe sola, porque pulso en mi máquina un piano de alfabetos, como tú escribes cartas de música y solfeo. Mira el amor ya muerto en todos esos lechos, mi cadáver asténico que no cabe en tu cama, mira mi boca de odio bebiendo de tu cuerpo como las aguas beben la sal y los venenos.

Canto lo que he perdido y pongo entre los dientes la navaja de sílabas con que decir tu nombre, nombre que nunca supe, que suena a sures grandes y a la negrura húmeda que tu cuerpo no tiene. Mira a ver el solfeo, dale a Bach más amor, Beethoven, ay, el hombre, lo ha pasado muy mal. Eras una blancura, algo vago y doliente, cuando bajo mis ojos te fuiste haciendo tú. De ti nació la música, como de mí naciste, y he asistido al milagro doble y tan repetido de ver un cuerpo puro asomado a mí mismo y de ver unas manos que la música forja.

Yo he inventado tu sexo, como se inventan flores, y he visto que del árbol lento de tus veinte años germinaba la música como se inicia el viento. A ti acuden pianos, rebaños de sonidos, se manifiestan oboes bajo tu pecho vano, los grandes paquidermos, las góndolas del cielo, los grandes ataúdes de música y grafismo, con una partitura como una vela rota. Madrugas, vas a clase, hablas no sé con quién, repartes tu blancura entre parientes locos, besas a niños solos, yo huelo tus armarios, esos rincones hondos donde todo el desorden perfuma de agua y sexo los libros y las cartas. Cómo poner en orden tu casa y tu cabello, cómo cerrar las puertas, cómo cerrar los grifos. Todo fluye en tu vida y todo se remansa, vives entre descuidos, fumas tabaco ajeno, toses por compromiso. Luego, enciendes luces a destiempo, o traes una lámpara que defiende tu cuerpo, y eres alta en la noche, alta en el amor, como un ángel vicioso o una virgen maligna.

Mira a ver si te curas, lee algo de vez en cuando, no descuides tu francés, toca ya lo que sepas, que no sé si algún hombre, algún bulto de sangre, acertará a seguirte hasta tu ausencia triste, hasta tu enfermedad y tu piano. Eso era todo. En la ciudad con hierros y monedas, en la enorme ciudad con oro y latas, tú estás desnuda al piano, entre los ascensores, salvando a los viejos maestros, haciéndolos sonar con ese temblor nuevo de tu pulso. Eres lo que no existe, la música desnuda, un obstinado

pelo, una mujer desnuda haciendo música.

Tan lejos de ti, es un milagro y un reposo saber que mientras todos suman en sus calculadoras y viajan en sus t arteras, tú estás ahí, entre millones de seres con los bolsillos rotos, tocando el piano hora tras hora, mejorando la voz de Scarlatti, apurando el trino de Mozart, trabajando el metal de la sinfonía en el yunque helador de tu piano. Ellos, muertos de música, contemplan tu desnudo asomados al piano, cuando una partitura y un flexo presiden la obstinación dorada de tu pelo. Te brotó la música, como un estío, entre los senos leves y los muslos ingentes. Y he escuchado en tu vientre, con los ojos abiertos, el silencio profundo de tu sangre tan lúcida.

Cuídate, fuma poco, come algo más, mujer, vete a dar clase, y húndete en ese bosque, en esa selva, húndete en esa música profunda adonde no puedo seguirte porque se me caen las orejas en el barro, entre las hojas, y me tiembla la mano entre tus piernas. He sido tu alimento, el pan sexual que instituyó tu edad, la levadura masculina que te hizo, y ha pasado tu cuerpo por mi biografía como una poderosa desgana. Plantas viriles crecían para ti en la espesura antigua de mi vida, como tu cuerpo extenso y destruido ha alimentado mi boca de sales y de oros, de mineral azul y de licores. Vivimos uno de otro, nos dimos ese pan de la lujuria, comimos de un manjar lento y tan ácido, y ahora a ti te crece la música en las ramas, como a mí me crece la soledad en la chaqueta. Cuídate, fuma poco, come algo más, mujer, vete a dar clase.

El concierto

Fuimos entrando en la sala por la puerta grande, por las grandes puertas de oro viejo y madera agusanada, pero otros invitados se descolgaban por la claraboya, saltaban por las grandes ventanas verticales, e incluso alguno descendió por el tubo que bajaba del techo, tubo o cañería de calefacciones, desagües o no sé. Al llegar al salón, todos se quitaban la chistera para desempolvarla después de su escalada, o la pelaban de las primorosas lelas de araña que se le habían adherido.

Con esta limpieza se organizó en el salón una pequeña polvareda, y algunas damas empezaron a toser delicadamente, e incluso hubo alguna que escupió sangre, y otra que se desmayó armoniosamente, y la sacaron entre cuatro caballeros, horizontal, con los senos descubiertos para que se le pasase el ahogo.

La gente se saludaba de lejos o de cerca. Algunos ancianos venían a lomos de sus amas de cría y los impertinentes de las damas brillaban ante los monóculos de los caballeros. Había un caballero de aspecto germánico que nunca se quitaba el monóculo, que lo llevaba incrustado en la cara, en torno del ojo, y podían verse huellas de sangre seca en aquella incrustación. Era el crítico musical.

Los niños, vestidos generalmente de almirantes, correteaban por entre los músicos, que afinaban ya sus instrumentos, y soplaban un momento en una flauta, o pateaban el piano, graciosamente, pero un acomodador vestido de personaje de Shakespeare iba recogiendo a los infantes y cloroformizándolos, de modo que acabaron quedando apilados en un rincón, debajo de un gran piano, dormiditos y medio desnudos. El concierto iba a empezar.

Por las grandes claraboyas entraba una luz cruda y polvorienta que le quitaba intimidad a la sala, pero luego el tejado se fue poblando de curiosos y rezagados, así como las ventanas, de modo que sus figuras taparon la luz y los que estábamos en el patio de butacas y las plateas nos vimos sumergidos en una penumbra muy favorable al clavecín. Entre la gente de las claraboyas había libertinos, mendigos, caballeros elegantes y afamados, pero un poco libres, guardias, golfos de la calle y aurigas que habían traído a sus señores al concierto y tampoco ellos querían perdérselo, pues los aurigas melómanos se daban mucho en aquella ciudad de geranios, hortensias, cisnes y asesinatos.

Las altas damas no se dignaban mirar a las alturas, a la gente de las claraboyas, porque siempre había algún duque que aprovechaba para hacerles gestos obscenos a las señoras, o para orinar desde las alturas. Los más viejos filarmónicos iban muriendo, algunos de ellos, por el esfuerzo de haber llegado hasta la sala de conciertos atravesando montes y tenerías, y a los muertos se los instalaba dignamente en el vestíbulo, improvisando una capilla ardiente. Había un piano, a modo de ataúd, para cada muerto, pero ya iban faltando pianos, y al cadáver que no tenía títulos de nobleza se le metía con otro. Apareció el director de la orquesta, que era un negro de melena blanca, vestido de diosa egipcia, fue dando la bendición a todos los músicos, uno por uno, y la arpista, que era joven y delgada, se le acercó dentro de su vestido de lamé de plata. El director le pasó una mano por la cadera, en tanto que con la otra mano pulsaba el arpa, para comprobar que estaba templada, y hubo en el teatro un murmullo discreto, pues era manifiesto para la buena sociedad que el gran director negro y la arpista estaban amancebados, e incluso habían tenido algunos niños, o más bien angelotes de retablo barroco.

En cuanto la orquesta se hubo conjuntado y empezó la sinfonía, que era un anónimo veneciano del xvii, los oyentes abrieron grandes periódicos del día anterior y empezaron a leer las cotizaciones de la bolsa y las últimas noticias del Vietnam y del caso Dreyfus.

De vez en cuando, algún caballero hacía una pelota con el periódico, estrujándolo ruidosamente, lo lanzaba a la cabeza de algún músico y abandonaba la sala sonriendo

a izquierda y derecha, despidiéndose de todo el mundo. Al quedar su butaca vacía, uno de los calaveras de la claraboya se descolgaba hasta la sala por las grandes arañas y ocupaba la butaca. Hubo un momento en que la música se hizo especialmente melódica, y todo el público acompañó sus vaivenes con la cabeza y con los hombros, pero la mayoría de los caballeros no dejaban de leer el periódico, aun cuando se balanceasen dulcemente.

Llegó el solo de la arpista, y mientras ella tocaba de una manera áspera y profunda, su vestido se le iba licuando sobre el cuerpo, y cayó en lentos lagrimones hasta el suelo, quedando ella desnuda entre los negros trajes de los músicos. Era una mujer delgada, pálida, con los senos demasiado grandes para su delgadez. El cabello rubio le caía sobre los hombros y uno de los hijos que había tenido con el director —un niño negro con el pelo verdoso— apareció por entre bastidores y se abrazó a las piernas de su madre mientras ella tocaba. Pero, a todo esto, los mendigos de las claraboyas y las ventanas ya habían empezado a incendiar el teatro, que ardía suavemente mientras la orquesta seguía tocando. Al grito de «Los niños primero», muchas damas corrieron a recoger sus nenes, que dormían bajo el piano, cloroformizados, y con ellos en brazos huyeron del siniestro. El público masculino fue abandonando lentamente la sala y el concierto terminó entre ruinas humeantes. Todo el mundo se proponía volver al domingo siguiente.

Cuando yo tenía una novia en Peña Grande

Cuando yo tenía una novia en Peña Grande (no hace tanto tiempo, después de todo) tomaba el 67 en la plaza de Castilla, y el 67 era un autobús rojo, grande, nuevo, largo, y esto ya le daba un optimismo a mi amor imposible, y todo el tiempo iban sonando en el autobús músicas, órdenes, palabras, transistores o altoparlantes, no sé, y en la primera parada se subía una señora embarazada, con un abrigo a cuadros, y una madre joven, progre y fea, con un poncho, que se sentaba a mi lado e iba todo el trayecto leyéndose todo, absolutamente todo, sobre la próxima boda de Spartaco Santoni, porque siempre hay una próxima boda de Spartaco Santoni.

En tierra se quedaban unas enfermeras de la Clínica de la Paz, con unas bolsas de El Corte Inglés, y recuerdo mañanas grises, o tardes frías, y la criada que iba enfrente, con los labios muy rojos, muy pintados, con la boca un poco cruel, infantil y un poco cruel. Ay las boquitas pintadas que vuelven a poner su beso duro en el frío de las grandes ciudades. Había que pasar, de ida, por la calle de don Melchor Fernández Almagro, y yo recordaba cuando había subido al piso oscuro de don Melchor, en la calle de Ayala, donde él estaba, oscuro y revuelto, con ojo revirado, entre libros del siglo XIX, en ese caos doble del solterón y el historiador, y me dijo que no me firmase Paco, que me firmase Francisco. «Para qué va usted a hacerse un nombre que no le gusta.» Y, efectivamente, Paco no me gustaba, y sigue sin gustarme, y a mi novia de Peña Grande tampoco le gustaba, que le gustaba más decirme Francisco, y lo decía con lentitud y amor, pero no lo decía como las europeas enamoradas, como las turistas rubias, sobre todo las francesas, que decían «Francisco», poniendo el acento en la letra última, en la sílaba última, como una súplica, porque nada sabían de mí, salvo que yo llegaba en la noche sola y caliente de la ciudad, pisando descalzo los adobes del pasado y las moquetas del amor.

Pero el autobús seguía hacia Peña Grande, camino de la casa de mi novia, del barrio de mi novia, aquella novia (no hace tanto tiempo, después de todo) que asimismo quería saber más cosas de mí, porque las mujeres siempre quieren saber más cosas de uno, y subían y bajaban amas de casa en todas las paradas, gentes silenciosas, obreros, clase media del extrarradio, una sociedad extramuros, y pasábamos por donde la Ciudad de los Periodistas, al norte frío de Madrid, y yo miraba los grandes bloques donde debiera haber constituido un hogar cristiano, en lugar de andar en autobuses rojos y distantes, al encuentro de novias imposibles y suburbiales. Pero cada uno es como es y el conductor del 67 era joven y tenía la patilla larga, como yo mismo, y hacía girar el enorme trasto sobre sí mismo, con habilidad y fuerza, en las curvas inverosímiles, entre calveros, solares, desmontes y rascacielos, y bordeábamos la Dehesa de la Villa, a donde en otro tiempo, qué larga historia vas teniendo, venías con amores igualmente aleatorios y crepusculares, hasta que las pandillas de delincuentes jóvenes, de homosexuales y todo eso ponían en peligro el alma de la muchacha y mi cartera, y el guarda que aparecía a tiempo: «Más vale que se vayan ustedes de aquí, no podemos con ellos, no dejan en paz a las parejas».

Ahora están las excavadoras, las hormigoneras, los albañiles, los aparejadores, y los golfos y las parejas han desaparecido en su cielo turbio y litográfico, y con las figuras se van borrando el paisaje, ay, y los árboles caen cada mañana y todo es ya un Manhattan pobre de edificios que son Madrid y no son Madrid, y ni árboles ni bosques, ni pecado ni homosexuales, ni novias de un día, ni Dehesa de la Villa, sino los cómodos plazos, el ascensor de bajada y subida, las facilidades y el skai, el portero automático, la ropa tendida, el frigorífico con cerveza adulterada y la adolescente leyendo *Lucecita*. Así iba yo, en el trayecto de mi autobús, rojo como una inminencia, haciendo la travesía de un Madrid que ya no era nadie, y recuerdo que a la vuelta se pasaba por la calle de Finisterre, que ni es calle ni es nada, y puede que hubiera un campo de fútbol improvisado y unos mozzallones con el pijama azul —yo a ese traje de

hacer deporte lo llamo pijama—, azul muy claro, dándole patadas a la pelota, como esbeltas manchas en la desolación de los solares, en tanto que el viaje que había empezado en la plaza de Castilla iba a terminar, unas horas más tarde, otra vez en la plaza de Castilla.

La chica y yo nos entendíamos poco; ella era una madrileña de fuera de Madrid, que soñaba un futuro con niños y exprimelimonos en una de aquellas colmenas grises de las afueras, y veíamos tiendas de muebles, anuncios de periódico, comidas al plato, cartas de restaurantes, películas de reestreno, y aquello iba siendo cada vez más imposible, porque uno ha buscado siempre en la novia del extrarradio el secreto verde y hortelano de la ciudad en su extremo campestre, pero aquel secreto se acababa pronto y luego estaba el peligro de quedarse para siempre allí, viendo la provincia comida por el hormigón, viendo el planeta devorado por la excavadora, en una lejanía lunar respecto de la Puerta del Sol.

Los besos estaban contados y un día nos dimos el último, y cuando cogí el 67 de vuelta, rojo autobús que me salvaba de tantas cosas, lo encontré confortable, cuidado, poblado, y tuve la emoción de estar haciendo un viaje definitivo, uno de esos viajes sin retorno que se hacen de tarde en tarde en la vida. Ahora que estoy salvado de aquella historia de extrarradio, la recuerdo con nostalgia (no hace tanto tiempo, después de todo), porque el corazón es contradictorio, y si bien dijo el poeta que se canta lo que se pierde, también es cierto que se pierde lo que se canta, y ahora sí que he perdido para siempre aquella novia de Peña Grande, cuando me he puesto a cantar ni 67, autobús rojo de extrarradio, buen tema para un disco de *rock* o para un cuento como los que ya no escribo.

Ella —cómo era, Dios mío, cómo era— se habrá casado con un funcionario que le llega todas las tardes puntual para el amor, el televisor y los plazos, en un 67 o en un 600. Y verán desde la alta ventana que da al campo, un futuro sencillo que yo no veo. Cómo era, Dios mío, cómo era.

Cuando, allá en el suburbio, cosías, arrabalera, unas cortinas

Íbamos hacia el suburbio, hacia tu lejano barrio, donde termina la tarde, íbamos en un imposible taxi, o en Metros olorientos, en autobuses, trolebuses, tranvías, a pie, ya no me acuerdo, cruzábamos los barrios de las negras, de los negros, colonias de pobreza y ropa dura, pisábamos los charcos de una lluvia que había llovido sólo en el suburbio, cabaretera, mi novia arrabalera, cantó Lorenzo Gonzalo, tú qué sabes, te quiero en mi pobreza y nunca he de cambiar.

Íbamos, ya digo, hacia tu casa. A Dios tan sólo pido que tus lujos y riquezas, con lágrimas no tengas que pagar, el cielo será cielo, la tierra será tierra y todo será siempre, siempre igual. Cabareeeeetera, mi novia arrabalera. En fin, el rollo retrospectivo. Cuando allá en el suburbio, cosías, arrabalera, unas cortinas. Y entre todos recordábamos, en el viaje, la violencia de tu pelo, la invasión de tus ojos, tu cara de Virgen de las Angustias pecaminosa, la fuerza de tu boca, eso que tienes, tenías, tuviste, tuvo —cómo era, Dios mío, cómo era— de muchacha/muchacho cosiendo unas cortinas.

Tus hombros de maternidad y energía, el torso valiente, la firmeza salvaje de tus formas, dureza de lo blando, ternura de lo fuerte, aquel culo de piedra convencida, aquellos muslos grandes como selvas. O tus lejanos pies de anchura y gracia. Besabas, nos besaste, hundiéndome un magnolio en la garganta. Metiendo una dulzura entre los besos.

—¿Te acuerdas de sus pechos?

—¿Y aquel culo?

—¿Te acuerdas cómo era?

—Jó, si me acuerdo.

Cruzábamos los parques con mendigos erigidos en estarnas, con estatuas tendidas en los bancos. Íbamos, ciempiés de hombres, hacia la casa breve, hacia tu casa. Cabareeeeetera, mi novia arrabalera, te quiero en mi pobreza, y nunca he de cambiar. Y tú, soñando como sueñas con lujos y riquezas, ni te fijas en mí. Lorenzo González, unas maracas dulces moliendo el tiempo en los lluviosos cincuenta. Qué digo Lorenzo González. Son los Rolling's Stones, o como coños se escriba, los que precipitan piedras rodantes, rodantes rocas, por el desfiladero de los días, de modo que tú, soñando como sueñas con lujos y riquezas, ni te fijas en mí.

Mercados donde agoniza un ternero con vísceras de poeta. Mataderos donde baila un carnicero con pesadas botas de sangre. Y tu lengua, el recuerdo de tu lengua, que recorría nuestro cuerpo, mis cuerpos, viva como un insecto que fuese un gusano que fuera una lengua, y acariciaba, y buscaba, y besaba, y amaba, la lengua, aguja cálida, cosiéndome puntadas de saliva por toda la anatomía de la tristeza.

La lengua, oruga enamorada, viajando como una llama tenue y vivísima entre la fronda del vello, la distancia cartilaginosa y la piel sin color, hasta glorificar erecciones como días, embastonamientos pretenciosos. Tu lengua, que nos dejaba incendiados de humedad, claros de saliva, relajados y alegres como niños. O sea que íbamos en busca de un recuerdo. La gente hacía cola para tomar el autobús, las muchachas dejaban que la lluvia las poseyese como un rito, los automóviles encendían unos faros melancólicos, amarillos, enfermos, contra la lentitud de la tarde y la negación de la luz.

Y tú,

soñando como sueñas

con lujos y riquezas,

ni te fijas en mí.

Hasta que hundiste tu cuerpo, como un guerrero horizontal y ciego, en mil falos candentes que llameaban dentro de tu risa. Por bocas musitadas, por alegres vaginas

entraba ya el incendio de la muerte. Besos, luchas, liberaciones momentáneas, caídas en otra bella prisión, y el afán reiterado de tu cuerpo, clavado a una estacada varonil, gritando la evidencia de la hoguera. Qué multiplicación caliente de las formas, qué perdida batalla de tu dominadora mitología, obrera de los besos, oficiala del sexo, centurión femenino del orgasmo.

Así nos dominabas, nos tenías, así hacías de nosotros —tan jóvenes de nuevo— unos hombres felices, terminados, unos alegres hombres viviendo su naufragio. Ah el canto de tu carne sobre un niño derrotado, ah la música espesa de tu cuerpo sobre el sexo bienaventurado de este viejo. Cuando allá, en el suburbio, cosías, arrabalera, unas cortinas. Íbamos entre sauces enfermos de ciudad, entre farmacias roncadas donde suele haberse agotado la penicilina, entre gestantes que saludan a Dios con un pañuelo y ferrocarriles sin prisa por pasar entre las piernas de humo del jefe de estación. Íbamos llenos de mercancías y de sueños, buscando una mujer de trono sexual y piel despierta. Era el desagüe lento de las oficinas, la melancolía de las bañeras donde se baña un viajante de comercio al anochecer, eslabonado de hoteles, y la multa que un guardia, lleno de autoridad amarilla, le pone a ese camionero que asoma su cabeza de centauro por una garita del cielo.

Buscábamos, en fin, perdernos en la ciudad, salvarnos de la ciudad y encontrar la amistad alcalina de tu cuerpo, penetrarnos una vez más del dolor suavísimo de tu sexo. Transverberarnos de vagina dulce, largas destilaciones y saliva. Lorenzo González duerme bajo una linotipia de posguerra.

Conque llegamos a tu casa, no sé cuándo, llegamos a tu barrio, pasando puentes barrocos, puertas de fortaleza, emboscadas, hasta encontrarnos en el laberinto del ladrillo, y fuimos desvelando las vocales que numeran el tiempo en las afueras.

Las viejas, en corros, cantaban zarzuela bajo la lluvia, en las esquinas. Los chicos del barrio, en pandillas rubias y hoscas, incendiaban a un jubilado sobre la hierba municipal, y luego le apagaban las ropas echándole en la fuente que hay a la puerta de tu casa.

Era un barrio de factorías, pequeñas ventanas con ropa de niño y grandes soledades donde pastaban cabras y fornicaban disimuladamente algunas parejas. Llamamos a tu puerta y toda la escalera se llenó de vecinas que pelaban cebolla y nos nevaron de cebolla menudita los hombros del abrigo. Eran vecinas curiosas a las que perdimos de vista cuando entramos en tu casa. Tardamos en encontrarte, porque tuvimos que esperar en un comedor donde una tertulia de bomberos jugaba a las cartas y oía la radio. La radio daba un combate de boxeo y un concurso. Los bomberos se habían quitado el casco —algunos— y lo tenían en el suelo. La partida parecía muy animada.

Como éramos muchos, nos pasaron a otro comedor, más pequeño, desde el que oíamos sonar la radio de los bomberos. Cabaretera, mi novia arrabalera, te quiero en mi pobreza y nunca he de cambiar. La radio, ahora, daba canciones. Canciones de moda, viejas canciones de Lorenzo González.

—La niña sale ahora. Está cosiendo unas cortinas.

Y nos pasaron a tu cuarto de costura. En tu cuarto de costura había un costurero primoroso que nos gustó mucho. Y un montón de ropa que debían ser las cortinas. Pero tú no estabas. Dos periquitos cantaban en una jaula. Uno tenía ya la frente blanca, porque debía ser viejo, y el otro era blanco todo él. En un rincón había un homosexual de pelo rubio, con reflejos, que se estuvo quieto y nos saludó sin levantarse.

Allí permanecemos hacinados, esperándote, y niños y niñas nos trajeron un vaso de leche para cada uno, y el homosexual me pidió un poco de leche, y bebió de mi vaso.

—Oy qué buena está —dijo.

Los niños y las niñas jugaban al corro en la pequeña habitación. Nosotros teníamos calor, pero se estaba bien.

Y esperábamos tu aparición. A los bomberos se les oía jurar, en su partida de cartas, a través de las habitaciones, la radio tocaba eso de Lorenzo González, pero también retransmitía el encuentro de boxeo y el concurso, los periquitos cantaban y los niños también. El homosexual suspiraba y habíamos empezado a conversar entre nosotros. Era mucho jaleo.

—La niña se está duchando. En seguida viene.

Y te imaginamos en la ducha, desnuda, trabajada por el agua fría y dura, como una roca femenina, como una columna que fuese una mujer.

—Ahora se estará enjabonando las ingles.

—O las nalgas.

Se habían ido los niños y se había dormido el homosexual. El rumor de los bomberos y de la radio era como más lejano. Había gran expectación. Hasta que apareciste.

—Hola, chicos.

Reías con tu risa un poco salvaje y estabas desnuda. Tenías el pelo suelto y mojado, la cara fresca, el cuerpo lleno de formas y de luces. Estábamos en penumbra, pero no encendiste la luz. Después de besarnos a todos, uno por uno, probaste la leche de mi vaso (ya casi no me quedaba) y te sentaste junto a la costura.

—Estoy cosiendo unas cortinas.

Hubo un gran silencio allí en la tarde. Nos llamamos como un solo hombre.

Luego, tú hablabas y hablabas, sin dejar de coser. Los teatros, las amigas, los novios, los viajes, la lluvia, las cortinas. Entró un bombero a decir que un boxeador había matado a otro, en la radio.

—Qué horror, qué violentos —dijo el homosexual sin salir de su sueño.

El bombero se llevó a los otros, porque les faltaba gente para la partida o para hacer un orfeón, o para ambas cosas, y nos quedamos tú y yo solos. Pronto se les oyó cantar, a todos los hombres. Cabaretera, mi novia arrabalera. Yo te miraba, miraba el óvulo puro de tu rostro, sesgado por unos ojos canallas, la salud de tus hombros y tus brazos, tus pechos, la cera viva de tus manos cosedoras, haciendo unas cortinas, y la sombra del anochecer se iba cuajando en tu regazo desnudo, y tus muslos eran dos piedras blancas, solemnes y fulgentes en la oscuridad. Cuando te levantabas, cuando ibas y venías por el cuarto, yo miraba tu culo hecho de realidad y de temperatura.

He dicho que estábamos los dos solos, al fin, cuando en realidad el homosexual seguía dormido, ovilladito, en su rincón, y casi a sus pies nos tendimos, me tendiste no sé cómo, cuando yo estaba viendo cómo te aparecías y desaparecías en la oscuridad, cómo cosías en la tiniebla con puntadas de luz, y así viví el poder radiante de tu cuerpo, el musgo maternal de tu lujuria, el amor que repartiste entre tantos, pasando entre legiones de hombres, a través de altas tapias masculinas, hilvanándote ahora sólo para mí en el semen nocturno de toda una generación.

Me habías desnudado y te ponías mi ropa sobre tu desnudo, una chaqueta triste o unas botas de pobre, y yo me hundía en el montón fresco y murmurante de las cortinas, que fueron nuestro lecho, unas inmensas cortinas de abundancia y cordial hilatura. Sólo tenía un poco de miedo de pincharme con la aguja prendida en ellas. Pero me hundía, me hundía, bajo el peso fragante de tu risa, bajo la ligereza de tu cuerpo, mientras los otros cantaban, el homosexual dormía, los golfos rugían en la noche del suburbio y entraban en mi boca una invasión de vaginales flores.

Los felices cuarenta

Tapia de posguerra con efigies políticas, cartelones de revista desgarrados y letreros que dicen «Rojos al paredón», «Gibraltar español», etc. Se oye en algún sitio, levemente, *Tatuaje*, de la Piquer. Tres personas hacen cola. Están pegados a un extremo del escenario. En primer lugar una vieja con una alcuza. Es la «mujer con alcuza» de *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso. Detrás, un señor alto, algo así como un pequeño burgués que se empeña en guardar las formas. Ropa raída, gabardina y sombrero. Botella en la mano y franja de luto en una manga. Detrás una estraperlista gorda, abultada de carnes y estraperlos, con muchos refajos, sayas, lutos y flecos.

Mujer con alcuza. — Madrid es una ciudad de un millón de cadáveres.

Pequeño burgués. — Chits.

Estraperlista. — (Con una mano en la boca, en confidencia.) ¿Quieren alubias blancas, de La Bañeza? Las tengo buenas.

Mujer con alcuza. — Para alubias están los tiempos.

Pequeño burgués. — Chits.

Estraperlista. — Garbanzos gordales, pan blanco, tabaco, cupones del racionamiento, medias de cristal, harina de otro costal, armarios de luna...

Pequeño burgués. — Chits.

Mujer con alcuza. — Madrid es una ciudad de un millón de cadáveres.

Estraperlista. — Mantecadas de Astorga, misales Nácar-Colunga, navajas de Albacete, cangrejos de río, facistoles...

Mujer con alcuza. — Para facistoles están los tiempos.

Pequeño burgués. — Chits.

Quedan en silencio. Por el otro extremo entra Celia Gámez, vestida de Celia Gámez, como para actuar, con sedas y plumeros, contoneándose.

Celia Gámez. — Buenas. ¿Es ésta la cola del aceite?

Estraperlista. — Sí, señorita. Yo le doy la vez.

Celia Gámez. — (Fumando.) ¿Y usted cree que será de oliva o de soja?

Mujer con alcuza. — Yo creo que es aceite de chicharros.

Hay un silencio y alguien suspira. Celia Gámez tararea a media voz una de sus canciones más conocidas.

Estraperlista. — Señorita, ¿quiere usted lana para colchones, agua fresca, bombón helado, pan blanco, pan negro, azúcar, canela y clavo, agua, azucarillos y aguardiente?

Celia Gámez. — No, gracias, me estoy quitando.

Estraperlista. — Pero usted es la Celia Gámez. Miren, miren, si es la Celia Gámez.

Mujer con alcuza. — Para Celias están los tiempos.

Pequeño burgués. — Chits.

Estraperlista. — Doña Celia, ¿me firma usted un autógrafo?

Celia Gámez. — Se lo cambio por medio kilo de café.

Estraperlista. — Vale, tome usted. Y fírmeme aquí mismo, en la cartilla de racionamiento.

Mujer con alcuza. — Madrid es una ciudad de un millón de cadáveres.

Celia Gámez. — Oiga, pues huele muy bien este café. ¿Es brasileiro?

Estraperlista. — Portugués, doña Celia. O sea del bloque ibérico.

Celia Gámez. — (Guardándose el medio kilo de café en el escote.) ¿Pero es que esta cola no anda o qué?

Mujer con alcuza. — Están vareando los olivos.

Pequeño burgués. — Chits.

Hay otro silencio. Celia Gámez sigue tarareando su canción, mientras fuma. Entra otra mujer con alcuza, exacta a la primera.

Mujer con alcuza dos. — ¿Quién da la vez? Anda, pero si es la Celia Gámez. Y qué bien huele usted a café, señorita.

Mujer con alcuza uno. — Madrid es una ciudad de un millón de cadáveres.
Celia Gámez. — Yo huelo a lo que me da la gana, oiga.
Mujer con alcuza dos. — ¿Y todas las artistas huelen así de bien a café?
Celia Gámez. — Depende de que tengan un querido en Abastos.
Estraperlista. — ¿Usted tiene un querido en Abastos?
Celia Gámez. — Yo no tengo queridos, pero otras veces huelo a maderas de Oriente.
Mujer con alcuza dos. — ¿Usted tiene un querido en maderas de Oriente?
Pequeño burgués. — Chits.
Mujer con alcuza uno. — Madrid es una ciudad de un millón de cadáveres.
Mujer con alcuza dos. — Usted lo que tiene es medio kilo de café en el escote, que se lo estoy viendo. ¿Me lo cambia por kilo y cuarto de lentejas sin hueso que traigo en la saya?
Celia Gámez. — A ver si están frescas.
Mujer con alcuza dos. — Fresquísimas, señorita. Además que éstas son lentejas, y si las quieres las comes y si no las dejas.
Hacen la transacción. La mujer con alcuza le da a Celia Gámez las lentejas a puñados, y Celia se las va guardando por todas partes. Entra una mujer muy bella, con abrigo de pieles. Trae las botellas para el aceite en un capacho y viene acompañada de un señor con sombrero, gafas negras, camisa negra y bigotillo. Es sin duda la querida de alguien.
La querida de alguien. — ¿Es ésta la cola del aceite?
Mujer con alcuza dos. — No va a ser la cola de Jesús de Medinaceli.
Mujer con alcuza uno. — Para Medinacelis están los tiempos.
La querida de alguien. — No saben ustedes con quién están hablando.
Mujer con alcuza dos. — Sí, con Sara Montiel.
Pequeño burgués. — Chits.
Hay un silencio y Celia Gámez sigue canturreando.
El acompañante de la querida de alguien. — Leonor, me parece que esta cola está llena de rojos.
Estraperlista. — (A la querida de alguien.) ¿Y usted por qué trae tantas botellas en el capacho? ¿Es que se va a llevar todo el aceite de la cosecha?
Querida de alguien. — La cosecha es para los nacionales y aquí me parece que hay mucha estraperlista.
Mujer con alcuza uno. — Madrid es una ciudad de un millón de cadáveres.
Estraperlista. — Usted debe ser la querida de alguien.
Querida de alguien. — ¡Estraperlista, roja!
Mujer con alcuza dos. — Una de las dos Españas ha de helarte el corazón.
Celia Gámez. — Por favor, qué falta de maneras.
Querida de alguien, o sea Leonor. — Me están faltando, Manolo.
Manolo. — Son ustedes una chusma y una canalla y una horda. ¿Para esto hemos ganado una guerra? ¡Firmes todo el mundo!
Se ponen firmes. Afuera se oyen gritos crecientes que se aproximan: «¡Atleti, Atleti, ra, ra, ra!».
Todos. — ¡Es el Atlético Aviación!
Entra el Atlético Aviación a paso gimnástico.
Todos. — ¡Campeón de Copa y de Liga!
El Atlético Aviación trae en alto una copa y una liga. Van con sus camisetas y botando balones.
Todos. — ¡Atleti, Atleti, ra, ra, ra!
Desaparece el Atleti, al que han seguido con la mirada.
Mujer con alcuza uno. — Madrid es una ciudad de un millón de cadáveres.
Pequeño burgués. — Campeón de Copa y de Liga.

Mujer con alcuza uno. — Para ligas están los tiempos.
Celia Gámez. — Pues yo les hice una vez el saque de honor.
Mujer con alcuza dos. — (A Leonor.) Señorita, le vendo medio kilo de café barato.
Leonor. — Oye, Manolo, mira lo que dice esta buena mujer.
Manolo. — Enséñenoslo, a ver qué color tiene.
La mujer saca el medio kilo de café. Lo huelen los tres.
Leonor. — Huele que alimenta. Se lo cambio por una lámpara de comedor.
Mujer con alcuza dos. — Pero que no sea con restricciones de luz.
Leonor. — Nada, casi no tiene restricciones. En seguida se la trae mi marido. Anda, Manolo, vete a buscar la lámpara del comedor. (Guarda el café en el escote.)
Mujer con alcuza uno. — Ustedes los ricos es que tienen de todo. Hasta lámparas de comedor.
Pequeño burgués. — Chits.
Estraperlista. — Estará liada con alguno.
Celia Gámez. — Tampoco hay que faltar.
Mujer con alcuza dos. — Hoy por ti, mañana por mí.
Leonor. — Lo que hay en España es de los españoles.
Estraperlista. — Pero es que unos son ustedes más españoles que otros.
Entra una mujer con alcuza igual a las anteriores. Viene cantando *Tatuaje*.
Mujer con alcuza tres. — ¿Es ésta la cola del aceite? ¿Quién da la vez?
Leonor. — Servidora.
Mujer con alcuza tres. — Uy qué bien huele por aquí a café. Seguro que es la Celia Gámez, que la veo ahí haciéndose la distraída.
Mujer con alcuza dos. — No, es esta señorita, que lleva medio kilo en el escote.
Mujer con alcuza tres. — Estará usted liada con alguno.
Leonor. — ¡Y dale! Soy nacional y basta. Además que se lo he cambiado a esta señora por la lámpara del comedorcito. Mire, ahí la trae mi marido.
Entra Manolo con la lámpara encendida en la mano. Es una lámpara de tulipa. Arrastra el cable. Se la da a la vieja con un montón de papeles.
Manolo. — Tome usted, y éstos son todos los recibos de la luz pendientes. Tendrá usted que pagarlos o le embargarán la lámpara.
Mujer con alcuza dos. — Pero esto no es lo convenido.
Manolo. — Pues la denunciaremos por traficar en café. Usted no sabe con quién está hablando.
Leonor. — Eso es. La denunciaremos.
Toda la cola. — ¡No hay derecho! ¡Qué vergüenza!
Monolo. — ¡Silencio! ¡Firmes!
Se ponen todos firmes. Vienen de fuera ruidos de una manifestación. «¡Gibraltar español!» «¡Gibraltar español!» Se acercan las voces.
Toda la cola. — ¡Es una manifestación!
Entra la manifestación. Son otra vez los del Atlético Aviación, con su camisetas, que traen además gorras, sombreros y pancartas donde se lee el mismo grito de «Gibraltar español». Los de la cola les ven pasar sin decir nada. Sólo Leonor y Manolo gritan.
Leonor y Manolo. — ¡Gibraltar español, Gibraltar español!
Se va la manifestación.
Manolo. — ¿Y ustedes por qué no han gritado?
Mujer con alcuza uno. — Madrid es una ciudad de un millón de cadáveres.
Pequeño burgués. — Chits.
Estraperlista. — Peines, chocolatinas, bombón helado, jamón de Jabugo, melones del tiempo, garbanzos de Fuentesauco, alubias del Barco, juguetes prácticos... (Saca algunas de estas cosas de entre las sayas y las reparte entre los de la cola.) Tomen, tomen, que si no se lo va a llevar el obispo de Madrid-Alcalá. Ya me pagarán cuando

puedan.

Mujer con alcuza dos. — O cuando vengan los nuestros.

Mujer con alcuza tres. — Los nuestros ya no quedan.

Están todos en silencio, cada uno con un objeto en la mano. La mujer con alcuza tres, que es la última de la tola, tiene la lámpara de comedor en la mano, encendida, aunque el cable y el enchufe cuelgan por el suelo.

Leonor. — Ya le dije que no tenía casi restricciones.

Mujer con alcuza dos. — Pero lo de los recibos es un embarque.

Manolo. — Ustedes los pobres es que lo quieren todo.

Entra Zarra con camiseta y calzoncillo de jugador. Trae un balón en la mano y lo bota.

Todos. — ¡Es Zarra, es Zarra!

Zarra. — ¿Es ésta la cola del aceite? (Se pone a la cola.)

Leonor. — ¿Me firma usted un autógrafo, señor Zarra?

Zarra. — Se lo cambio por un kilo de café, que me entona antes de los partidos.

Leonor. — Sólo tengo medio.

Zarra. — Pues le firmaré con un solo apellido.

Zarra y Leonor se ponen muy juntos a hacer el trato.

Manolo. — A ver si me vas a poner los cuernos con este señor de los calzoncillos.

Leonor. — Es Zarra.

Manolo. — Pero no estuvo en Brunete, como yo.

Mujer con alcuza uno. — Para Brunetes están los tiempos.

Leonor. — Señor Zarra, ¿quiere usted que le cante *Tatuaje*?

Zarra. — Venga.

Pequeño burgués. — ¿Sabe cantar la señorita?

Celia Gámez. — Será una aficionada de Radio Madrid.

Leonor. — A toda la cola, que me estará escuchando, y en especial a Zarra, o sea la furia española, que es el delantero centro de mi vida.

Manolo. — Ya sospechaba yo que en tu vida había un delantero centro.

Leonor se quita el abrigo de pieles, queda medio desnuda con él en la mano, y canta *Tatuaje*, en medio de la atención de la cola. Zarra sonrío halagado y de vez en cuando huele la bolsa de café que tiene en la mano, como si fuese una flor.

Mujer con alcuza uno. — Para tatuajes están los tiempos.

Pequeño burgués. — Qué voz, qué sentimiento, qué raza.

Celia Gámez. — Una aficionada de Radio Madrid.

Estraperlista. — Qué raza, qué sentimiento, qué voz.

Leonor termina de cantar y casi todos aplauden.

Mujer con alcuza uno. — Madrid es una ciudad de un millón de cadáveres.

Leonor. — Y ahora, como me he emocionado y me he enamorado y el amor da generosidad, le voy a regalar mi abrigo de pieles a esta señora que es tan mayor y para eso es la primera de la cola.

Le pone el abrigo a la mujer con alcuza uno, a la cual le arrastra por el suelo.

Manolo. — ¡Leonor! ¿Tú sabes lo que haces? ¡Eso es demagogia! ¡El abrigo te lo compré yo con mi trabajo!

Leonor. — Tú lo que eres es un enchufado.

Toda la cola. — ¡Enchufado, enchufado!

Estraperlista. — Tome, señor, para que no se ponga triste.

Ha sacado un toro de cartón, como los de los niños, y se lo regala a Manolo, a quien parece hacerle ilusión el regalo.

Manolo. — Oiga, ¿no será una alusión?

Estraperlista. — Ah, eso usted sabrá.

Leonor. — Son de cartón, Manolo, y seguro que Zarra sabe ponerlos de verdad.

Mujer con alcuza dos. — ¿Pero es que no anda nada esta cola?

Mujer con alcuza tres. — Y con lo que está cayendo.
Entra mujer con alcuza cuatro. Es igual que las anteriores.
Mujer con alcuza cuatro. — ¿Es ésta la cola del aceite?
Mujer con alcuza uno. — Madrid es una ciudad de un millón de cadáveres.
Pequeño burgués. — Chits.
Estraperlista. — Ceniceros, encendedores, máquinas de afeitar eléctricas, crema visnú, nivea, colonia la Giralda, nocilla qué merendilla, corbatas, chorizo cular, gambas a la plancha, ajillo, pil-pil, llevo de todo...
Celia Gámez tararea su canción y enciende otro cigarrillo. Las mujeres con alcuza dos y tres le hacen el coro. Leonor y Zarra hacen manitas y caritas. Manolo hace gimnasia militar dentro de su gabardina. La mujer con alcuza cuatro le da unos golpecitos en la espalda a Zarra.
Mujer con alcuza cuatro. — ¿Se puede?
Zarra. — (Volviéndose.) Adelante, buena mujer.
Mujer con alcuza cuatro. — ¿Es ésta la cola del aceite? Oiga, qué bien huele usted a café con leche.
Zarra. — No, señora, a lo que yo huelo es a furia española. Soy Zarra.
Mujer con alcuza cuatro. — ¿Seguro que no se dedica usted a hacer estraperlo de café con leche? Le estoy viendo medio kilo en el bolsillo.
Zarra. — Ah, sí, usted perdone, me lo ha donado esta señora tan amable.
Mujer con alcuza cuatro. — Se lo cambio por un balón de reglamento.
Zarra. — Pues me está haciendo mucha falta un balón de reglamento, precisamente, que el último me lo quitó la selección inglesa.
Manolo. — ¡Hijos de la Gran Bretaña!
Leonor. — Zarra, ¿vas a desprenderte de mi medio kilo de café, que tanto significa en nuestro amor?
Zarra. — Mujer, es por un balón de reglamento. El futuro de España está en un balón de reglamento.
Manolo. — ¡Zorra, deja a Zarra!
Zarra y la mujer con alcuza cuatro hacen su trato. Ella ha sacado un balón de reglamento y se lo cambia por el café. Zarra da unas pataditas de acá para allá, con el balón.
Leonor. — Zarra, ven aquí, que pierdes el sitio en la cola.
Se oyen fuera pitidos, voces, bocinas. Todos miran. Entra la Vuelta Ciclista a España, a gran velocidad, y cruza el escenario. Son los mismos del Atlético, pero con gorras de ciclistas y en bicicleta. Llevan camisetas de futbolistas.
Toda la cola. — ¡Es la Vuelta a España! ¡Hale Berrendero! ¡Hale Cañardó!
Zarra ha corrido un poco tras ellos, con el balón en la mano. Vuelve a la cola.
Leonor. — Creí que me dejabas por la Vuelta a España.
Mujer con alcuza uno. — Madrid es una ciudad de un millón de cadáveres.
Pequeño burgués. — Chits.
Estraperlista. — Gomas para los paraguas, bocadillos de anchoa, bar en el entresuelo...
Celia Gámez vuelve a tararear, todas las mujeres con alcuza le hacen coro. Manolo hace la instrucción por el escenario. Leonor empieza a desnudar a Zarra sacándole la camiseta por la cabeza. Entra Manolete vestido de luces.
Toda la cola. — ¡Es Manolete!
Manolete. — Buenaz. ¿E ézta la cola er azeite?
Mujer con alcuza cuatro. — Sí, y yo le doy la vez. ¿Quiere usted medio kilo de café a buen precio para tomarse una tacita con Arruza?
Toda la cola. — Desde que ha venido Arruza, Manolete está que bufa... Pelonaaa, sin pelooo...

Manolete. — ¿Ya cómo er café, zi pué zaberze?

Mujer con alcuza cuatro. — Se lo regalo a usted con bolsa y todo, por torero y por hombre.

Manolo. — Y por haberse negado en Méjico a torear con la bandera de aquella República de sangre y lodo.

Manolete. — Bien, puez lez voy a torear un toro en zeñá e gratitú y pá jasé ezta cola má corta y má breve la ezpera.

Leonor. — ¡Hele!

Manolete. — A ver eze toro, caballero.

(Manolo le enfila su toro de cartón, el que le ha dado la estraperlista. Manolete se guarda el medio kilo de café en la montera y se la vuelve a poner en la cabeza. Saca del bolsillo la capa y la abre en abanico. Todos aplauden.)

Leonor. — (Escondiendo su cabeza en el pecho de Zarra.) Qué horror. No puedo ver la sangre.

Zarra. — Mujer, sólo es un toro de cartón.

Leonor. — Manolo le va a matar, seguro que lo mata. Conozco bien a Manolo.

Toda la cola. — (Con música del pasodoble de Manolete.) Manolete, Manolete, si no sabes torear por qué te metes...

(Manolete torea de capa el toro de cartón movido aviesamente por Manolo, mientras sigue sonando la música del pasodoble, coreada por los de la cola, que de vez en cuando aplauden un lance. De pronto, el toro derriba a Manolete, que cae muerto en el acto. La montera y la bolsa de café ruedan por el suelo.)

Leonor. — ¡Ay, ay! ¡Te lo dije, te lo dije! (Se abraza a Zarra.) ¡Manolo, asesino, enchufado!

Toda la cola. — ¡Asesino, enchufado, fascista!

Corren hacia Manolete, se inclinan sobre él. Hay confusión y gritos. Se oye el «Atleti ra, ra, ra», que vuelve. Entran los del Atlético con su Copa y su Liga. Entre cuatro futbolistas levantan a Manolete en alto, sobre sus cabezas. Lo llevan solemnemente, como en un entierro. Las cuatro mujeres con alcuza, de rodillas, le hacen un planto al torero muerto. Zarra y todos los otros futbolistas van respetuosamente tras el cadáver. Leonor y Celia Gámez se abrazan llorando. Empiezan todos a cantar muy tristemente, con música del romance de la reina Mercedes:

Todos. — Manolete ya se ha muerto, muerto está, que yo le vi, cuatro mozos lo llevaban por las calles de Madrid...

Manolo. — (Que se había quedado en un rincón con su toro asesino, saca un silbato y empieza a dar órdenes y pitidos.) ¡Alto, quietos, todos a sus puestos, vengan acá, firmes, formen, a la cola!

La cola vuelve a organizarse. El Atlético Aviación también se pone a la cola. Y Manolete, que ha saltado al suelo, vivo, el último. Manolo se queda en un extremo, dueño ya de la situación, con el silbato en la mano, como una pistola, autoritario, y el toro caído a los pies.

Manolo. — ¡Va a empezar el suministro de aceite! Todos con sus cartillas de racionamiento en la mano. ¡Que pase el primero! (Toca el silbato enérgicamente. Avanza la primera mujer con alcuza y desaparece. Suena dentro una descarga de fusilamiento. La mujer reaparece retrocediendo, tambaleándose, ensangrentada. Cae muerta.)

Telón.

Historia de agosto

Anoche, cuando yo hundía mi voz en una carne habitual y cálida, ladraban los perros de agosto como ahuyentando a la luna. Luna menguante en un cielo relajado por la tormenta ida. Todo el campo tenía la ligereza sin sueño de un galgo joven, y los trenes iban a través de la noche como pensamientos largos y leves del mes inaugurado.

El ladrido de los perros, aquí en el campo, tiene una calidad temporal que no tiene en la ciudad. Los ladridos distantes y cercanos son como las estrellas del campo. Un campo estrellado de perros. El perro, en la noche de la ciudad, es un delincuente o un escandaloso. Su ladrido es una queja corta, una protesta ciega, una interrupción, una llamada. El perro, en la ciudad, ladra contra la ciudad. Aquí en el campo su ladrido pierde toda hostilidad, se llena de tiempo y se esparce por el tiempo. Estos ladridos lejanos de los huertos, de los jardines, de los montes, son luces de sonido en la noche entera. El perro, en el campo, ladra como sabiendo lo que dice y a quién se lo dice.

Nunca he tenido amistad con perros y siempre me ha puesto nervioso el ladrido del perro. Pero en el campo estoy descubriendo que el perro no es un intruso, un perseguido, un siervo o un vagabundo, sino una señal entre el cielo y la tierra. Su ladrido pone límites a lo que no tiene límite, puertas al cielo. Es el mensaje de la soledad a la soledad. Aquí en el campo el perro soy yo, perro ciudadano, animal equivocado, intruso atónito, y miro la noche desde la ventana sin acabar de entender la telegrafía de las estrellas, respirando una rebanada de olor que trae el viento, y que no sé si es olor a tierra, a cielo, a hierba, a extensión, a qué.

Ahora, durante el día, lo que veo es un cielo al que le pesa demasiado su azul, como alguien excesivamente condecorado. Y la eterna retórica de unas nubes tan fácilmente bellas que nunca escribiré nada sobre las nubes. Hay cuerpos caídos en el césped como fechas gloriosas caídas en el tiempo, y en mi terraza se abren flores también demasiado bellas, inesperadamente decorativas, con ese inquietante exceso de lujo que le descubro siempre a la naturaleza, y que es la gran incógnita —la única— que la naturaleza me plantea siempre.

La belleza no atendida del mundo. Eso que en la adolescencia veíamos como la corroboración fácil y gozosa del último poema leído, pero que ahora, leídos todos los poemas, sigue siendo inexplicable, excesivo y desazonante. «Váyase usted al campo a descansar», me ha dicho el médico. ¿Y cómo se puede descansar en el campo? Yo no conozco el campo ni lo entiendo, y por eso quizá voy a hacer un libro campestre, por primera vez en mi vida. A lo mejor al final sé algo más del campo. Me temo que sólo sabré algo más de libros.

La naturaleza es un problema con todos los supuestos dispersos, con todos los datos evidentes. Un problema que nadie ha resuelto nunca, seguramente porque no es un problema. Lo primero que descubre el que sale al campo sin costumbre, como yo, el que ve el campo siempre con ojos nuevos, con ojos ciudadanos, es que el campo ha sido muy plagiado. El campo es el gran explotado. Del campo se han acarreado a la ciudad no sólo patatas, sino filosofías, religiones y metáforas. Resulta que todo está en el campo. Imposible entender a un místico, a un profeta, a un pensador o a un poeta sin el campo. Lo que creemos el fondo verdadero de su pensamiento no es sino lo que han tomado del campo, imágenes y nociones que están ahí y que los hombres de la lindad hemos olvidado.

1.a noción de eternidad, la noción de cielo, la noción de absoluto, la noción de presente total, todo ha salido de la contemplación de un crepúsculo. ¿Qué idea del cielo pueden tener los santos —y no digamos ya los predicadores— sino la que han tomado de la atmósfera lujosa de agosto en el campo? ¿Qué idea de absoluto tiene el pensador sino la visión de media provincia desde su ventana campestre?

En esto los poetas son más honrados, porque el trasfondo de las ciencias naturales se les ve más transparente. Los poetas siempre son ambiguos entre el gladiolo y su alma.

Siempre pretenden hacemos pasar su alma por un gladiolo, y a la inversa. Pero el juego es inocente y bello. La gran falsedad es la de los filósofos, y sobre todo la de los teólogos y los místicos. Y no digamos ya los moralistas. Todo ese fondo de valores absolutos que ellos remueven sin cesar en sus libros, resulta que no es más que campo, estiércol, tierra, esto que tengo ahora delante. En cuanto me asomo al campo identifico el amanecer con la utopía de Platón, el mediodía con la poesía barroca, el atardecer con la beatitud mística. Kant y San Agustín, Beethoven y Petrarca. Todos están aquí, detrás de los árboles.

Infame y adorable turba de farsantes.

Todos hemos hecho lo mismo, claro, en la pequeña medida de nuestras fuerzas. Levantar una moral o una lírica con recuerdos de una finca de nuestros abuelos, que es el único absoluto que llevamos en la conciencia, o sea en la memoria. Mirando el campo, viviendo el campo, se comprende en seguida el trasfondo de la cultura, se descubre el arsenal de donde los escritores lo han tomado todo. El cielo sólo puede parecerse a la tierra. Es lo de Platón sólo que al revés.

La genialidad de Platón estuvo en dar la vuelta a las cosas. Un gran sofisma, aunque él no fuese sofista. Cuando Kant habla de las estrellas del cielo, se le adivina todo. No hay más que estrellas y palabras. El truco de la filosofía está en escamotear las estrellas y pretender que las palabras valgan ellas solas por sí mismas. Sólo a cierta edad, viniendo de pronto al campo, se comprende que sólo hay estrellas. Las palabras se han quedado todas en la ciudad, sucias, acumuladas y enredadas.

¿Y cómo voy a escribir un libro sin palabras?

En mi terraza hay musgo, enredaderas, flores cuyo nombre no conozco y que por eso son más flores. Pasados los cuarenta años estoy mirando por primera vez una flor con detenimiento. Ya era hora. Hay mujeres y niñas que podrían decirme el nombre de la flor. No quiero. Cuando creía que ya estaba gastado lo poco que yo traía al mundo para gastar, resulta que hay flores y estrellas. No es que sea un gran descubrimiento ni que yo me vaya a hacer ahora un panteísta. Entre otras cosas, porque sé, aunque todavía no me lo confiese, que es también un descubrimiento literario.

Me es imposible, claro, salir de la literatura.

Y no diré que me es imposible ya. Me ha sido imposible siempre porque ese imposible soy yo. Entre las hojas verdes, una hoja que amarillea en la punta. ¿Por qué, si estamos en agosto? ¿Empiezan a amarillear las hojas en agosto? Amarillear. Una palabra que he usado mucho, cuando escribo, y que ya me parece que es mía, que la he inventado yo. A lo mejor sí. Amarillecido. Un participio que el Diccionario me debe. O a lo mejor no. En todo caso, en seguida me voy de las hojas a las palabras. Era previsible.

Hay una butaca de paja pintada de rosa, que es donde me he sentado durante muchos años. La butaca tiene historia y no voy a contarla ahora. Sería descubrir un poco lo que yo tengo de butaca.

Pero es la butaca en que me siento, en que me sentaré este mes de agosto para leer, para tomar el aire, para pensar en ese libro. Para mirar el cielo. Qué fácil es montar una teología mirando al cielo. Lo difícil es no montarla. ¿Que por qué todos los hombres en todos los tiempos y lugares se han inventado siempre una teología? Porque siempre han tenido un cielo encima. Los más razonables se han contentado con hacer un poema a la vista de ese cielo. Los más desmesurados han hecho una teología o una filosofía. Muchas teologías, muchas filosofías. Así nos ha ido.

Recién regado, el pequeño huerto de la terraza parece que habla. Quizás el agua es la conversación de las plantas. Pero voy para adentro, porque parece que me enfrió.

La mecedora

Dormir al niño, ea, el niño en los brazos, en cuanto llega a casa, tarde, justo a tiempo de dormir al niño. «Ya se nos estaba durmiendo; como no llegabas.» La calle, la prisa, los coches, los autobuses, la oficina. Dormir al niño, dormir al niño en la mecedora, esa, era mi niño, ea.

El vaivén de la mecedora, el vaivén oscuro de la mecedora, madera sobre madera, la mecedora en la sombra, con brazos de mullido y bamboleo de la madera sobre el parquet, como un trineo, como una barca en el agua. Ea, mi niño, ea. Las gentes, el olor de la oficina en las manos, las señales de la calle, las cicatrices de ceniza y humo, las manos curtidas de otras manos, curtidas de dinero, saludos, compraventas, teléfonos, mecanografía. La velocidad de las gestiones, la herida de la telefonía, la calle. Y por fin este sosiego balanceado, este oasis de sombra y hogar, este vaivén de la mecedora, con el niño en los brazos, al atardecer, justo has llegado a tiempo de dormirle.

Eaeaea. Ea mi niño ea. Eaminiñoea. La mecedora. Hubo que comprar un día la mecedora, o quizá fue un capricho, no sé, al pasar por aquella calle, calles oscuras, el anochecer, tiendas polvorientas, la mecedora en el escaparate, forrada de cretona verde, con una lista en el centro, de arriba abajo, brazos mullidos y con flecos, un fleco corto y simpático, pies semicirculares de mecedora, como las ballestas de un coche, como el deslizamiento de un trineo. La mecedora. «Mira qué bonita mecedora.» Esa tarde triste de salir de compras, con un entusiasmo que nació quizás a la mañana, que se ha mantenido voluntariosamente a través del día, empalideciendo, dejando de ser entusiasmo y sin saberlo, pasando a propósito, de entusiasmo a propósito, a proyecto, a cosa que hay que cumplir, pasando de propósito a penoso trámite, a costumbre, rutina, monomanía, necesidad borrosa, quién sabe.

Salir de compras. Por la mañana era un alegre proyecto. Por la tarde, un vago deber. Al anochecer, de compras ya, todo el desconcierto de una vida. Comprar una mecedora, ¿por qué una mecedora, para qué? Para la siesta, las tardes de siesta, las tardes tranquilas de sentarse al fresco, en la mecedora, meciendo el aire, meciendo el mundo. Para sentarse por la mañana, en las mañanas de ocio, cerca del sol y de la sombra, a leer el periódico. El vaivén de la mecedora. La mecedora poniendo vaivén a la vida, al matrimonio, al hogar, a la pareja. Poniendo vaivén al amor y a la soledad, a la compañía. Quitándole importancia a la vida con su movimiento, con su juego, quitándole gravedad a las cosas. Pero no hay mañanas de ocio ni tardes de siesta. Sí, las mañanas de los domingos. La mañana del domingo, con sueño, dolor de cabeza y embrutecimiento de la cena del sábado, es para pensar en el fracaso de la vida, para ver del revés las semanas, para verse en una pausa de luz viendo desde las escaleras de sombra del trabajo, la costumbre, las conciliaciones. Y las tardes de siesta, que son tardes de deseo frustrado, de lecturas a golpes, de libidinosidad abultada y quieta, sin destino, o con un destino único, penoso y no querido. La mecedora. Mecerse en la mecedora poniéndole una ligereza falsa a la vida, un vaivén de ir bien las cosas, de resolverse todo entre unas bebidas, con el optimismo industrial del frío del refrigerador. Entre dos luces, cuando la tienda iba a cerrar, en la calle larga y pina, compraron la mecedora.

El vendedor ya no se esperaba aquella venta de cierta importancia, a última hora, qué raro es el público. Estaba allí, entre la sombra de la tienda y la sombra de la calle, la mecedora estival, confortable y ligera al mismo tiempo, con su alegría de vaivén y cretona. En casa, la mecedora quedó varada, sin oleaje, aburrida, encallada en las arenas grises del hogar. Era un mueble más, un sitio más donde sentarse, una silla con alma de barco que no había navegado nunca entre el sol y la sombra de las mañanas alegres, de las tardes estivales. Hasta que nació el niño.

Ea, mi niño, ea.

La calle, los coches, el volante, el autobús, la cartera, el teléfono, los contratos, la máquina de escribir, la prisa, el vuelo silencioso, diario y pesado de los papeles. Hasta la vuelta al hogar, la penumbra, el niño en los brazos, echado contra el pecho, la cabeza en el hombro, bulto de olor, pero sin peso, manos de pétalo, contorno de calor. Entonces empezó a tener sentido y destino la mecedora. Un día, al azar, le habían puesto al niño en los brazos y él, por azar, se había sentado con el niño en la mecedora. Sencillos actos encadenados con la lógica inmediata de lo elemental. Ea, mi niño, ea. Duérmete, niño, ea. Eaminiñoea.

El niño se mueve lentamente, habla con frases de pájaro, se entreduerme, tiene los ojos abiertos en la sombra, hacia la luz doliente de la calle, con dulce terquedad La luz va muriendo en los ojos del niño. Los ojos del niño, más abiertos que durante todo el día, dan su luz máxima antes de cerrarse. La voz humana vuelve, en la garganta del niño, a su condición de gorjeo. El ronroneo oscuro del padre, el rumor navegante de la mecedora, la voz soleada del niño diciendo palabras de sólo sonido, frases sin palabras, sílabas inéditas. Ea, mi niño, ea.

Y las palabras del niño van quedando perdidas en la sombra, como los guijarros olvidados y blancos con que él ha jugado. La voz del padre y el oleaje de la mecedora se van haciendo más lentos, más profundos, más nocturnos. A veces hay un recrudescimiento, un acelerón, un despertar alegre del niño, como si fuese ya la mañana, tras una noche diminuta. Pero vuelve el rumor, el viaje, el parloteo desde el sueño. Ea, mi niño, etc. La oficina ávida, la calle enemiga, el hogar ahogado, todo se va borrando, se va quedando lejos, olvidado en el viaje de la mecedora.

La voz oscura y la voz clara se alejan, cumplen distancias, pasan zonas de luz y de sombra. La voz clara puntea con pinchos de sonido cada vez más espaciados y perdidos el campo crecido y oscuro de la otra voz. La paz no estaba en el sillón de cuero de gerente ni en el lecho espacioso y hambriento de otra mujer, ni en el resignado lecho cotidiano, ni en los veranos frenéticos, ni en el mar ajetreado ni en el sol punzante de la huida. Hacia la paz se viaja en una mecedora desconocida, que va tomando la forma de la familia, ea, mi niño, ea, y el color gris y dulce de la familia. Sin sueños, sin esperanza, sin lucha, sin hambre, sin sueño. El viaje igual con un niño en los brazos, el viaje hacia el sueño del hijo, todavía la cartera de los papeles de pie en el suelo, junto a la mecedora. Es un viaje corto que terminará cuando el niño se haya dormido completamente y se lo lleven a la cuna, con la última palabra musical y sin letras temblándole en los labios. Ea, mi niño, ea. Luego se vuelve a los ademanes, la memoria, los siempre tienes que ponerte así, la ceremonia mínima y triste de la cena. Pero el viaje dura todavía, es un olvido blanco y simple. Un balanceo inocente y abnegado. Mira qué bien nos ha venido la mecedora. La paz no era una cosa para leerla en los libros. La paz era viajar en una mecedora cabalgado por un niño que habla dormido. En el vaivén de la mecedora se va trazando una vida, un fracaso, una resignación, una distancia, un miedo, una soledad, una cobardía, un amor. Qué manera tan dulce e insospechada de renunciar. Ea, mi niño, ea. La mecedora está hecha para renunciar, para empequeñecer el mundo y empequeñecerse reduciéndolo todo al viaje breve y reiterado de atrás adelante, de adelante atrás. La mecedora es un mueble para renunciar.

Ea, mi niño, ea. Un dulce y mágico mueble. Un hipnótico e insospechado mueble. Quién nos lo iba a decir, cuando compramos la mecedora. La abnegación viene llena de dulzura y el niño, una vez dormido, da todo su perfume. Habían sido unos minutos de viaje y huida. Toda la imposible gratitud de la vida —ea, mi niño ea— en la voz clara, indescifrable y balanceada.

Las manzanas del Manzanares

Hasta que, llegando el otoño, los misteriosos poderes del Canal de Su Majestad Doña Isabel II, o cualesquiera otros poderes igualmente misteriosos, decidieron abrir las compuertas y las aguas del río volvieron a correr, sucedía todos los otoños. Como en un deshielo al revés, el río y todos sus cadáveres, el río de poca agua, que era él mismo como un verde cadáver, como un ahogado en su sequía, se ponían de nuevo en movimiento, lentamente, con una suciedad de légamo y pereza. A Electa, en el barrio, la llamaban Electita las vecindonas redichas, las comadres comadreadoras. A Electa, en el grupo escolar «Estados Unidos, Niñas», la llamaban Electa la señorita profesora, la maestra joven, la entrenadora de baloncesto, balonmano y balonvolea. A Electa, su madre, para pedirle esto o aquello, el rallador o las tenacillas, la llamaba Ele: «Ele, mira a ver si pasan los de la basura». «Ele, bájate con la niña a la plazuela.» «Ele, sube un pan y una fabiola cuando vuelvas del colegio.»

Y así. Había sido un verano como todos los veranos. El agua, lagarto verdeocre, había muerto con los primeros calores de la primavera y se había ido hinchando al sol, hasta ser un gran sapo ciego sobre la hierba, y luego un caimán, un enorme, quieto y momificado caimán que había debajo del puente, debajo de los puentes del Manzanares, allá en aquel barrio arbolado, entre casas de ladrillo reciente y viejas casitas que habían sido, en un tiempo, el extrarradio. El enorme, quieto y momificado caimán, el maloliente cocodrilo muerto que era el Manzanares entre sus orillas de hogueras y basura, estaba como un cadáver dinosaurio bajo la luz de agosto. El plioceno y el mioceno, la cuenca paleolítica del río parecían volverse del revés, dar a la superficie todas sus calificaciones de mamuts, escualos y dinosaurios, a la sombra de los grandes árboles, entre cuyos troncos jugaban a la rana unos hombres en mangas de camisa, los bebedores de sidra del domingo y los ociosos de toda la semana.

—Electa, los verbos intransitivos.

—Electita, ¿quieres subirme el cubo de la basura?

—Ele, vete poniendo la mesa, hija.

El Manzanares es un Amazonas sin grandeza, en cuyas orillas arden al amanecer y al anochecer hogueras campamentales, como de remotos exploradores, hogueras con olor a chamusquina de basura muerta y prehistoria combustible.

El Manzanares es un Orinoco sin misterio, por el que vadean unos hombres con gorra de rabito y grandes botas negras o rojas, de goma o de madera, recogiendo con una especie de raqueta de largo mango la mugre verde de las aguas, la nata sucia de la superficie. (Siempre hay uno de estos hombres que deja su raqueta a un lado y, sentado a la sombra del puente, se pone a leer una novela del Oeste; luego saca el bocadillo y se pone a almorzar con mordiscos lentos y apetitosos, oloriento todo él a ratas y a niño muerto, ahogado en el río.) El Manzanares es un Mississippi estrecho y curvo, por donde acampan los gitanos y los zíngaros, y esos vagabundos que vienen siempre en parejas, y los feriantes de todos los años, con su caseta de miedo y su caseta de risa y su carrusel de remolinos verticales y su carrusel de molinos horizontales.

—Electa, ¿todavía estáis de vacaciones?

—Todavía.

Electa tiene los ojos bonitos y la naricilla descarada, y es más espigada que alta y más niña que otra cosa. A veces lleva pantalones. A la orilla del mioceno y del plioceno, al borde paleolítico del Manzanares, junto al muro de este Nilo suburbano y seco, los jugadores de rana juegan a la rana, y los golpes de los hierros arrojados contra el metal o la madera suenan como escopetazos.

—¡Rana!

A veces Electa, Ele, Electita, lleva pantalones. Unos pantalones azules, estrechos, de chico o de chica, que le llegan hasta las sandalias correteadoras.

—Electa, ¿jugamos a pídola?

Juegan a cosas de chicos, a cosas de chicas. Se reúnen después del desayuno y después de la merienda, después de haber hecho los recados —«no se te olvide la leche, y el pimentón, y la bolsa del supermercado»— a sus madres. Hay una niña larga, fea, mulata o cuarterona, y otra pequeña, muy pequeña, que no se sabe por qué participa de los juegos de las demás. Y hay una niña lista y tonta que usa ya, tan tierna, gafas bifocales. Juegan a las madres, a la pelota y a los astronautas. Electa, en el otoño, vuelve a tomar su gran carpeta y, con una bufanda blanca y unos guantes blancos, camina por entre las sendas, por entre el césped y la arena, hacia el cercano grupo escolar «Estados Unidos. Niñas». Ahora es verano, y las niñas del otro grupo escolar hacen marchas a la Casa de Campo, que está aquí mismo, al lado, nada más cruzar la carretera, y cantan canciones marciales de cuando la guerra, una lejana guerra que ellas jamás han conocido y que sólo sus padres recuerdan un poco. Pero ocurrió aquel otoño.

—¿No me notáis nada debajo del suéter? —dijo Electa al grupo de chicas.

Pasa un guarda con su vara en la mano. Pasa la pareja de guardias municipales, a caballo, despacio, rimando su paso con los lejanos sonos de un batallón que hace la instrucción en el parque del Oeste, y otro batallón que la hace en la Casa de Campo. Pasa el sátiro solitario, el vicioso del suburbio, el sádico de todos los anocheceres, que les mira las piernas a las niñas cuando se agachan a recoger la pelota. Y hay una pareja de novios sentados en el pretil, besándose, con su idilio lleno de olores agrios y olores muertos y olores dulces del río y la orilla del río.

—¿No me notáis nada debajo del suéter?

Algo sí que se le notaba a Electa debajo del suéter azul con un ancla blanca en el centro. Los cardos de las orillas del agua estaban altos, crecidos de todo un verano, bellos y ariscos, polvorientos y en pie, como el esqueleto de un guerrero que conservase sus puñales y espadas enmohecidos.

—Te saldrán en forma de peras.

—O de manzanas.

—O de copas de champán.

La niña de las gafas bifocales le había oído a su hermano mayor, como sin querer, que los más bonitos eran en forma de copas de champán.

Hay un hombre maduro, con calva de eunuco, que va todas las mañanas a la compra con su bolsa de plástico y vuelve de la compra con la redcilla llena de panes y verduras y paquetes y latas de conserva. El vendedor de periódicos desempaqueta muy de mañana la flor a cuatro tintas de las revistas ilustradas, la tricornia de los últimos romances famosos y los últimos idilios de actrices y actores y príncipes y princesas. Electa se pone ya todos los días el pequeño suéter que tiene un ancla en el centro. Por las mañanas llega de la piscina una música gangosa, nasal, fresca y extensa que llena el barrio de cosmopolitismo y se extiende como en un ensalmo sobre las carroñas ilustres del río Manzanares. Por las tardes llega de la sala de fiestas una música ajetreada, ruidosa, que llena de fervor a los novios que vienen a quererse a la orilla del río.

—Ya podías llevarme a otro sitio que oliese mejor, rico.

—A mí me basta con olerte a ti.

—Qué cosas tienes. Pues ahora sólo me pongo colonia baratita...

—¡Rana!

Electa, al anochecer, pasea por la acera de los bares y los escaparates y las televisiones comiendo pipas que ella y las otras niñas que la acompañan han comprado al tío pipero que se pone a la subida del puente, el viejo del pequeño tenderete con globos y pelotas de colores y pipas de girasol y silbatos. Electa, que lleva el suéter del ancla, mueve mucho su breve melena cuando tiene que decir adiós a algún chico del

barrio, y hasta quizá se sonroja un poquito. Electa pisa ya, dentro de sus playeras, con primor y coquetería, con andar difícil de mujercita que guarda la línea. Electa tiene muy pocos años.

Llegado el otoño, Electa se mira en el espejo del ropero con su suéter azul, que tiene en el centro un ancla. «¿No me notáis nada debajo del suéter?» Alguien ha decidido abrir las compuertas y las aguas del río vuelven a correr. El río y todos sus cadáveres se ponen de nuevo en movimiento y perfuman dulcemente el aire dorado de hojas, los muertos que se ahogaron aquí el verano pasado, en tan poca agua, y a quienes sacaban al día siguiente para poner su nombre en el periódico. Electa, desde la ventana de su casa, mira al otro lado del río, sobre la masa forestal de los viveros, sobre las rampas arboladas del parque del Oeste, sobre los altos y claros edificios del paseo de Rosales, que asoman sus últimos y lejanos pisos al cielo verde que hay sobre el río muerto.

Hacia la derecha se ven las altas edificaciones del centro de la ciudad. Subirá allá, en el autobús, los domingos y los días de compras, pero no ya como una niña, del brazo de su madre. Ojeará zapatos de tacón en los escaparates de la Gran Vía. La ciudad está cerca y lejos.

—Electa, los verbos intransitivos.

—Electita, ¿quieres subirme el cubo de la basura?

—Ele, vete poniendo la mesa, hija.

En forma de pera. O de manzanas. O de copas de champán. La niña de las gafas bifocales le había oído a su hermano mayor, como sin querer, que los más bonitos eran en forma de copas de champán. A lo lejos, por encima de la arboleda, los edificios de Rosales, con toldos rosa y toldos naranja. Más allá, las altas torres del centro de la ciudad. Y las luces de Madrid. Una niña, una mujer, las mira desde el suburbio, a la orilla del río, que se mueve ya lentamente, con una suciedad de légamo y pereza. Cuando Electa se ponga el abrigo de cuello de piel y la bufanda blanca, nadie podrá advertir nada bajo su suéter azul.

El candelabro del peluquero

—Es todo oro.

—¿Todo oro?

El candelabro estaba sobre una repisa, entre los dos espejos, en la peluquería del barrio.

—Se lo ha dejado de herencia el ricacho de los viernes.

—Éste, que lo cogería al descuido.

—¿Qué ricacho?

—El maestro afeitaba todos los viernes a un pudiente que no se movía de la cama.

—El último viernes me lo encontré de cuerpo presente —explicó el maestro.

—Pues te ha dejado buena herencia —dijo el señor Félix, carterista retirado y hombre de afeitado diario.

—Me lo dio el ama de llaves.

—Dice que se lo dio el ama de llaves.

—¿Y es todo oro?

—Todo oro.

La muchacha estaba en un rincón y miraba con ojos lentos al candelabro de oro.

—Mañana lo llevo al Rastro —decía el peluquero.

—¿Por qué se llama candelabro? —preguntó la muchacha recogiendo sus manos sobre la falda.

—Es el candil que usan los ricos.

—Me lo dio el ama de llaves.

—Éste, que lo cogería al descuido.

—Y que es de oro macizo.

—¿Oro macizo?

—Cuando una señorita quiere seguir siendo señorita, más vale que no sepa nunca lo que es el oro macizo —moralizaba el señor Félix, el carterista retirado, hombre de afeitado diario.

—El último viernes lo encontré de cuerpo presente —explicaba el maestro a los que iban llegando.

Era una tarde de sábado. El cuchitril del peluquero olía a loción barata, a barba enjabonada, a peonaje ocioso y esquilado. La penumbra del atardecer iba llegando a los gastados espejos de la peluquería.

—Que nos afeite a la luz del candelabro.

—Eso.

—Va a parecer un entierro.

—Un funeral de tercera.

—Mira que a la luz de un candelabro...

—Qué macabros son los ricos.

Lentamente, apocadamente, la muchacha fue prendiendo uno por uno todos los brazos del candelabro.

—Ahora sí que brilla el oro.

—Mañana lo llevo al Rastro.

—También ha sido ocurrencia.

—Se lo ha dejado en testamento el ricacho de los viernes.

—No se cumple con menos por enjabonar a un moribundo.

—Y que es todo oro.

—¿Todo oro?

—Me lo dio el ama de llaves.

—Dice que se lo dio el ama de llaves.

—Éste, que lo cogería al descuido.

—Es el candil que usan los ricos.

Y fueron pasando bajo la luz incierta y suntuosa del candelabro.

El hortelano, cansado; el hortera, redicho; el obrero especializado, el peón de albañil, el talabartero, de manos teñidas y olorosas... Era como una revolución a la inversa. Como una extraña inquisición. Las luces del candelabro les reflejaba siniestros o regocijados en los espejos sombríos. Al fondo del azogue, tras la luz y la sombra, tras las cintas de humo áspero que cruzaban el local, estaban los ojos lentos de la muchacha.

—¿Habéis visto la ocurrencia?

La puerta se abría continuamente. Entraban nuevos clientes con oscuros bultos al hombro y una herramienta en la mano.

—No está mal la palmatoria.

—¿Se moderniza el establecimiento?

Y les contaba el caso.

—Es todo oro.

—¿Todo oro?

Se acercaban, dejando su hatillo debajo de una silla, a mirar de cerca el candelabro. Un parroquiano dio suavemente en el pie del candelabro con el corte de la herramienta que traía en la mano.

—Pues sí que suena a oro.

Luego dio otro parroquiano.

Y otro. Y otro. Era un mínimo concierto de notas metálicas y breves. Cada jornalero escuchaba como un experto en oro el sonido del candelabro. La tertulia peluquera de los sábados tenía un color denso y nuevo. La gente andaba fumando entre sombras, pero parecían todos revestidos, a la luz de las llamas, de los resplandores mismos del oro puro.

—O se enciende la bombilla o yo no me afeito.

Era Hermógenes, el mozo de almacén.

—Cada uno tiene sus supersticiones.

—Esto parece cosa de espiritismo.

—Ya está bien de candelabro.

—Y que es la herencia de un muerto.

—Lo que digo. Espiritismo.

—Cada cual con sus rarezas.

—No está mal la palmatoria.

—El último viernes se encontró al parroquiano de cuerpo presente.

—Mañana lo llevo al Rastro.

—Cuando una señorita quiere seguir siendo señorita, más vale que no sepa nunca lo que es el oro macizo —moralizaba el señor Félix, carterista retirado y hombre de afeitado diario.

—O se enciende la bombilla o yo no me afeito. Encendieron la bombilla.

Y se acabó la magia y el funeral, y el festejo y el concierto de las melladas herramientas sobre el oro claro y sonoro del candelabro.

—También son rarezas.

—Éste, que lo cogería al descuido.

—Se lo dio el ama de llaves.

—¿Y es todo oro?

—Todo oro.

El ambiente había quedado raro. Se miraban unos a otros un poco desconcertados, sin saber ya por dónde llevar la broma.

En los recelos de Hermógenes, el mozo de almacén, y en los ojos de la muchacha, los secretos miedos, los asombros y las ignorancias del pueblo.

Ella se acercó nuevamente al candelabro, y levantando un poco la cabeza fue soplando

una por una todas sus velas. Quedamente. Casi supersticiosamente.
Se había hecho un silencio. Olía a tabaco negro y a jabón de afeitarse. El humo de las velas anduvo un momento en torno a la clara cabeza de la muchacha, como un enjambre de vagos pensamientos en huida. Sonó la voz del maestro.
—Mañana lo llevo al Rastro.

Nada en el domingo

Pregunto por tu libro de segundo de ciencias para besar las fórmulas que estudiabas entonces.

Esto recordó mientras tomaba la bola del carril, la lenta bola regresante, pesada, rodadora como un cráneo recién decapitado, con su agujero en el cerebro, como si además de decapitada la cabeza hubiera sido fusilada. Pregunto por tu libro de segundo de ciencias, etc., y la bola, en su mano, se volvió ligera y hendió un momento el aire de la bolera, rodando luego con su sonido tempestuoso y oscuro hacia el frente indefenso de los bolos, que eran como una plantilla de condenados a muerte, así, ante el paredón de sombra, al borde mismo del negro escotillón, por donde desaparecieron algunos, tumbados otros en la línea misma de fuego por el impacto certero de la bola. Pleno. Pregunto por tu libro, etc., y el libro estaba entre los libros, enterrado bajo los textos de tercero y cuarto, de quinto y sexto, bajo las abarquilladas y sucesivas capas geológicas de la enseñanza media, sepultado incluso, bajo algunos de los textos universitarios —esto lo tengo aprobado, y esto y esto a olvidarlo—, en la habitación de la muchacha, fuera del círculo de luz, en la penumbra de los plumierres infantiles —¡ah el triste panteón del pasado devorante, del hogar poco amado!—, y en ella, de regreso del guateque, «el de la capa puede servir, el de la capa es incluso peligroso» —y sonrió—, después de la cena en familia —«¿dónde habéis pasado la tarde, hijas?»—, las preguntas, las bromas de papá, siempre perdidas en el vacío, en la introspección o el malhumor de los demás; ella estaba allí, en su cuarto pequeño, cuajado de sí misma, tendida sobre el lecho, vestida, leyendo de cualquier forma, pensando, fumando; pregunto por tu libro de segundo de ciencias para besar las fórmulas que estudiabas entonces, puedo escribir los versos más tristes esta noche —«pero esto último ya no debe ser de él»—, y el cuerpo tendido, la lectura en francés, «el mundo es un todo por su unidad», algo así como lo de la armonía de las esferas, pero dicho de otro modo. ¿El mundo es un todo por su unidad? ¿El mundo es una unidad? Este cuerpo adolescente tendido en el lecho, liberado, al fin, del largo domingo; y el estrépito del baile bolera, aquella música de garganta irritada, aquella música bajo la que él bailaba, había bailado con unas y con otras.

Empleadas, chicas de taller —«se me hace tarde para el último Metro»—, dependientas, obreras, una juventud montaraz de la Ciudad Lineal —«aquello lo están poniendo que parece la Gran Vía»—; las chicas del barrio de la Concepción, chicas de pueblo, reteñidas ya de madrileñismo, empalidecidas bajo sus vestidos de confección —«te digo que el campo no era vida»—, y la provinciana que ha llegado a la capital para estudiar piano o idiomas o cultura general: «Azafata, quiero ser azafata. Bueno, o secretaria en una empresa importante». «Ya, americanos, si es posible.» «Eso, americanos.»

Las evadidas de Vallecas, ese manojito de colonia a granel y peluquería reciente y laca estrepitosa que se le viene a uno de pronto a las manos, esa conversación entrecortada, con la sonrisa del uno en el otro, como un desesperado esfuerzo, como una señal o hilo unitario, porque la música anda por medio y la masa une y separa, y los grandes y descoyuntados argumentos de altavoz, su palabrería sentimental y guasona, sus estribillos sin otro hechizo que el muy primitivo de la insistencia. «Mañana es lunes y tengo que madrugar.» «¿Sí?» «Los lunes cuesta trabajo madrugar, ¿sabes?»

Los lunes le costaba trabajar a la obrerita bailona y repintada, a la niña de fábrica, fatigadas como estaban sus medias de nylon, desesperanzados sus altos zapatos dominicales, mojada de cansancio y «coca-cola» su risa. Los lunes era difícil madrugar para la criatura laboral —ocho horas más las extraordinarias, cobradas aparte—, para la chica de pueblo, para la madrileña que pasó de la escuela primaria al taller —«eso de la costura no me iba y la maestra era una arpía»— y del taller a la

fábrica, y ahora busca novio, busca no sabe qué; vive su domingo, su medio domingo agitado, de cine, baile y cafetería, lleno de tecnicolores y romances momentáneos, lleno de bullicio y apreturas, hasta el regreso en el último Metro o en el lento y remolón y cachazudo y rechinante tranvía de los suburbios. Otra semana por delante, con su domingo al final, como el nuevo reinado por un día, y así, ¿hasta cuándo?

—Tú debes ser estudiante, ¿no?

—Por qué.

—Se me hace que eres estudiante.

—A ver. Qué va a ser uno.

—Tienes cara de ello.

Acababan siendo una sola muchacha, una sola criaturita múltiple: la gran Siva proletaria, que tendrá el lunes mil manos enjoyadas y lacadas, mil manos violáceas y mordidas por la máquina troqueladora, mil manos requemadas por la cafetera, como apresurados lirios entre la vajilla que hay que fregar bajo el mostrador de la cafetería, mil manos liliales para pulsar las teclas del teclado, para sacar copias en la máquina de escribir, hacer cartas al dictado, realizar la tarea breve y minuciosa del sobre mecanografiado, con su tratamiento y su nombre propio y sus apellidos en el centro; la dirección debajo, a una distancia prudencial, a una equidistancia muy calculada por el jefe, y luego el número del apartado correspondiente —consulta previa al fichero de proveedores—, y, por fin, el nombre de la ciudad adonde se dirige la carta, con frecuencia Madrid mismo, sus seis letras escritas a ciegas, dejando un espacio entre cada una de ellas, todas mayúsculas, semejante la M y la A a la puerta de Alcalá y la puerta de Toledo. Pregunto por tu libro de segundo de ciencias... Pero aquí no había libro de segundo de ciencias, no lo había habido nunca, sino un ayer callejero, un anteayer de posguerra, una hecha a espatulazos por la vida calcomanía hoy, torpe y triste, de las repulidas señoritas de Hollywood, todas como una Elizabeth Taylor, Brigitte Bardot, Jane Mansfield, Sylvie Vartan, Ursula Andress, infinitamente repetida y degradada, con un lunes que estaba ya encima —«vamos a bailar el último disco» (y era el último de la semana, el último de una vida, hasta el resucitar del domingo siguiente, hasta la clamorosa resurrección semanal de la carne)—, lleno de horarios y tareas, de Metros y recuerdos. La revista ilustrada puede servir para el lento deshojamiento de los días, en la revista ilustrada. Sorayas y *starlettes*, alienta un domingo sempiterno, en hueco-grabado, o siquiera en modesto y relevante *offset*, que puede durar hasta el próximo domingo, fundirse con él.

—Vosotros, los estudiantes, sólo venís aquí a divertirlos.

—Como los demás, mira tú.

Y bajo los pies de las parejas, bajo los insistentes y cansados pies que se arrastraban con la cautela de lo libido o danzaban deportivamente, distorsionadamente, con el ritmo ye-yé, el rodar de las bolas en la bolera, su trueno cada vez más espaciado, ese recorrido de la bola compacta y oscura, que produce como un rumor de pensamientos de esa cabeza independiente que imagina muerte y embestida contra las blancas figuras del fondo. Las apreturas del baile, y la música de axilas sudorosas, y el esfuerzo ritual de la bolera, y aquel cuerpo de muchacha, lejos, tendido en el lecho, aquel cuerpo vestido de muchacha sin sueño, que estudiaba en griego o leía en francés, o fumaba pensativamente, nunca tan alto el hilo humeante del cigarrillo, recordándole a él y recordando al de la capa, hasta entredormirse y confundirlos en una sola persona.

Hasta volver a despertar para tomar nuevamente el libro —«¡Esa luz, niña, que es muy tarde!»— y decidir, por fin, buscar el pijama entre la abandonada ropa de los días y apagar la luz para dormir.

Hay algunas boleras en la ciudad, hay bastantes boleras en la ciudad, y su rumor subterráneo se prolonga hasta cierta hora, cuando el llamado Madrid de los Austrias se ha quedado sin Austrias, y el llamado Madrid de Galdós o de Arniches se ha quedado

sin Arniches y sin Galdós, y sólo un viento de enero o de febrero recorre las calles viejas, tabernarias, enfaroladas, solas, trasnochadoras, y hay dormidas cancellerías filipenses entre jardines ateridos y cadenas de negros eslabones de hierro que separan la nada de la nada, fantasmas asomados a todos los cristales del palacio de Oriente, una agonía de la piedra en las iglesias monumentales, en la noche de las Descalzas, un lento reloj sin agujas sonando en las salas del Museo del Prado, cuando toda la historia de la pintura, todos los desnudos y todas las monarquías se concitan, bufones de Velázquez, personajillos de Brueghel, brujas de Goya, animales híbridos del Bosco, merendolas de Rubens y zurbaranescas vírgenes de harina todo ello concitado sobre la cabeza torpona y entredormida del vigilante del Museo. Los invisibles poderes del Canal de Su Majestad, la reina doña Isabel II, de Borbón, han soltado las bridas al brío tenue del Manzanares, y las aguas del río corren de esclusa en esclusa, mansamente, logrando apenas una vil espuma, y se llevan hacia, quién sabe dónde, fetideces del pasado verano, hojas perdidas del otoño, cadáveres de ratas, recuerdos, otras aguas más profundas, más estancadas, que dormían en lo verde y ahora siguen un destino fluvial.

Para besar las fórmulas que estudiabas entonces. Pero no hay ningún entonces. La última empleada se ha ido con su abrigo de gran cuello y su bolso de medio precio, y él ha descendido de nuevo a la bolera y juega una partida —«la penúltima, ¿eh?, siempre la penúltima»— con aquel muchacho bajito que resultó ser callista, con el tipo sonriente de la moto y el pelo rizado.

—Chico, empecé con la Medicina, pero no se me daba. Me hice • practicante y aquí me tienes ahora, de callista. De pedicuro. Pero te aseguro que me estoy forrando, se gana dinero, ¿sabes?, se gana dinero; ya ves, en dos años la moto y unos ahorros, y eso que ayudo a los viejos, porque ayudo a los viejos, ¿sabes? Lo malo es las gachís, que no se me dan como debieran, claro que a lo mejor es por la estatura, pero yo soy lanzado, ¿eh? ¿A que soy lanzado...?

Noches por los clubs americanos, con el pedicuro, en la moto del pedicuro, de acá para allá, llenando de petardos la paz de las calles, subidos en aquel trueno triunfal que al callista menudito le hacía sentirse hombre, muy hombre, muy fuerte, muy poderoso, y a él le retemblaba bajo las piernas con un vigor nuevo que le dejaba luego —entrada lenta y un poco matona en el club— las pantorrillas acalambradas. El pedicuro-callista se había hecho su independencia de hombrecillo cuidando pies, pelando pies, suavizando pies.

Momificados pies de la vieja que se obstina en seguir usando zapatos de tacón alto —bueno, no tan alto, «pero todo antes que renunciar a los tacones»—; pies pesados y grandes, pies velludos y colosales del gerente, del hombre importante que, tras mucho transitar por la vida, tras mucho subir y bajar las escaleras de las cotizaciones de bolsa, decide un día que lo que él le tiene amargado y triste son los pies, los encallecidos y enjuanetados dedos de los pies, o esos talones violáceos, con la muesca de todos los contrafuertes con los que ha combatido a lo largo de toda una vida. Pies coquetos de señora que no se resigna, morenos de playa, maquillados, lacados, estucados, redondos y mimosos pies de señora que no se resigna, con su dedo gordo torneado de una manera casi impúdica y sus otros cuatro deditos en apretado racimo, en breve gajo, con algo de mazorca, con algo de diminutos ternerillos resguardados unos contra otros. «Pero está evidente lo del juanete». ¿Cómo ir a la playa con ese juanete? «Usted dirá si cree que debo operarme».

—Guayabos caen pocos, ¿sabes? Los guayabos tienen los pies como Dios manda.

Peregrinantes pies que alcanzan con dificultad el último escalón de la escalera del pedicuro, esqueléticos pies de mármol, o rollizos y vivaces, o tensos de venas y tendones, o los tristísimos pies planos, bondadosos, hechos a la equivocación de que la Tierra es un planeta liso, incapaces de adaptarse a la suave curvatura de nuestro

astro. Pies exiliados y melancólicos, pies que cuidaba el hombre menudito dentro de su bata, inclinando sobre ellos, atentamente, casi amorosamente, la cabeza de pájaro con las plumas rizadas, pies a los que dedicaba su sonrisa simpática y la pericia de sus manos abultadas y tiernas, la sabiduría de sus tijeras y sus navajas, de sus callicidas eléctricos y sus lociones, era como un mandil blanco, puesto a secar, hinchado por el viento, cuando se erguía, con su pequeña estatura, dentro del amplio vuelo de la bata, sujeto en los puños, muy fruncidos, y tirante en la tripita. La gente anda por la ciudad a todas horas, casi seis millones de pies zapatean de acá para allá, azacanean de arriba abajo, dentro del zapato de artesanía o la zapatilla artesana, dentro del calzado *standard* y *sport*, que con la supresión gramatical de esa *e* fonética parece haberse desembarazado, exactamente, de un ojo de gallo, y sugiere al comprador, al usuario, ligereza y comodidad. Cuando la casi totalidad de aquellos seis millones de pies enzapatillados o ensandaliados o embotados estaban con las plantas verticales, en un lecho, dormidos, el pedicuro, el pequeño brujo callicida escapaba con su moto de un lado para otro, y aquel domingo, como otros domingos, le había tocado llevar a la grupa al chico raro, con cara de estudiante, que aparecía de tarde en tarde.

—¿Tú crees que en la Ballesta habrá algo?

—¡Bah!

—Podíamos probar en la carretera de La Coruña.

Sabían de antemano que no iban a encontrar nada. Por otra parte, hacía frío en la carretera de La Coruña, pero era hermoso alejarse raudamente bajo las luces extrañas, como abandonando la ciudad para una noche entera de viaje y viento, cuando en realidad se trataba de regresar j en seguida, con Madrid de cara, porque en todas partes les habían echado el candado a los últimos pianos, y el pedicuro-callista tenía la sensación lamentable de haber perdido otra semana entre pies de todos los calibres, para luego pasarse el domingo de un sitio a otro, sin encontrar «nada». «Nada» era, cuando menos, una muchacha dispuesta a dejarse llevar a casa en la moto.

—Y que viva lejos, porque si no vive lejos, así, por las afueras, no tiene gracia.

El pedicuro-callista guiñaba un ojo y sonreía querubinescamente, y el otro, sintió que ya era lunes y había que dormir, y pensó en ella y en su guateque, y trató de recontar mentalmente a los tipos que podían haber acudido al tal guateque y bailado con ella.

—¿Tú tenías una novia, no? —dijo el pedicuro.

—Pchss.

Noches junto al seminarista de gafas tristes, junto al pálido ex seminarista que, desengañado repentinamente de las astucias del mundo, decía: «No sé por qué no nos acostamos a las diez de la noche». Pero no se acostaban nunca o casi nunca a las diez de la noche, sino que el seminarista quería emborracharse un poquito —«sólo un poquito»— y luego se sentaban los dos en un bar de la avenida de los Toreros, y el ex seminarista le contaba que su madre no le comprendía —«lo que pasa es que mi madre no me comprende»— y que no sabía si había hecho bien o había hecho mal en salirse del Seminario, porque, al fin y al cabo, allí «sabía que iba para algo», pero en el mundo «no encuentro una mujer que me vaya» y, por otra parte, su madre no le comprendía: era hijo único y vivía en un clima materno de histeria y menopausia.

—No es como tú, que has podido encontrar a la chica esa.

Esto era lo único que le afectaba verdaderamente de toda la charla del ex seminarista. Bebía un poco de vino y dudaba si contarle o no contarle al otro que con la chica aquella no iban las cosas tan bien como él creía, sino que tampoco acababan de comprenderse, que tenían miedo al amor, al matrimonio, que dudaban de sus propios sentimientos y que no eran capaces de sentirse unos novios «normales».

Pero permanecía en silencio, pensando que no valía la pena hablar, y, por otra parte, el ex seminarista movía ya su cabeza negativamente, mirando al fondo del vaso y haciendo un pucherito con la boca: «Lo que pasa es que mi madre no me comprende».

Noches en compañía de aquel anarquista loco, que le hablaba de hacer cosas grandes —«juntos, tenemos que hacer cosas grandes»—, cuando tan fatigado se sentía él para hacer cosas grandes e incluso cosas pequeñas. El anarquista le hablaba de escandalizar, de putrefaccionar —«hay que putrefaccionar»—, pero luego se detenía deslumbrado, tirándole a él de un brazo, ante los escaparates de Loewe.

—Fíjate qué bastón. ¿No crees que debíamos llevar bastón?

Su anarquismo pasaba de la bomba de trilita al bastón *gentleman*, porque lo que necesitaba aquella criatura de piel sucia y perfil hambriento era un poco de amor de la sociedad, un poco de atención.

—Yo, bien vestido, parezco otra cosa.

A veces, disfrutaban todos de la moto del pedicuro-callista. El pedicuro-callista se llevaba al ex seminarista y al anarquista loco a la grupa de su «Harley-Davison», o lo que quiera que fuese aquel ruidoso trasto, tan triunfal a la llegada, tan malhumorado en el petardeo de la salida, y luego volvía a buscarle a él. Era como una deferencia aquello de reservarle siempre para él solo todo el asiento trasero.

—Gomaespuma; toca, es gomaespuma. Acabo de cambiar todo el asiento trasero.

Noches de pensar en ella, como aquel domingo del encuentro casual con el pedicuro-callista, con el chico de la «Harley-Davison», con asiento de gomaespuma («tú y yo siempre nos encontramos cuando nos necesitamos, no hace falta que nos citemos»), noches de aquel domingo, en que voluntariamente habían decidido no verse. Venía la madrugada y, cuando el pedicuro-callista se ofreció a llevarle a casa en la moto —«yo te dejo en la puerta y si es necesario te subo al piso en la moto»—, él le pidió que pasase por determinada calle, que diera cierto rodeo, que se desviase del camino más directo —«por mí, como si quieres que vayamos dando la vuelta por el extrarradio»—, sin decirle a qué se debía semejante capricho.

Esperaba un extraño placer, una rara y dolorosa emoción al pasar por la calle de ella, mediante aquel pequeño rodeo, al cruzar vertiginosamente por delante de su puerta cerrada, de su casa dormida, sonando en el sueño de toda la manzana como un disparo. Pero la verdad es que no sintió nada.

Kennedy collage

«He aquí cómo era realmente Kennedy. Días felices de su niñez; con su familia; jugando con sus hijos en su despacho; fotos de la campaña electoral, que muestran el atractivo que ejercía sobre la gente; no hay fotografías estáticas, ya que él nunca se estaba quieto...» Lees de corrido, sin puntos ni comas. No te estás enterando de lo que lees. Y decides cerrar la revista. La cierras. «Tengo que terminarla en casa», piensas. Porque el tema te interesa. Ahora, las parejas bailan en torno a ti. Un cañaveral de cinturas ondula en torno de tu cabeza. «Me parece que no me voy a divertir esta tarde.» Y vuelves a abrir la revista.

«Escribió las cartas más conmovedoras cuando era chico: una, en particular, en la que dice que podía no acordarse de sus guantes y otras posesiones materiales, pero que siempre se acordaba de libros como *Ivanhoe*. Estas cartas indican que todo cuanto floreció años después —amor a la literatura, a su país— estaba ya latente...» A ese señor le mataron hace año y pico. Tú no entiendes de política, pero te caía bien la pareja Kennedy-Jacqueline. Tan cinematográficos... Ahí está ella, en una fotografía en color, con sus finas rodillas al aire, tocada de la invisible elegancia de la viudedad. Vuelves la página. Llevas el compás de la orquesta con el pie.

—Esa está sola.

—Pero no quiere bailar.

—Pues baila de miedo.

—Lo movido, sobre todo.

—Voy a probar, a ver qué me dice.

Pero le has dicho que no. Tienes unos grandes ojos fijos, un poco dramáticos. Tu melena corta no logra llegar más abajo del largo cuello, rozar los hombros, ni aun ahora que estás un poco hundida en la butaca. De espaldas a la orquesta, la luz y la música te doran los delgados hombros desnudos, encienden un largo reguero rubio en tus brazos delgados, sobre el encaje veraniego de tu vestido. Te miro.

—Ahora van a fabricar aquí un modelo americano.

—Ya tienen la patente.

—Es un turismo fenómeno.

—Y no lo van a vender caro.

—Los coches americanos gastan mucha gasolina.

—No creas.

—Éste ya se está haciendo ilusiones...

—Te conformarás con un «seiscientos».

—La nena le ha dicho que no.

Tu falda es amplia. Entre grácil y envarada. A tus piernas les da el tostado una solidez que no tienen. Que sí tienen. Te han visto bailar, te estoy viendo bailar —¿con quién?, ¿qué más da?—, y se curvan con un vigor joven que sólo en la corva, bajo el borde de la falda, se torna casi infantil en un hoyito ahora tierno, ahora tenso, ahora... Alguien te ha sacado a bailar. Son músicas obsesivamente fijas en un punto, reiterativas, con más alegría que imaginación. Tu cuerpo esbelto, tus manos niñas, tu ritmo de pasitos cortos, un estremecimiento que tú te sacudes de los hombros a las caderas. Que te cae de las caderas a las claras sandalias veraniegas.

«Alguna gente no sabía lo mucho que él amaba las cosas antiguas y hermosas. Le interesaba lo clásico, y aún después de haber sido elegido presidente, me obsequió con tantas y tan bellas esculturas que él mismo había escogido...», escribe Jacqueline.

«Sobre el escritorio de su despacho tenía una figurilla de Heracles y la piel de león que compró en Roma en junio del año pasado. Es muy antigua (alrededor del año 500 antes de Jesucristo), y no más bella que algunas otras piezas; pero a él le encantaba por ser más antigua que las demás». ¿Murió —me pregunto yo ahora— por defender las más antiguas e ignoradas reliquias de nuestra cultura? No sé por qué he pedido

ginebra esta tarde. Pero aquí estoy, bebiendo esta ginebra y mirándote bailar. Las luces indirectas arrojan verdes y granas falsos sobre el techo, ponen quietas hogueras en los rincones con amor. El micrófono recibe las confidencias de una voz sexual y las parejas viven la música, viven en la música. Desfallecen o renacen con la música. Hay un saxo tenor que convoca toda la pena del mundo. Hay una trompeta que inventa lejanías. Hay un piano que se sumerge y un contrabajo que suena como grandes zancadas, y una batería con mucha prisa. Alguien ensaya un *stacatto* característico del estilo primitivo del saxófono (directamente inspirado por la sección metálica, adoptando un fraseo sinuoso y voluble, al que de pronto se asocia una sonoridad voluminosa de ancho e impresionante vibrato).

—¿Habéis leído lo de los escaladores del pico Whympfer?

—Ya está éste con sus alpinismos.

—Que aquí hemos venido a bailar.

—Impresionante, oye. Es un tal Walter Bonnat, que tiene treinta y cuatro años.

—Veintisiete.

—Ése es Michel Vaucher, su compañero. Un profesor de Matemáticas, de Ginebra.

—Han subido a un pico helado donde nadie había estado nunca.

—Se le vinieron encima los peñascos echando chispas.

—Toma castaña.

—Iban haciendo escalones en el hielo.

—Y cargados con un saco de veinte kilos, macho.

—Ya no quedan libres ni las feas.

—A mí, la que me gustaba, era esa alta.

Al alpinista le gustabas tú. Tú sigues bailando desentendida de tu pareja, con un ritmo pueril que llenas de gracias. Sonríes pálidamente a nadie.

«Body and soul». Es un tema de jazz grabado por primera vez en 1939. La obra maestra de Coleman. La orquesta toca ahora «Body and soul». Uno de los más bellos discos de toda la historia del jazz. Me gustaría decírtelo así, al oído: «Uno de los más bellos discos...». Pero bailas con otro. La música os ha reunido. En un tiempo lento, Coleman, te cuenta, con música, con su saxófono, una maravillosa historia, un discurso fascinante que se diría hecho de una sola frase. Por mi parte, amo discretamente tu vestido grácil y barato.

—El Gran Diedro, del pico Whympfer, era el no va más del alpinismo.

—Y dale. Éste no piensa más que en picos.

—Es capaz de organizar un guateque en el Himalaya.

—El Walter ése lo había intentado ya siete veces.

—¿Lo del guateque?

—La escalada, imbécil.

No te conozco. Has llegado a esta sala de baile con música de jazz —«ambiente juvenil, dos orquestas»—, en ese tranvía de todas las tardes. Lo tomas al salir de la oficina. Como tantas otras. Como miles de muchachas en esta ciudad. Eres libre de siete a nueve y media. De ocho a diez. Te has lavado las manos con el jabón negro de las oficinas. Luchas cada día contra la mecanógrafa, contra la empleada que eres. Has conseguido perfumar de jazz tu vida de tranvía y oficina. Tu juventud libre y callejera ha podido más que esa atmósfera de carpetas y calculadoras. El aire ventrudo de los antedespachos no ha conseguido ultrajarte con su contacto. Bailas. Jacqueline Kennedy ha escrito en tu revista, ha escrito conmovida, en todas las revistas del mundo: «Hay también una cabeza de un sátiro joven de los tiempos del Imperio Romano, que él me trajo de Roma. Y algunas tallas de pájaros de la ribera de Cap Cod, que yo le había regalado y que guardaba en su despacho. Todo esto representa un aspecto del presidente raras veces visto y que sólo unas cuantas personas conocíamos». Ella le sigue llamando «presidente». Cuánta ternura pone en esa palabra

política.

Todo lo tiene ahora consigo, cerca de la mecedora vacía donde él ya no está. Te interesa esa historia sentimental. Te emociona. Se ha cumplido un año de la muerte del presidente. Empezaste a leer el reportaje en la oficina. Los renglones de tinta impresa iban pasando entre el papel carbón que camuflaba la revista y la uña esmaltada de tu índice derecho, que te ayudaba a no perderte en la lectura. En la oficina hay que leer a escondidas. Venías leyendo en el tranvía, de pie, cogida con la mano derecha a la barra metálica, sosteniendo la revista con la izquierda. «Conservo los libros que él siempre guardaba en el salón oval de la Casa Blanca». El tranvía avanza despacio sobre las aguas confusas del tráfico urbano. De pronto parece encallar en un banco de arena. Y Madrid se te viene sobre la espalda. A la gente le empuja la inercia, no cabe duda.

Te acompaña en la lectura la mirada de alguien que lee por encima de tu hombro. De la viejecilla que viaja a tu lado nace un olor de espliego. Las colegialas del fondo traen al tranvía un resto del bullicio escolar. Un hombre, dos, tienen la mirada fija en ti a través del vehículo, por encima de las cabezas. Lees. Pero sabes que te están mirando. Sientes tus brazos y tu cuello sujetos por una ligadura de miradas. Cuando descienes del tranvía, está anocheciendo. Cierras la revista. La ciudad empalma una prisa con otra. El humo y la penumbra te enternecen de luces húmedas y brillantes como lágrimas de colores que llora algo por alguien. Por todos nosotros. Miles de automóviles se persiguen por las calles. Ya estás aquí.

—¿Conocéis el «Independencia cha-cha-chá»?

—¿De qué habla éste ahora?

—Lo baila Kassongo, un ministro del Congo.

—Eso tiene gracia, Piti.

—Pues lo he dicho en serio. Es el ministro de Justicia y no sé qué más.

—Yo lo he visto en una revista con gorra de oficial belga, pantalones vaqueros y camisa de paracaidista.

—¿Os dará ahora por la política?

—No es política. Es cha-cha-chá.

—El himno de no sé quiénes.

—Y lo han puesto en cha-cha-chá. ¡Qué tíos!

—El ministro ése lo ha bailado para la Prensa.

—Mucha conversación es lo que hay aquí. Pero, de bailar, nada.

—Ya no quedan libres ni las feas.

—Llevas toda la tarde diciendo lo mismo.

—Fíjate la delgadita cómo lo baila.

—A por ella, hombre.

—No hay una tarde que se me dé la delgaducha.

—¡Cómo va a engordar, si lo baila todo!

—Seguro que se sabe hasta el «Independencia cha-cha-chá».

—Me gustaría verla bailándolo con el ministro ese.

—Los negros meten el mambo hasta en la política.

—Que no es mambo; que es cha-cha-chá.

—Es que éste lo baila todo igual.

—A ver a quién le parto la boca.

—Piti se mosquea cuando le dicen que lo baila todo igual.

—Ni que fuera Kassongo, el ministro del Congo...

No bailas para nadie. Bailas para ti misma, contigo misma. Sucia de tranvía y oficina, purificada por la luz del sol; sucia otra vez de Metro y vuelta a purificar, la música te realiza plenamente. Te embellece, te abstrae. Eres la muchacha absoluta que baila un ritmo de ahora mismo. Nada más. Cuando ceses de bailar, volverás a decir cualquier

cosa: «Se me está haciendo tarde», «Quiero beber algo antes de irme», «Tengo que acabar de leer lo de Kennedy; no me perdáis la revista...». Tus pocos años esbeltos tienen médula de música. En algún punto de tu ser te enternece la tragedia Kennedy-Jacqueline. Necesitas un amor así. Pero ahora no. Ahora bailas y sonríes desde tu sofoco. Volveré para verte bailar.

Como el lento crecer de la cutícula

Ahí están todavía las tijerinas —siempre las hemos llamado en casa «las tijerinas»—, pues, naturalmente que están ahí, dentro del armarito del cuarto de baño, y en cualquier momento puedo utilizarlas —tan melladas ya, las pobres, tan usadas, tan vividas— para cortarme un pelillo que se le ha escapado a la máquina de afeitar eléctrica —cabezas flotantes, cuchillas no sé qué y mucho cuento, pero a la hora de la verdad, siempre queda el rabo de la barba por desollar—, como cuando mamá las utilizaba para hacerse las uñas o para hacérmelas a mí.

Y ya ha llovido.

Soy un niño de la guerra. Somos los llamados niños de la guerra. Pero los niños de la guerra nos afeitamos ya la recia barba de cabezas de familia con maquinilla eléctrica americana o alemana —las españolas, de risa, trepidan como tanques, y no es por derrotismo—, de modo que las cosas han cambiado y no es ya como cuando mamá, allá en la provincia, las cosas, la vida, al salir de misa, los domingos, se quedaba en la ventana, en el balcón, en el mirador, haciéndose las uñas con aquella manera suya de hacer las cosas, despacito y buena letra, «que el hacer bien las cosas importa más que hacerlas», leería yo luego en Antonio Machado (poesías completas, con un retrato hecho por un hermano del poeta; libro que papá debió regalarle a mamá cuando estaban en la época de regalarse libros, que luego ya la gente no ha vuelto a regalarse nada, como no sean regalos prácticos, de esos que dicen ahora, una camisa de lava y pon o unas medias indesmallables).

Un cuento es un cuento. Pero lo de las tijerinas es de verdad, era de verdad. Mamá tenía sus cosas. Después de misa de doce, mientras escuchábamos las campanadas que llamaban a los de misa de una, estábamos en el balcón como en el mismísimo cielo, porque nosotros ya habíamos sido santificados por el cumplimiento dominical y las otras pobres gentes, en cambio, acudían presurosas a la iglesia, como con miedo de llegar tarde para salvarse. Porque ya se sabe que nadie quiere ir ni siquiera al purgatorio, sino derechamente al cielo, que es donde suenan las campanas de la parroquia, donde sonaban en los domingos azules —pero qué azul el de aquellas mañanas, como de cielo ya visto desde dentro— de mi infancia, de mi adolescencia, no sé.

Despacito y buena letra, que el hacer bien las cosas importa más que hacerlas. Ella tenía unas manos ovals —ojivales, hubiera dicho el poeta, pero yo no soy poeta, aunque conozco algunos— y blancas, no monjiles, no, sino casi enérgicas, para hacerse las uñas con las tijerinas, con las tijeritas, o para escribir cartas con la pluma estilográfica, aquella estilográfica de antes de la guerra que todavía seguía haciendo buena letra después de la guerra —una de las pocas cosas que sobrevivieron y no perdieron el pulso con los tiros—, de modo que todavía hoy, al cabo de los años, puedo revolver algunos papeles y encontrar su hermosa letra muerta, redonda, clara, un poco temblorosa ya hacia el final, en anotaciones, cuentas y documentos familiares, de esos que parecen más importantes, casi pergaminos, casi títulos nobiliarios, cuando el tiempo les pone inútil y pretenciosamente amarillos.

De vez en cuando, de tarde en tarde, cuando yo me dejaba, ella aprisionaba mis manos oscuras, peleadoras, rasguñadas, guerreras, heridas, y me hacía las uñas, después de un buen lavado. Y allí estaban mis dedos de jugar a las canicas, de disparar el tirador, mis manos gateadoras, mis pequeñas garras sucias y recién limpias, entre sus manos blancas, yaciendo, como un murciélago extrañamente acunado por dos palomas. Me cortaba las uñas con las tijerinas. Me las recortaba en forma semicircular, haciendo desaparecer las pequeñas almenas de picachos y mordeduras que las convertían en garras. Pero lo más delicado, lo más de ella, su obra de arte, era el irme recortando el lento crecer de la cutícula. Gamo el lento crecer de la cutícula; así crece el tiempo, así crece la vida, así pasan las cosas, sin que se note de un día para

otro. Pero el lento crecer de la cutícula va ahogando, ocultando la hermosa media luna que había debajo, la hermosa media luna del nacimiento de la uña. Ahora, a los niños de la guerra nos hace las uñas una manicura de la Gran Vía, o de la peluquería del barrio, una manicura de esas que llevan la bata pequeña, lo cual las hace un poco hospicianas, que hospicianas provocativas, llenitas, no sé. Uno se siente más hombre que entonces porque se afeita con maquinilla eléctrica de cabezas flotantes la obstinada barba de cada día, y porque puede o no puede pagar a la manicura de la peluquería, que tiene sus chismes y sus palanganitas, y sus estiletes, y sus toallitas y sus tijeras, y sus limas, siempre dispuestos para cuando llega el cliente.

—¿Ha visto usted la que han estrenado en el Capitol?

—No, guapa; tengo poco tiempo para ir al cine últimamente.

—Ustedes, los hombres, ya se sabe, el fútbol y de ahí no hay quien les saque.

—¿Y dices que es bonita la del Capitol?

—Ay, a mí me ha chiflado. Claro que es por Richard Burton. Yo no me pierdo una de Richard Burton. O Barton, o como se diga. Porque mi novio, que tiene el peritaje, dice que se dice Barton. ¿Usted cree que se dice Burton o Barton?

—Pues verás...

—También, qué suerte, la Liz Taylor esa. Y que es más bien bajita. Claro que a guapa no hay otra. Ni la Loren, tan exagerada. Por eso se los lleva ella.

No sé si se refiere ya a la Loren o a la otra, pero le digo que ella tiene un aire a la artista.

—Pues tú tienes un aire a esa mujer...

—¿Yo? Quite usted para allá. Los hombres, siempre tan piropeadores. No hay un cliente que no me salga con una cosa así. Claro que las que tenemos novio formal...

Y se queda tan calladita, no sé si sintiéndose por dentro Elizabeth Taylor o Sofía Loren. Y pienso que no estaría mal que me hiciera las uñas Elizabeth Taylor, o Sofía Loren. La una, con sus manos menuditas, un poco gordezuelas, anilladas, manos de Cleopatra apócrifa; la otra, con sus manos grandes, morenas, teñidas aún por la sal y el viento de Nápoles. Me decido mentalmente a adoptar como manicura a Sofía Loren, mientras las manos obreras, cuidadas, un poco chatas, de la chica de la peluquería, van recortando y recortando el lento crecer de la cutícula, como cuando las manos de mi madre y mis manos de niño callejero o de niño enfermo, mis manos ya fuertes, ya nerviosas, o liliales y febriles, casi manos de niña —«vas a tener manos de mujer, sino fuera por los pelos»—, varoniles más tarde, con las uñas un poco grandes y la cutícula lenta, pero obstinada, que en tardes de soledad, en mañanas de olvido, en domingos sin madre, me recorto yo mismo, lentamente, nerviosamente, primero la mano izquierda utilizando la derecha, y luego viceversa. Creo que me manejo bien con ambas manos aunque siempre queda mejor la izquierda, claro, como que es la mejor atendida y la que menos trabaja, la que ha holgado en el bolsillo de la chaqueta, o del abrigo mientras la otra mano, la derecha abría puertas, hacía girar picaportes, escribía cartas, apuntaba números, estrechaba otras manos, acariciaba un pelo de mujer con amor o sin amor, pero siempre con devoción. ¡Ay!

Los niños de la guerra se hicieron hombres, nos hicimos hombres, y me pregunto ahora para qué, por qué tanto esfuerzo, tantos días, tanta vida, tanto amor, tanto tabaco, tantos billetes de autobús, tantos cafés ni fríos ni calientes. Un hogar como miles, como millones de hogares, y en la pequeña repisa del pequeño armarito del pequeño cuarto de baño, las tijerinas de mamá, útiles todavía, inútiles siempre, con esa permanencia de los objetos, con sus dos aros un poco ovoidales para meter los dedos y sus filos ya mellados, suavizados, y una de las puntas más corta que la otra, ni siquiera rota, solamente gastada. La vida es un obstinado y lento crecer de la cutícula. ¿Nos pillaré el día de la muerte con la cutícula recortada o con la cutícula crecida?

Lo que importaba, me digo, nos decimos, es que mamá tomase las tijeras, tomase mis

manos y se dedicara a reparar estragos de toda la semana, huellas de canteras, rastros de guijarros, manchas de brea y de tinta. A recomponer aquellas manos, a dotarme otra vez de manos, cuando la no tan lenta ni darwiniana evolución de las especies me las había ido convirtiendo en garras en sólo una semana de escuela o de novillos, a la orilla del río o en los últimos barrios —chabolas y lagartos— de la ciudad. Pero eso no puede volver. Mamá está muerta y todavía la crecerían un poco las límpidas uñas bajo la tierra, en las manos ovales (ojivales, vaya), con que ella escribía y escribía con su hermosa letra de muerta-viva. (Porque a los que ya están muertos, siempre les recordamos y les imaginamos ya como muertos-vivos, como vivos-muertos, igual que durante el sueño, cuando soñamos con ellos; y para qué decir que yo sueño mucho con mamá, casi todas las noches, y, en sueños, siempre está viva y muerta a la vez, qué cosas.)

—Pues le aconsejo que no deje de ver la del Capitol. Claro que a usted Richard Burton...

Richard Burton. Preferiría que me hiciese las uñas Sofía Loren. Es una traición a mamá (los muertos son unos eternos traicionados), pero de verdad que me gustaría. En el cine me he fijado en sus manos. Tan largas, tan morenas, casi varoniles; pero no, nada de varoniles, sólo que grandes y un poco huesudas en los nudillos, como si llevase el esqueleto anillado por dentro. En sus primeras películas, las del neorrealismo —los niños de la guerra, los niños de la guerra—, movía mucho las manos, las enseñaba mucho, las alzaba como crestas, a la manera napolitana. Ahora debe ser otra cosa. Más suave, más señora, pero las mismas manos delgadas y grandes de mujer etrusca. Qué perdidas, qué tontas, qué de oficinista mis manos en las tuyas. Perdona, mamá... Esta manicura tampoco lo hace mal.

Pasa la vida, crecen los años, el tiempo le trabaja a uno por dentro, como el mar trabaja dentro de los ahogados. Todos somos náufragos en las aguas del tiempo, ese tiempo que einstenianamente no existe —cuánto hemos aprendido los niños de la guerra—, y que sólo es movimiento, puede reducirse enteramente a movimiento, a crecimiento, como el lento crecer de la cutícula. Por eso hace falta una mujer —aunque sólo sea la manicura de la Gran Vía, como tantas otras manicuras de la Gran Vía— que nos recorte la cutícula y deje aparecer otra vez la hermosa media luna de la esperanza. Hace falta una mujer, que puedes ser tú, a quien no había citado hasta ahora, que puede ser incluso Sofía Loren. Que pudiera ser mamá, mejor que nadie. Pero por qué ponerse así. Sé que sólo tengo que ir al baño, tomar las pequeñas tijeras de entonces y ponerme yo mismo a la tarea.

Tribunal-José Antonio-Sol

El tren venía lleno desde Bilbao, donde se había cargado de obreros que llegaban por la otra línea, de Cuatro Caminos, camino de Legazpi, de Lavapiés, de Embajadores, en revueltos empellones, pujantes y grises, callados, voceadores, grávidos de una jornada de trabajo, como sus muertos abrigos y sus bufandas de borra; con la cartera negra, de mano, dentro de la cual iban los cacharros del almuerzo, la tartera de hundido aluminio rebañado, y una granazón bovina de cabezas dentro del vagón, como un friso tosco y torvo; una sombría apretura, algunas mujeres suspirantes y un triste señor más alto que el resto de la gente, y las manos de yeso y sabañón sujetas a las barras metálicas, y la gran pesantez de todos los vagones dentro del túnel, como una rauda catástrofe suburbana, metropolitana, subterránea, bajo el suelo de Madrid. En Tribunal tomó el Metro la señora de la pamelita.

«No estoy satisfecho de mi labor», dice ahora el Vicente Calderón. Qué te parece. «Es más difícil reorganizar un club que organizarlo.» Vaya cacho cara. Y la afición, ¿qué? No te digo lo que hay. «Si mi salud me lo permite, me presentaré a la reelección.» «No admito que los jugadores no rindan por baja moral.» Pues eso está bien dicho, mira. A mí eso de la moral me ha parecido siempre cosa de risa. Que no se lo creen ni ellos, vamos. Con cien mil al mes y primas. Baja moral. Échale hilo, «macho». Baja moral. Con cien mil al mes y primas.

Era el «extra» deportivo de la tarde. «El Atlético puede y está en condiciones de ser campeón.» Letras rojas y negras en la mano fosilizada, laboral, demasiado poderosa para sostener unas leves hojas de papel. La señora de la pamelita, la dama de la pamelita, había entrado en Tribunal muy sencillamente, muy sutilmente, abriéndose paso entre las sucesivas paredes humanas, con su pamelita extemporánea —febrero y viento de la sierra en Madrid, allá arriba, por las calles—, con su belleza claudicante, como una sutil lavanda, disponiendo su aroma antiguo y fresco entre el clima obrero y ferroviario. Y así llegó hasta un asiento inexplicablemente vacío y se sentó en él, y todo el mundo la miraba un poco, murmurante; el gran friso humano miraba de reojo, y los obreros, en la tarde invernal, no sabían si les gustaba o dejaba de gustarles aquella alta dama un poco antigua, un poco bella, intemporal.

Hubo un pitido grueso y corto, ronco, sonando a haber sonado muchas veces, «vagido de una cosa muda», y las puertas automáticas tuvieron un titubeo metálico antes de volver a cerrarse definitivamente, mientras el tren arrancaba por el andén y se perdía de nuevo en el túnel, dejando atrás a aquellas gentes que caminaban sin avanzar hacia la escalera de salida. Los raíles dibujaban una hermosa curva que nadie veía en la oscuridad. «No admito que los jugadores no rindan por baja moral.» «El Atlético puede y está en condiciones de ser campeón.»

—Menos palabras y a meter goles. Como está legislado, oiga. Que ya está bien, vamos, digo yo. Pues sólo faltaba eso. Y el Vicente Calderón este, que se pasa la vida diciendo cosas en la «Marca». No cojo un día la «Marca» que no vengan declaraciones del Vicente Calderón. Le hacen más interviús que a la Lola Flores, «macho». Así va el país.

«Entren y salgan rápidamente.» «Prohibido vender en los coches.» «Prohibido fumar o llevar el cigarro encendido, bajo la multa de cinco pesetas.» «Tened cuidado al entrar o salir para no introducir el pie entre coche y andén.» De Tribunal a José Antonio el Metro iba raudo, con prisa, como impaciente, casi ligero con su gran carga humana, deseoso de coger el desnivel de la Red de San Luis, la cuesta abajo de Montera, hasta llegar alegremente, triunfalmente, a Sol. La dama de la pamelita tenía una belleza antigua, de dibujo de Penagos, de anuncio de Gal de los años veinte, de señorita soltera de la calle Zurbano. Iba recogida y quieta en su asiento, con los ojos un poco perdidos, con un bolso y unas flores entre las manos, sobre el regazo. Había bajado al Metro en Tribunal, llegando de su piso solitario de Chamberí, con muchas consolas amortajadas,

o de una cenicienta pensión de Fuencarral, peluche y ozono-pino de un cine de sesión continua, quién sabe.

Cinco de tantos de mil novecientos sesenta y tantos. Dieciséis páginas especiales. «Año tras año, el Atlético ascendió en todos los órdenes.» «O admito el bajo rendimiento por baja moral.» Algunos viajeros se habían desentendido del bajo rendimiento del Atlético —quizá eran del Madrid— y miraban a la mujer de la pamea, a la bella y gastada y solitaria dama de las flores y la pamea y los satenes y los tisúes, tan enigmática allí, a aquellas neis y cuarto de la tarde, en el Metro obrero que iba de las barriadas laborales de Cuatro Caminos a las harria das campamentales de Embajadores y Legazpi.

—Pues no está mal la vieja.

—De vieja, nada, loco.

—Peor es lo que tiene uno en casa.

—Cómo te lo diría.

—Y además de verdad.

—Lo que pasa es que con estas principescas vas de cráneo.

—No será tan principesca cuando va en el tubo, como la gente.

—De abolengo, oye. Que eso se nota. Te lo digo yo.

—Nunca se sabe.

—Como estar, no está mal.

—Todavía se le podía decir algo por lo fino.

—Señora, aquí tiene usted un obrero fresador para lo que guste mandar.

—Muy bueno, «macho».

—Apúntate ocho.

Iban las risas obreras con la velocidad, y el tren llegaba a José Antonio aminorando la marcha. La humanidad viajera y subterránea del Metro salió a la luz de amanecida de los fluorescentes y los baldosines blancos de los andenes.

Hubo cierta confusión, como siempre, en la parada de José Antonio. En la cabina de los empleados el reloj —reloj de estación entre un retrato de Franco y otro de José Antonio— marcaba las seis y diecinueve minutos. En la cabeza del tren, un revisor de la Compañía hablaba con el conductor del tren, que se daba vueltas a la gorra en la cabeza. La gente iba hacia los grandes y lentos ascensores que iban sacando herradas humanas de materia silenciosa desde el pozo profundo, desde la mina húmeda del subterráneo, a las superficies de allá arriba, de la Gran Vía, con el cielo tan cerca de la torre de la Telefónica.

Aquella dama rara seguía quieta en su asiento y el tren se puso nuevamente en marcha.

«No deja de ser sumamente curioso que, siendo líder del campeonato de Liga, el equipo rojiblanco sea al mismo tiempo el más criticado de los tres o cuatro que marchan en posiciones avanzadas. Y a esto hay que añadir las incidencias y circunstancias próximas a los acontecimientos futuros del Atlético, como son el fin del mandato de cuatro años de su Junta directiva.» En José Antonio se había producido como un refresco de público. Algunas gentes que no iban hacia los barrios del sur, sino al centro, se habían apeado allí para sacar su entrada en un cine de estreno, o tomarse su cafelito en una cafetería tranviaria, viendo pasar a la gente y a los coches, viendo a las altas y distraídas mujeres extranjeras y a las suntuosas y ceñidas mujeres de la capital, esas que pasan o pasean todas las tardes por la Gran Vía, cuando el crepúsculo gira lenta y poderosamente de Callao a la Plaza de España, y los silbatos de los guardias tienen esa insistencia nerviosa, histérica, de la autoridad desatendida, y los taxis libres huyen por todas las transversales de la alegre y enredada tragedia de la vida, de la múltiple y equívoca novela de la tarde. («No admito que los jugadores no rindan por baja moral».) Otras gentes habían bajado al Metro, en José Antonio, desde

las tiendas y los bares de la Gran Vía, trayendo paquetes de los grandes almacenes, tersos paquetes envueltos en papel con letras y dibujos, un aura de gran calle y aire libre, de modo que algunos vagones eran ya como un mercancía cargado de presentes, cuajado de regalos que se abrirían, como la alegre dispersión e indocilidad de lo nuevo, de lo recién comprado, en los hogares de Tirso de Molina, antes Progreso y de Embajadores.

—Y después le dije al jefe: de eso nada, monada. Con que se quedó a verlas venir, y yo, que si quieres, pues sólo faltaba eso, ¿no te parece? Si es que hay cosas que yo no paso; mira, porque no es que uno sea lanzado, pero si no sabes estar en tu sitio, como yo digo, te llevan de calle. Es que te llevan de calle. Aquí, cada cual va a lo suyo y si no espabilas te quedas en la mismísima. Pero vamos, de todas, todas. Con que después voy y le digo...

—... Era otra cosa, ¿sabes? Más finita la tela, eso sí, de más ver, ¿comprendes? Pero hija, que ya son muchos gastos. No sabes qué mes llevamos. Y por unas pesetas menos, al fin y al cabo, nos traemos un vestido que, para el tiempo que vamos, pues te hace un servicio. No es como el que la niña había visto en «Galerías», pero vista sí que tiene. Y luego, que la chica me cose bien y la tela luce más. Bueno, eso ya lo verás tú misma. A mí me parece que tampoco hay por qué tirar el dinero por un capricho, ¿me entiendes?

—Esa esperamos a que la pongan de reestreno en el barrio. Ahora vamos a ver si han llegado ésos, a ver qué dicen ellos. Pero en el Capitol ni hablar. Que son casi diez duros. Buena película sí debe ser. Ya te lo dije yo el otro día, en cuanto vi las carteleras. Y que la Raquel Welch está de miedo. Pero ésa te la pasan a reestreno rápido. Ahora duran poco las películas en la Gran Vía. Debe ser que la gente prefiere verlas en el barrio. A ver. Natural. Por la mitad de precio y en casa, como quien dice. Por eso no me gusta a mí venir a la Gran Vía. Porque empiezas a ver los estrenos y te entran ganas de meterte al cine. A que sí, macho.

«El Atlético puede y está en condiciones de ser campeón.» «El Atlético puede y está en condiciones de ser campeón.» «El Atlético puede y está en condiciones de ser campeón.» Pero los obreros se habían desentendido definitivamente de la marcha del Atlético. Había como una muda tensión a veces siseada en torno a la dama madura y bella, que iba en su asiento mirándolo todo y sin mirar a nadie. No podía saberse si era la primera vez que viajaba en el Metro, y estaba consternada, o, por el contrario, habituada y resignada a aquella expectación, había optado por desentenderse en absoluto, refugiada en su hieratismo. En los hombres crecía una curiosidad turbia, entre deseosa y revanchista, ante la inmediatez provocadora —y tan sumisa— de aquella mujer diferente, elegante, anacrónica, extemporánea, que no sabían si era un insulto o una deferencia a su cansancio, su sudor, su fuerza, su impaciencia, su repetición, su carne. Algunas mujeres también miraban, recelosas de nada, envidiosas de nada, curiosas de todo. El clima de aquel vagón se había tornado secretamente tenso, amenazante, inquisitivo, violento y quieto, en torno de la mujer elegante, de la dama quieta, de la señora enigmática.

«El Atlético puede y está en condiciones de ser campeón.»

Cuando el Metro llegó a Sol, en un alegre descenso, las puertas del vagón se abrieron casi jubilosamente, todo se llenó de luz y de altavoces, la gente se dispersó en la revuelta flor humana de los mil caminos subterráneos, y la señora de la pámela se fue por alguno de los pasillos, por alguna de las escaleras, muda, perdida, despaciosa, inexistente ya.

Fábula negra

Allí estaba, en su extraño tenderete, a la sombra de los negros pájaros, el hombre que criaba cuervos. Los cuervos se posaban en los palos del tenderete y picoteaban lo que el hombre les daba de comer en la mano. De pronto, uno de los bichos echaba a volar, describía unos círculos en el cielo y descendía de nuevo. Los cuervos miraban al hombre con sus caras de cuervos, esperando más carroña. Los había grandes y pequeños. Vino el hombre que daba pan a perro ajeno.

—¿Qué hace usted ahí con esos pajarracos? —preguntó.

—Ya lo ve. Crío cuervos.

El otro bajó la cabeza y no dijo nada. El criador de cuervos era delgado, asténico, funerario, bondadoso.

El hombre que daba pan a perro ajeno era pícnico, ruboroso, lento y llevaba los bolsillos reventones de pan tierno y de pan duro.

—Ya sé lo que está usted pensando —dijo el hombre que criaba cuervos.

Hubo un silencio.

—Bueno, yo no he dicho nada —se disculpó el otro, sin tener de qué disculparse.

—Sí; está usted pensando que a quien cría cuervos, los cuervos le sacarán los ojos.

El hombre que daba pan a perro ajeno hizo un vago gesto de asentimiento fatalista, como queriendo decir: «Ya veo que es por su propio gusto; usted se lo busca; conoce su destino».

—Qué se le va a hacer —suspiró el criador de cuervos, tomando de un cubo un puñado de carroña y acercándolo al pico del cuervo que se le había posado en un hombro—. Ya sé que es mi destino. Crío cuervos y me sacarán los ojos. Pero es lo que he deseado toda mi vida. Desde pequeño. Criar cuervos.

El otro no ocultaba ya su repugnancia a la vista de los pajarracos, y miraba un poco hipnotizadamente cómo el cuervo comía en la mano de su dueño.

De pequeño, en mi pueblo —prosiguió melancólicamente el hombre alto— cayó un día en mis manos una cría de cuervos. Le salvé la vida con muchos cuidados. Estaba a punto de morir. Y ahí empezó todo. Desde entonces comprendí que el destino de mi vida era criar cuervos.

—¿Y no pensó usted nunca en el refrán? Vamos, en la frase esa, quiero decir. Claro que no es más que una frase y...

El hombre pícnico había sacado de un bolsillo de la chaqueta un mendrugo de pan y se puso a roerlo con sus dientecillos. El otro seguía hablando de su pueblo, de su infancia, de los cuervos, de que un día, fatalmente, uno de aquellos cuervos le sacaría los ojos. Pero su interlocutor ya no le escuchaba. Se había parado allí cerca de un perro sin raza, bohemio, sucio, y el hombre que daba pan a perro ajeno se quitó el pan de la boca para ofrecérselo al can, que en seguida empezó a tritularlo con sus agudos dientes.

—¿Por qué hace usted eso? —preguntó el criador de cuervos.

—Ya ve. Yo doy pan a perro ajeno. Llevo los bolsillos llenos de pan. ¿Quiere usted un poco?

—Pero ese perro no es de nadie. Es un perro callejero.

—No hago excepciones. Decía que si quiere un poco de pan. ¿Les gusta a sus pájaros el pan?

El hombre que criaba cuervos se volvió a mirar con ternura a sus bichos. Recordaba a los hombres que venden canarios en el Rastro y en los mercados, y los llevan en una especie de estandarte de palos cruzados.

—Me parece que no —dijo—. Y no se lo tome usted a mal —añadió—, pero ellos son así.

—Usted sí me aceptará un mendrugo...

—Por supuesto —dijo el otro, agradecido.

Y los dos hombres se repartieron un pedazo de pan. Masticaban en silencio, mirándose de vez en cuando a los ojos como para decirse algo, pero sin decir nada. Al fin, habló el que criaba cuervos:

—Si siempre anda usted dando pan a los perros ajenos, pierde pan y pierde perro. Ya lo dice el refrán.

—Por supuesto. Nunca he conseguido tener un perro propio.

Hubo otro silencio lleno de melancolía de aquel hombre sin perro. Los dos hombres seguían masticando. El perro callejero roía su mendrugo. Los cuervos lo miraban todo y graznaban entre ellos dando picotazos crueles al aire.

—Le gustan mucho los perros, ¿eh?

—Ya ve. No puedo ver un perro sin ofrecerle un pedazo de pan. Tienen siempre esa mirada de hambre... Incluso los perros de rico, no vaya a creer. ¿Usted se ha fijado en la mirada de un perro? El perro debe de haber pasado hambre, mucha hambre, no sé cuándo, quizá cuando era lobo, en algún tiempo remoto. Se han dicho muchas cosas sobre los ojos de los perros. Que miran con gratitud, con ternura, con inteligencia. Se ha dicho que el perro es el mejor amigo del hombre. Qué quiere que le diga. Yo lo único que veo en la mirada de un perro es hambre. Siempre hambre. Por eso no puedo menos de...

—¿Y por qué no prueba a tener un perro propio? —preguntó el que criaba cuervos, alargando su delgado brazo con el fin de acariciar el negro plumaje de uno de aquellos pajarracos.

—No. Sería imposible. Si yo tuviera un perro mío, propio, siempre el mismo, acabaría por ignorar a los demás perros. Acabaría haciéndome egoísta. O lo que es peor —añadió después de una pausa—, acabaría traicionando a mi perro. Dando pan a otros perros a escondidas...

El otro asintió con la cabeza. Comprendía.

—Al fin y al cabo, el perro es un animal agradecido —dijo. Estaba pensando, sin duda, en su estéril tarea, en su ingrato destino de criador de cuervos.

—Ésos no, claro... —suspiró el otro, apuntado vagamente a los pajarracos.

El hombre alto denegó con la cabeza.

—Y luego, el peligro de...

—Sí, no le importe decirlo. Lo del refrán. Uno de éstos acabará sacándome los ojos. Es ley de vida. Si por lo menos supiera cuál de ellos va a ser —y los abarcó a todos con una mirada.

—¿Para qué quiere usted saberlo?

—Para quererle más que a los otros.

—Los cuervos son un poco como Judas, ¿no?

—Sí. Como Judas... Pobrecillos; pero ellos no saben lo que hacen...

Y había ternura en sus palabras. Era un criador de cuervos con corazón de criador de gorrioncillos.

Otro perro se había acercado por allí.

—Un *deeshound*. Es un *deeshound* —dijo el hombre que daba pan a perro ajeno, disponiéndose a echarle un pedazo al animal.

—¿Conoce usted todas las razas de perros?

—Bueno, no todas. Algunas. Pero ya le he dicho que no hago distinciones. Un perro es un perro. Con collar o sin collar. Perdido o con dueño, yo no puedo menos de darles a todos un pedazo de pan. Sé que es lo que esperan de mí. Es lo que esperan del hombre. Para ellos debemos ser como dioses. Es la fortuna que tienen los animales.

¿No ha pensado usted eso?

—No. Nunca lo había pensado. Pero quizá por eso mismo crío yo cuervos.

—Claro. Un hombre es un dios para un perro... Bueno, y para un cuervo —concedió después de una pausa.

En tanto habían ido acercándose otros perros en torno al hombre, que, afanoso, se sacaba pan de todos los bolsillos, de entre la ropa, y lo repartía a las bestias. Los perros mordían y gruñían. Los cuervos graznaban y su dueño les daba de comer distraídamente, mientras contemplaba con austera ternura la labor del desconocido.

—¿No cree usted que nos tomamos demasiado trabajo por estos bichos? —dijo de pronto uno de los hombres.

—Quién sabe. Nunca se sabe —dijo el otro.

Y se sonrieron melancólicamente, amistosamente, comprensivamente, entre los perros y los cuervos.

Amar en Madrid

Como aquel café de primavera, con el invierno aún, dentro, disfrazando de un frío inexistente el confort destripado de los divanes, el humear inútil de los cafés, la hoguera mínima, húmeda e invisible del coñac en el fondo de la copa o laringe abajo, quemando las palabras del conversador interminable, del contertulio de todas las tertulias, del bebedor de coñac y fumador de tabaco negro o rubio, con boquilla o sin boquilla, mentolado o no mentolado, canceroso o anticanceroso, cordial siempre y conversacional. Pero afuera hacía sol. Un sotanillo con antesotanillo, una hornacina con figuras que dudan entre resultar muy antiguas o muy modernas, entre el modelado en serie y la filigrana rococó del arte refinadamente basto y bastardo.

Un espejo convencional tapando la puerta que da al pasillo de vecindad, al patio gris y de ceniza, a los reinos incoloros del gato y la portera; todo irreparablemente aromado por unos fondos de retrete con su uve doble y su punto y su ce y su punto pintadas con altura de miras, en blanco, sobre la madera indiferente de la puerta. Por aquel espejo con greca todo alrededor, como un homenaje al que pasa y se mira, al que entra y se mira, por aquel espejo con clavos dorados, elegantes, demasiado elegantes, en las cuatro esquinas, pasaban tranvías raudamente reflejados —«beba esto, beba lo otro, duerma bien, guise con tal»— pasaban anuncios y ráfagas de primavera y mujeres apresuradas, y un soldado —quizá un marinero—, y todos los que van a pie, y las muchachas que dejan lo mejor de su edad, sin saberlo, en esos espejos que las reflejan al pasar. Es mejor que no haya ningún coche aparcado delante de la puerta del bar, porque entonces el espejo permanece despejado en toda su dimensión y la vida de la calle hilvana en él el hilo de los mil, de los dos mil, de los quinientos mil automóviles que corren por la ciudad, y, a veces, eligen esta lateral, mejor que la calzada central, para rodar más plácidamente, salvo la molestia de los adoquines y los raíles desencajados del tranvía y el propio tranvía, que hace paradas en todos los discos, en todos los semáforos, en todas las esquinas, o se lanza en picado y corre, corre, como un desgarramiento del paisaje urbano. El pequeño bar es sólo una mancha gris y momentánea para los que van en el tranvía sentados o de pie, mirando la calle que les mira, con las monedas de la vuelta del *ticket* entre los dedos, por pereza de volverlas al bolsillo.

Era el canto inesperado del teléfono, tomando parte en las conversaciones, esa angustia irrespirable de los sitios donde se ha conseguido un clima humano, demasiado humano, y todos tienen algo que decirse, y se lo dicen, y los camareros van a la barra y vuelven de la barra, con andares ya de jubilados, de viejos jubilados confundiendo los pedidos, ahogando en un café largo las palabras del tímido que ha pedido un café corto, destapando botellas para servir el líquido hasta un poquito más del borde de la copa, que es como sirven los camareros, ciertos camareros, puesto que en ese excipiente, en ese exceso físicamente inestable, está la justificación de la propina o el virtuosismo del oficio, o sencillamente, sin que nadie lo sepa, ni el que sirve ni el que consume, el triste sobrante de la vida, el derramado exceso de lo humano, la ahíta saciedad de unos y otros: de todos.

Ella y él se miraban. Si el cuadro de la pared se refleja en algún espejo, tenemos ya dos cuadros iguales, sólo que uno, el reflejado, mucho más bello y distante, con sus ciclistas y sus niñeras viviendo una tarde francesa mucho más intemporal que la del óleo verdadero. Podía haber otra hornacina como la del antesotanillo, con una talla minuciosa y torpe a la vez, con una figura de mujer de otra raza asistiendo de mala gana, día tras día, tarde tras tarde, noche tras noche, a las confidencias y las conversaciones de unos individuos con barbita de filigrana o abandonada cabellera que se tornaba silvestre sobre el tergal, el tervilor, el terilene o la terlenka de los cuellos de las camisas; a las conferencias y las conversaciones de unas mujeres y unos hombres desfigurados por humo de las tazas y los cigarrillos, por el falso clima de invierno que

perpetuaba sus últimas flores de frío bajo el paso cruento de las ruedas del tranvía. En la barra había un refrescante trasiego de cañas de cerveza, y siendo la cerveza una bebida de primavera, era como si aquellos locos de la barra estuviesen bebiendo cerveza helada en invierno, cuando realmente la primavera estaba fuera, a cinco peldaños sobre el nivel del sotanillo. Los hombres y las mujeres que habían tomado café juntos, los hombres y los hombres que habían tomado café juntos, no tenían nada que decirse, y únicamente aquel tipo de las gafas oscuras explicaba algo en francés al auditorio de las tazas sucias, ante la desaprobación de los viejos camareros, en tanto que ella y él se miraban y sonreían y parecían complacerse en ser los dos extremos opuestos de una correlatividad humana que incluía a un viejo profesor de perfil terroso, al entusiasta con rebarba de todas las tertulias, al elegante del bigotillo, cuidadoso de sus puños blancos y sus gemelos, cuidadoso de su corbata y su sonrisa, cuidadoso de su mirada inteligente —también sus gemelos parecían ser de otros dos ojos inteligentes—, que paseaba por las miradas romas, como espejos borrosos, de tantos otros en los que él se veía, o, cuando menos, se miraba o creía verse. Y en los extremos, sí, aquel hombre y aquella mujer, separados y enlazados por otros hombres y otras mujeres, mirándose, sonriendo, comprendiéndose dentro de aquella acumulación de vida mortal y rosa, dejando nacer en sí, ellos también, en su corporeidad mortal y rosa, como dijo el poeta, un infinito inventado. Eran las cuatro y veinticinco de la tarde.

Es ésta una raza conversacional, es ésta una ciudad conversacional, y hasta los silenciosos resultan comunicativos y basta dar lumbre o pedirla, basta con el gracioso pistoletazo del encendedor o la antorcha minúscula de la cerilla para que todo el pasado campamental de este pueblo se encienda en secretas hogueras que nuevamente son conversación y trato.

En cada tacita de café un lado negro, en cuyo torno paseaban como cisnes las palabras cultas de aquellas gentes intelectuales, los últimos vocablos, las cosas aludidas en su tercer o cuarto significado, como «dimensión», «autoflagelo», «putrefaccionar», «contingencia»; era cada jarra de agua un modelo de imparcialidad entre el disputar sempiterno de los disputadores del país, y el primer whisky de la tarde iba cediendo a la mansa adulteración del hielo o del agua de seltz, en un pequeño café español, madrileño, en un bar o sotanillo, a tantos de tantos de mil novecientos tantos, en el inicio de la primavera, mientras una vida de inmobiliarias y créditos y oficinas y linóleo iba recobrando fuera su ritmo mañanero, más amortiguado ya, con el lastre de la digestión y el inconfesado resabio de la siesta ibérica, que toda la ciudad dormía hasta las cinco o las seis de la tarde, aún cuando los automóviles rodasen y los tranvías chirriasen y las gentes anduvieran apelotonándose en los semáforos o eligiendo una fibra de mejor calidad en los grandes almacenes, porque todo ocurría dentro de la gran siesta nacional, abolida sólo formalmente, y era una siesta con miles de automóviles y rápidos o dudosos ascensores, funcionales o finiseculares, sobre el enorme almohadón y el enorme edredón del humo de todos los puros —humo azul y muelle, dulce y pestilente— que andaban fumando los triunfadores de la vida.

De modo que por tres, o cuatro, o cinco escaloncitos bajaba al sotanillo un nuevo cliente con el aura de la calle en torno del sombrero o de la calva incipiente, hermoseándole la alopecia, y el tipo miraba a todos lados, quería fundir a las varias docenas de parroquianos en una sola persona a quien saludar, cuando realmente cada cara se le multiplicaba por varias caras, como ocurre siempre que uno se añade de súbito a una comunidad humana, y se producía el inevitable y vago movimiento de cabezas hacia el recién llegado, que acababa encontrando una sonrisa, como a quien le trae una hoja de árbol el viento primaveral, sonrisa que devolvía ya largamente, hasta haber soldado con ella su necesidad humana de compañía a determinada compañía, hombre o mujer, chaqueta de cuadros o suéter negro, corbata italiana o

camisa de rayas.

Y por aquellos tres o cuatro o cinco escaloncitos con pasamanos en el que nadie se apoyaba sino distraídamente —sólo el camarero más viejo y se ayudaba con necesidad para subir y bajar (la bandeja en la otra mano) de aquel breve barandal—, se iban yendo las gentes, se iba yendo la tarde, con la gabardina ni puesta ni quitada, porque era el entretiempo, dejando tras de sí un rastro de propina y conversación, de ademanes y calderilla, un hueco que inmediatamente pasaría inadvertido, como una presencia, porque es inútil tramar una convivencia absoluta a fin de apoyarse en ella y sobrevivir: el tejido de la convivencia vuelve a unirse por sí solo, tras el que se va o el que se muere, y parece como si nadie se hubiera ido nunca o nadie se hubiese muerto nunca. Nadie echaba de menos a nadie en aquel café, aunque todos sin todos no hubieran sido nadie, sino cada uno de ellos un solitario lleno de sueños y de miedo y de timidez para consigo mismo. Él respiraba todo esto en aquel café y quizá empezaba a estar triste. Ella también respiraba todo esto, pero su tristeza se le iba en humo, sonrisa y lumbre del cigarrillo.

Empezaban a sentirse frente a frente. El tejido humano es buen conductor de la electricidad; pero los amigos, las amigas comunes, se iban yendo, desaparecían, tomaban de la mesa un libro, buscaban cualquier prenda entre ese confuso pansexualismo de la ropa de los cafés, que conviven en el revuelto erotismo de los perfumes de los dueños respectivos. Si este sotanillo con rumor de conversaciones ha sido por unos cuartos de hora en el centro de Madrid, si Madrid ha sido alguna vez el centro de una nación y tomamos esa nación —podemos tomar cualquier otra— como centro geográfico del planeta, y aún tomamos este rodante y ruidoso planeta por centro aristotélico del Universo, resulta que el Universo se ha quedado de sobra, sin su planeta clave, resulta que nuestro lujurioso y salitroso planeta ha perdido del mapa su nación más vociferante y conservadora, y que la capital de esa nación asiste al repentino enmudecimiento de su corazón parlanchín y coloquial, de ese provisional corazón del mundo, que por unos momentos ha sido el café-sotanillo para un hombre y una mujer cuando estaba naciendo, no un amor platónico, sino un amor aristotélico, como son todos los verdaderos amores, que tienden siempre a centrar el círculo, a polarizar los vientos, a convertirse en su rosa efímera y mortal. «¿Nos quedamos otro rato?»

Así iba la vida, así entristecían los camareros, remitida su actividad de media hora antes, cuando el cansancio les subía por dentro al cerebro y se lo ponía lúcido, y les hacía comprender, sin comprenderlo, que sin aquella actividad, de la que maldecían, eran sólo una cabeza, un cerebro de cerebraciones inconscientes y mediocres y unos pies andarines, dispares, un poco disconformes, desalentados. Quedaba absurdo aquel camarero con su trapo blanco, rectangular, al hombro, sobre el blanco de la chaquetilla, y todas las matemáticas de las consumiciones de las mesas confundiéndosele en las pupilas. Ella había decidido fumar otro cigarrillo, y entonces aquel camarero se aproximó a ofrecerle lumbre, porque los camareros se tornan inesperada y tiernamente solícitos con el primer cliente y con el último, que son quienes les devuelven su conciencia de profesión y de clase, ya que todo lo demás es rutina del oficio, atropello, «dos al caballero», «veinticinco a los veinte duros», «gracias, señor», «se lo pongo con soda», etc. Aún había un amigo entre ambos, pero él la miró ya con la primera mirada apropiatoria, asistió al rito breve del encendedor y el cigarrillo, a la mano de ella —manos de muchacho—, que se abría amparadora de la lumbre vacilante, a su perfil dibujado y contenido, femenino, preciso, casi infantil, pero raramente firme, fijándose sobre el caído y oscuro lienzo de su cabellera, de su melena, más espesa que larga; de sus ojos, muy vivos; nariz, corta y recta; boca grande, que podía modular una femenina dureza o una precoz indiferencia sin perder por eso su cualidad adolescente, casi pueril. El jersey, negro y fino, cerrado, ni alto ni escotado, dibujaba su limpio

semicírculo, su suave asedio en torno de un cuello delgado y blanco, niño. Aquellas medias estudiantiles, aquellos zapatos fracasados y el obligado guiño del humo, de la primera humareda del cigarrillo, que parece va a volverse toda ella contra el fumador, contra la fumadora, como una nube hostil. Luego el humo se va mansificando, como una vaga bestia azulada que se disuelve en imaginaciones, hasta que el aire del café se queda casi limpio, un poco primaveral, al fin, con un trajín de sombras de piernas y zapatos que cruzan a la altura de los ventanales paleando el medio sol de la tarde.

Se miraron por detrás del amigo intermedio. Ella sonreía ampliamente, divertida, y él se sentía el pelo de la cabeza, se sentía las pestañas, el interior del mundo de la corbata, el roce de la chaqueta demasiado estrecha en las axilas, a través de la camisa, el corazón, viejo contertulio, los recientes sabores del café, y el agua, y el azúcar, y el alcohol, que eran ya sólo saliva, y se sentía los puños de la camisa demasiado tímidos o demasiados ostentosos, según los movimientos de sus manos.

El tejido humano, sí, es buen conductor de la electricidad, pero ellos estaban ya, prácticamente, frente a frente, o uno al lado del otro, en ese acompañarse de perfil, que no le resta intimidad a la compañía, sino que la convierte en algo tácito que apenas si se atreve a hacerse expreso mediante las miradas a los ojos. Por otra parte, los que se miran de frente y de cerca están creando entre sí una unidad en cierto modo indestructible que les preserva de todo lo demás, de la gente que pueda haber en torno; pero quienes permanecen de perfil, dando el mismo frente a otras personas que están de frente, quedan más a merced del observador distraído o atento, y son ya para éste una rara unidad de dos, como esas estatuas dobles y sentadas de personajes medievales o renacentistas, como esa representación que solemos tener de los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, Fernando e Isabel, tanto monta, monta tanto, de modo que la actitud es petrificadora, violenta, hierática, aunque tantas corrientes transversales fluyen de costado a costado, y cómo fluían.

Fluían a pesar del amigo intermedio, de quien se despidieron vagamente, poniéndose en pie sin previo acuerdo, buscando a cuatro manos —primera tarea en común— la cazadora de ella, su ropa de cuero entre la ropa languideciente de los últimos contertulios de la sobremesa. Él pagó la consumición de ambos: «lo mío y lo de la señorita». «¿También lo de la señorita?», preguntó el camarero, desgadamente, a pesar de todo, porque no se había enterado o porque al preguntarlo ganaba tiempo mientras hacía mentalmente y calculaba el juego de pago y devolución para deducir la propina que, naturalmente —excipiente en metálico—, había de quedar sobre el platillo. Pagar el café a una mujer por primera vez es un acto que, con toda su inanidad social, puede resultar interiormente erótica, pornográfica, inconfesable, o líricamente heroico. Este acto ha de repetirse cientos de veces a lo largo de cualquier amor, como tantos otros trascendentes o intrascendentes, pero cada una de las cosas que ocurren por primera vez en un primer encuentro reviste un simbolismo mágico que, sin duda, le viene por contraste: nadie elige su amor, según verso y poeta, y el corazón menos que nadie, de modo que cuando se ha producido ese gran golpe de azar que es un encuentro con mucho futuro, todos los pequeños actos subsiguientes, por reacción psicológica y ambiental, resultan providenciales, prestigiados por el falso providencialismo de esa primera predeterminación que no ha existido nunca, pero que tiene toda la apariencia de tal. El azar es un gran mar en el que el subconsciente no quiere ahogarse, teme perderse, e inmediatamente, nacen las gratas certidumbres a *posteriori*, porque nada más grato que creer que ella sólo le podría haber mirado a él en aquel grupo de contertulios cianóticos, y nada más hermoso que creer que él sólo la podría haber mirado a ella en aquel grupo de estudiantes parlanchines, de examinandas deshojadas como sus libros de texto. Aquel café pagado y aceptado suponía un pequeño compromiso, algo pequeñito que les unía por primera vez, porque la caja registradora había funcionado según esto y él y ella eran dos sumandos en el

cartoncito blanco y levemente abarquillado por el rodillo mecánico, dos sumandos en desvaída tinta morada, cuyo total, sin raya intermedia, sin la entrañable raya escolar de las primeras sumas, se aliena debajo, en hilera con los guarismos de la fecha, y todo quedaba reducido a una cantidad, que eran ella y él y sus consumiciones, y sus traguitos con los ojos en los ojos, a distancia, y su hora y pico de descubrimiento, y su breve pasado y su inexistencia futura: 16 pesetas con 50 céntimos.

Alguien había encendido los primeros neones del café bar. Una pareja, en un rincón se cogía de las manos. Aquel reducto invernal —cuero de las tapicerías y humo ferroviario de la cafetera— iba dejando colar la primavera en cada entrada y salida de un parroquiano, en cada timbrado pajaril del teléfono, en cada estentóreo o inesperado «¡Marche una cerveza fresca!».

Los tres, los cuatro, los cinco peldaños, entre el pasamanos y la pared. La puerta de cristal con cortinilla. Abandonar el sotanillo precedido de una mujer, de una melena más espesa que larga, de una cazadora de cuero azulado y unas medias escolares y unos zapatos desastrosos. El espejo de la puerta de acceso al pasillo de los servicios tenía en sí una vaga ensoñación del solecito que daba allí enfrente, en las fachadas, al otro lado de los árboles y del paseo, cien metros más lejos, o ciento cincuenta. Junto a la hornacina de las figuras de bisutería escultórica había una mesita con tapete donde algún camarero había dejado olvidada, con las prisas, una tetera, dentro de la cual se enfriaba y espesaba un té rancio y nauseabundo, dulzón como aquella naciente primavera. Salieron a la calle cogidos de la mano.

Marilén, otoño-invierno

Vestido y abrigo en terciopelo de algodón estampado, realizados al bies. Creación de Heredia. Tejido de Legler. Marilén, Marilén, cuántas cosas, cuántos días, cuántos vicios. La voz nasal y halagadora de la señorita del micrófono había subrayado «creación de Heredia, tejidos de Legler». Marilén, con todo el pelo peinado en flequillo, como un leve casquete, como un gorrito natural, hecho en su propio cabello, salió a la pasarela. Era otro de sus pases. Marilén, Marilén, recuerda cuántas cosas, tu vida, aquella niña de la calle de Hermosilla, el oscuro portal con cancela de colores borrados por el polvo, por el tiempo, tras de los cuales brujeaba —verde, azul, amarilla, roja— la portera.

Y la larga espera, el repaso de revistas, las colecciones de la nueva temporada, un marco de papel *couché*, con las chicas de París posando de aquella forma... «*Marie Claire*, collection hiver 67, la mode rallonge, raccourcit, s'envole dans un tourbillon, vibre de toutes ses couleurs...» Eran los juegos de cada tarde, Marilén. Tú, una niña más delgada que las otras, unos ojos con más maldad dentro, una mirada a la que llegaba la tristeza antes que el miedo, el ensueño antes que el sueño. Jugabais al atardecer, al anochecer, en aquella calle del barrio de Salamanca, en aquel rincón madrileño, con bares ruidosos y camiones en reparación, con dos ruedas en la acera y las otras dos en la calzada. Camiones ladeados, escorados, cubas de vino, automóviles en dirección única, subiendo, subiendo hacia otras calles, hacia otros cruces, hacia esquinas más populosas del barrio apenas explorado; y aquel chico alto, moreno, casi femenino, casi tan femenino como tú, que pudo ser y no fue, Marilén; que pudo ser tu novio de infancia, tu primer novio; pero cuánta vida ya en aquellos juegos de los ocho, de los diez, de los doce años, en los días sin escuela, en las tardes de invierno, después de los deberes, a la luz de los faros y los faroles, cuando quedabas prisionera en el juego de guardias y ladrones, vigilada por el más bruto del barrio, tú, Marilén, y las campanas de una iglesia convocando a nadie en aquel barrio de prisa y restaurantes.

Traje chaqueta en pana de algodón, con dibujo de espiga: falda envolvente y chaqueta muy simple con canesú que forma una sola pieza con las mangas «kimono». Creación de Lope. Tejido de Legler. Y así una y otra. Ya ha desfilado una vez María, con su melena chopiniana y sus brazos enfermos, lánguidos, larguísimos; ya ha desfilado dos veces Golondrina, tan morena, tan española, tan profesional, dejándote su sonrisa de desafío, su descaro de ojos y de nariz, su seguridad de mujer chata, de quien decís y pensáis todo lo malo —lo peor, Marilén, sí, lo peor— en las tertulias del taller. Ya ha desfilado otras dos veces Lisa, frunciendo levemente su nariz aguileña, dando un gesto imperativo a lo aquilino de su rostro, quebrándose en el pasar por los espejos, por los salones, entre las finas columnas, contra el humo y las miradas que forman una entidad dulce y azul en el aire de la casa de modas. «Collections hiver 67», Marilén, la «mode rallonge, raccourcit», tus sueños de entonces: «Esta niña es tan espigada». «Esta niña va a ser tan bonita.» Actriz, bailarina, modelo, maniquí, algo lejano y enhechizante. Como pensar en ser hada. Se nace hada, Marilén. Y tú habías nacido y jugado en la calle de Hermosilla, entre colinas de arena y derruidos ladrillos, bajo las viejas casas de principio de siglo, bajo el estucado burgués, al costado de los camiones escorados que estaban en reparación. Y te llega ahora la memoria de la infancia como un acetileno que no cesa de alumbrar por dentro, vagamente, dando sueño y miedo y odio a la niña Marilén. Escucha.

—Por favor, Marilén, tu próxima salida.

Conjunto para noche compuesto de falda negra y abrigo realizados en pana de algodón con dibujos de gran relieve y blusa en terciopelo de algodón en color de contraste. Creación de Chantal. Tejido de Legler. Esta tarde se trata de anunciar los tejidos de Legler, Marilén, a lo que parece. La «mode rallonge, raccourcit, s'envole dans un

tourbillon, vibre de toutes ses couleurs». El conjunto para noche tenía mucha tela, un amplio vuelo en el abrigo-capa, y una falda casi hasta los tobillos. Marilén, Marilén, estás frente a ti misma, vas y vienes en los espejos, tras la falsa vegetación de las vitrinas, vestida por Legler, en un mundo de alfileres y alfileteros, viviendo todo tu ayer y tu hoy.

Falda-pantalón y chaqueta sin mangas con panel sobrepuesto en el delantero, realizados en terciopelo de color liso. Creación de Lea Livoli. Tejido, cómo no, de Legler. Tu pelo de dulce desmayo, las pestañas postizas que has tomado del tocador, donde yacían como dos arañitas negras y sedosas; esas pestañas que le dan a tus ojos la sombra de aquellos anohecidos, cuando no fue el primer amor, cuando la tiniebla os ponía pestañas postizas a las niñas del barrio, y os hacía más bellas y ya con ojos adultos. Tu nariz de dibujo suave y seguro, no directamente recta, sino remansada graciosamente hasta la levedad de las aletas; esa nariz ligeramente acatarrada, que plegarás en un tic de niña con constipado, en un tic que viene desde entonces, de aquellas tardes en que jugabas desabrigada. Y la larga boca, los labios pálidos, grandes, rebordeados, con crueldad y lujuria, sobre tus dientes de sombra, Marilén. Esa oreja mínima, bordada en la carne, ese cuello de caminos azules, y tus manos, tus dedos con nudos interiores, como si llevaras anillado el esqueleto. Marilén. Fueron años locos y felices. Viajabas en la velocidad de los descapotables. Eras ya el hada soñada en las sombras de las últimas farolas de la calle de Hermosilla. Un hada vestida por Legler. Vestida cada diez minutos. Vestida y desnuda, vuelta a vestir: chaqueta y falda en terciopelo de algodón; el hombre que llegó entre los hombres, la ropa estampada, las blusas de terciopelo, el amor, ¿el amor?, y tu corazón bajo los senos como copas de champán; ni siquiera eso, Marilén, ni siquiera como leves e inadvertidas copas de champán. Ahora esperas tu nueva salida, tu próximo pase en la tarde aguanosa, neviciosa, hojeas el *couché* de *Marie Claire*, realizas la exhibición de las «collection hiver 67»; Marilén, otoño-invierno. También la niña se llamó Marilén. Porque hubo una niña, una hija; cómo, dónde, cuándo, por qué, otra Marilén; pero pequeña, pequeñita, tenida por ti sin apenas saberlo, como creías entonces que tendrían sus niñas las hadas.

Chaqueta y falda en terciopelo de algodón estampado, 1 con blusa en terciopelo en color de contraste, cosida a la falda. Sombrero del mismo terciopelo empleado para la blusa. Creación de Tita Rossi. Tejido de Legler. Las noches en la terraza de Golondrina, aquellas fiestas con whisky en un botijo y música de Bob Dylan, sobre los viejos tejados de la ciudad, parados como tejados de aldea. Los chicos de largo cabello, su perfume, un erotismo de lociones, los homosexuales vestidos por modistos, ¡ la noche, el humilde geranio de la terraza vecina, unas flores como de percal junto a los faroles exóticos de la terraza, aquel amanecer beodo, cuando Golondrina dijo que sí, que os dejaba su lecho, que ella iba a dormir en la terraza.

Y dos parejas de mujeres durmieron en el pequeño reducto de cemento y ladrillo, sobre sus deshojados vestidos modelo Legler, bajo el clima del verano, mientras un chico y una chica bebían y bebían en el sofá, descalzos, conectando y desconectando el giradiscos con los blancos pies. Él y tú en el lecho de Golondrina, un mínimo de confort de apartamento para chica sola y aquella cama-sofá que parecía conservar el calor de la dueña, como si ella estuviese allí con vosotros, como si fueseis tres sobre el blanco lienzo, sobre la fresca y cálida y ácida sábana.

Volvisteis otras veces.

La vida, Marilén, es una flor de popelín, un plástico perfumado y fungible; pero de tanta música puede nacer una criatura, de tan poco amor puede nacer una niña, una hija a la que habrá que llamar también Marilén. La vida, que no es nada y lo es todo, nos pone entre los brazos un ser increíblemente vivo, real, quejante, que no parece nacido de tan banales noches, Marilén. Fuiste madre de una manera casi virginal, porque no era

procreación lo que alumbraba sobre aquel lecho prestado, sino sólo el beso que no engendra y los caprichos mínimos de la carne.

Por siempre jamás. Modelo realizado en terciopelo estampado con sobrefalda de pana afelpada de apariencia exótica. Creación de Tita Rossi. Tejido de Legler. Parece que va a imponerse el terciopelo esta temporada, Marilén.

—Tu próximo pase, Marilén.

Vestido y abrigo en pana de algodón con dibujo de fantasía y gran relieve, cuello alto, desbocado, y cerrado con trabillas abrochadas con grandes botones. Sombrero de terciopelo de algodón de color liso. Creación de Schubert. Tejido de Legler. La vida, sí, es una flor de popelín. Marilén es una leve figura entre las sombras moradas y suntuosas de la sala, y el latigazo luminoso de los *flash* incendia por una décima de segundo la atmósfera privilegiada, un alrededor de perfumes y colores y palabras.

—Es una colección realmente importante.

—Le felicito, Heredia. Lo ha conseguido.

—¿Cree que realmente lo he conseguido?

Una colección como muy parisiense.

Todo es «como muy» en estas conversaciones.

—Encantado de saludarla, baronesa.

—A sus pies, señora.

—¿Encuentra cosas de su agrado?

—Bueno, yo hago mis hallazgos y me los callo.

—Siempre tan inteligente la baronesa.

—Y tan reservada.

—Luego nos sorprenderá con lo más *chic*.

—Delicioso el modelo estampado en terciopelo.

—Es el primer pase a que asistimos esta temporada.

—Podemos decir lo mismo. Ha sido un verano interminable.

—Tita encuentra interminable todo lo que se prolonga más allá de quince días.

—Encuentro que la vida transcurre de quince días en quince días, eso es todo.

—Realmente ingenioso.

—Y además muy cierto.

—Déjeme pensarlo.

Iba y venía la vela roja de encender los cigarrillos, el candelabro oscuro de encender los cigarrillos.

La niña murió al alba.

Recuerda algunas tardes, Marilén, algunas llorosas confidencias, cuando un hombre ha conseguido tu atención o tú la suya, y cuentas lo de la niña, y lloran tus pestañas postizas, y la otra Marilén, la pequeña Marilén, que vivió sólo dos o tres años, vuelve a cobrar realidad, sentido; pero lo cuentas como si no hubiese ocurrido nunca, con la desesperación de lo que ya no es y, por tanto, nunca ha sido, porque sólo es realmente lo que está siendo, la actualidad o esa transformación última y provisional de las cosas que llamamos actualidad. La vida, como una flor de popelín, «vibre de toutes ses couleurs». *Vibre de toutes ses couleurs*. «Vibre de toutes ses couleurs.» Chaqueta y falda en terciopelo de algodón color liso con blusa estampada cosida a la falda. Sombrero de la misma creación, de... El pase va llegando a su melancólico final. Los secretos resortes del aire acondicionado se lleva remolinos de humo y de palabras. Quedarán, por fin, las sillas reunidas y dispersas con la melancólica indiferencia de la realidad, en un gran vacío de perfume y espejos, como una polvera que se olvida abierta, que refleja y perfuma para nadie. «Es una colección realmente importante.» «Le felicito, Heredia, lo ha conseguido.» «Siempre a sus pies, baronesa.» Se va apagando la voz nasal y halagadora de la señorita del micrófono. María, Lisa, Golondrina...

- Odio los pases otoño-invierno.
- A ti sólo te gusta pasar bañadores.
- Debo tener el maquillaje como barro.
- Chicas, qué pesadez de pase.
- No alboroten, señoritas, por favor.
- Dice Heredia que no alborotemos, oye.
- Pásame el desodorante, anda.

Te pusiste la falda y la blusa de calle. Un conjunto del año pasado. Encima, la cansada gabardina lila, con el cinturón fuertemente anudado, con una energía innecesaria. Saliste a la calle, sola y vacía, Marilén, camino de casa, buscando un taxi entre la lluvia y la nieve.

Las vírgenes

—A mí las que me gustaban eran las de Tyrone Power.

—Era un tío trabajando.

—Y qué manera de besar.

—En qué cosas te fijas, criatura.

—Como cada cuala.

—Para hombre, hombre, el Gary Cooper.

—¿También se murió ése?

—A ver.

Bajo la solitaria bombilla, en el aseo de la servidumbre, Berta se quitaba la bata desganadamente. Quedó en combinación. Era una mujer recia, morena, de hombros fuertes y cintura alta.

—En el pueblo sólo nos echaban cine una vez al mes.

—No me hables del pueblo.

—Películas del gordo y el flaco —dijo Sofía, cruzando sus delgados brazos y metiendo las manos bajo las axilas.

—Para saber lo que son películas hay que venir a la capital.

—Y para saber lo que son hombres.

—¿Y qué tal besa ése?

—¡Ay, hija, nunca lo he probado!

A Sofía le entraron grandes risas con la salida de su compañera. Sofía era una adolescente de cuerpo liso y pelo rubio. Con los ojos llenos de lágrimas alegres se quedó mirando el cuerpo de Berta, que había comenzado a afeitarse un sobaco.

—Cómo te conservas, Berta.

—Pues los treinta ya no los cumplo.

—En el pueblo, con treinta, te habías quedado ya para rezar con las viejas.

—De eso nada. Aquí me tienes.

—¡Ay, qué formas, Berta!

—Tú, con tanto ir al cine, no te desarrollas.

Había en la habitación un mezclado olor de cisterna y axila femenina.

—Lo que pasa es que en esta casa me hacen trabajar a lo burro.

—El trabajo da salud, chica.

—Oye, las del cine sí que salen bien afeitadas.

—Se dan maquillaje en los sobacos.

—¿Maquillaje?

—Como la señorita.

—Ésa es una escurrida.

—Quién hablará de escurridas.

Sofía, ruborizada, volvió a esconder las manos bajo las axilas.

—Ayer vi una de Alan Ladd —dijo de pronto.

—No me gustan rubios. Para rubios ya tenía bastante en el pueblo.

—¿Era rubio tu novio?

—Yo sólo he tenido novios de capital, rica.

—Pues Alan Ladd es bien majo.

—Prefiero el Richard Widmar.

—¿Tan delgadocho?

—Tú qué sabrás.

—Berta, un día tenemos que ir al cine juntas.

—Bueno, mujer.

—Es que yo no me entero bien del fondo, algunas veces.

—Claro, sólo vas a ver cómo se abrazan...

—En el pueblo cortaban los besos.

—La gente de capital está más preparada.
—Berta, ¿tú has visto «El hijo de la furia»?
—No dices tú nada. Es del año catapún.
—Trabaja Tyrone Power.
—Y la Linda Darnell.
—¿Quién?
—Una actriz que había entonces.
Sofía quedó en silencio, pensando que Berta sabía mucho y había visto muchas cosas.
—¿Era guapa?
—Guapísima. Y qué formas. No como ahora, que están todas lisas...
—Como la Grace Kelly.
—Pero le gustó a un príncipe. Ahí tienes...
—Nunca se sabe...
—Ahora, yo creo que eso son rarezas. Los hombres, el que más y el que menos, lo que quieren es abundancia. Sofía hizo una risilla maliciosa. Berta se miraba en el espejo del lavabo la axila afeitada.
—¿Y en las películas se besan de verdad? —preguntó Sofía.
—Yo creo que sí.
—Es que se ven unas cosas de miedo...
—Anda, que Charles Boyer, besando, tiene que ser de cuidado.
—Yo vi una que hizo la Ingri Berman. Madre mía, qué besos.
—Se aprovechan.
—Sí, sí, exagerar...
Cuando Berta se quedaba en medias palabras, Sofía la miraba esperando ansiosamente la continuación. Pero Berta había comenzado a afeitarse la otra axila y canturreaba poniedo la voz golfa.
—¿Te gusta el baile, Berta?
—Por el vivir.
—¿Y dejas que se te arrimen?
—Según como sea él.
—Ya.
—Los hay con más delicadeza que otros.
—Yo sólo bailo el pasodoble.
—Para el pueblo, te basta con eso.
—¿Sabes tú bailar el mambo?
—El mambo y lo que me echen. En la capital hay que tener formación.
—Yo, cuando tenga novio, prefiero que me lleve al cine.
—Y dale con el cine.
—En lo oscurito se está mejor.
—Ten cuidado con el de la linterna.
—A ver si crees que una es una perdida.
Hubo un silencio. Berta levantaba los brazos por encima de la cabeza, primero uno y luego el otro, y se miraba las axilas, que habían quedado como dos pocitos blancos en la morenez de la carne.
—Una vez me llevó un chico a ver una de Carmen Miranda... —empezó Sofía.
—Ésa sí que bailaba un rato.
—Y los turbantes que se ponía.
—Pues ya ves, era un «retaco», y gracias a los tacones.
—¿Sí?
—Como que los tacones le hacían aquellos andares tan salerosos.
Sofía volvió a quedar con los pensamientos anonadados por los saberes de su compañera.

—¡Ay, cómo bailaba la samba!

—¿Sabes tú bailar la samba?

—Tenías tú que haberme visto en la quermés del otro día, venga de pedir sambas a la orquesta, y la gente haciéndonos corro...

—¿Es posible?

—¡La que se armó con el «María de Bahía»!

—Y pensar que en el pueblo, con treinta años, estarías rezando con las viejas...

Berta canturreaba la samba «María de Bahía». Puso el pie derecho en una banquetta y comenzó a fregarse la rodilla con estropajo. Sofía volvió a pensar en el milagro de los grandes tacones de Carmen Miranda.

—Oye, dicen que los tacones demasiado altos la desarreglan a una por dentro.

—Eso es cuando estás embarazada.

Sofía todavía se ruborizaba de oír palabras como «embarazada».

—¿Y por qué se ponía la Carmen Miranda manzanas y peras en la cabeza?

—Costumbres de por allá.

—¿Tú has visto «Escuela de sirenas»?

—De la Esther Viliams.

—En el pueblo se armó el lío. Los mozos hacían cola en el cine para ver a las bañistas.

—Pues no es para tanto.

—Pero luego sólo se las veía dentro del agua.

—Ni que estuvieran en bikini...

—¿El bikini es esa braguita pequeña?

—Braguita, dice la otra...

—Eso es una perdición, Berta.

—¡Qué cosas tienes!

—No le enseño yo el ombligo ni a mi madre.

—Pues has de saber que el bikini se usa por higiene.

—Y luego decimos que los hombres son malos. ¡Cómo no van a hacer locuras!

—¿Crees que los hombres hacen locuras por verte a ti el ombligo?

Berta se refregaba la otra rodilla. Sofía puso sus manos debajo del delantal.

—Berta...

—Qué.

—¿Has visto tú «El retrato de Dorian Gray»?

—No me acuerdo.

—Es de uno que hizo pacto con el demonio. Era un calavera, ¿sabes? Y al final se pone muy viejo, de repente...

—A mí no me cuentes tristezas.

—Mujer, es una película.

—Para tragedias, ya pasa una bastantes en la vida.

—Con lo que a mí me gusta llorar en el cine.

—Porque estarás histérica.

—¿Histérica?

Pero Berta no estaba por explicarle a Sofía lo que quería decir esa palabra.

—Sofía, ¿quieres frotarme un poco por la espalda?

Sofía dio con el estropajo en la espalda de su compañera.

—Todavía estás bien dura, Berta.

—Porque una se conserva.

—La siega nos mataba. Eso no es para mujeres.

—Déjales que sieguen ellos.

—Qué ganas tenía de venirme a la capital. Y eso que también aquí hay que aguantar.

—Pues yo no le aguanto ni esto a ninguna señorona.

—¿Has estado en buenas casas?

—De la última me salí porque el niño se ponía pesado.
—¿Qué niño?
—El señorito. Hijo único, medio tonto y con la mano larga. Luego empezó a enseñarme billetes. Como si una no supiera quién le pone la mano encima.
—Yo creo que tú tienes algo que gusta a los hombres.
—Eso debe ser.
—¿No te parece que necesito engordar, Berta?
—Un rato, hija, un rato. Que no eres la Marilyn Monroe, precisamente.
—Ésa sí que tenía curvas.
—Las que Dios le dio.
—¿Has visto «El multimillonario»?
—Claro.
—Qué desparpajo para tratar a los hombres.
—Pues yo la encuentro un poco tonta.
—Sí, era de esas tontas que se dejan caer. Y luego, tan exagerada.
—Ahí hay mucho truco.
—A lo mejor por eso se divorcian tantas veces. Cuando los hombres descubren el truco...
—Se divorcian porque no saben lo que quieren.
—Y eso que lo tienen todo.
—Lo que pasa es que son unas estragadas.
—Como la «Galatea» de mi pueblo, que se subía al pajar con todos los casados.
—También hace falta valor.
—Coja y con dos verrugas, no tenía miramientos.
—Así acabaría ella.
—El cura la echó del pueblo. Por «adulterina».
—Las que tienen una falta física no se dan a valer.
—Y que son las más ansiosas.
—Aquí, en las capitales, los hombres te tratan de otra forma.
—Son otras costumbres. Y que el cine da cierto refinamiento.
Bajo la solitaria bombilla, en el aseo de la servidumbre, Berta comenzó a peinarse, mientras Sofía regresaba a su banqueta. Un olor a brillantina y cabellera de mujer quedó en libertad por la habitación.
—En el pueblo sólo nos echaban cine una vez al mes.
—No me hables del pueblo.
—Películas del gordo y el flaco. Y una vez, una de Charlot. ¿Charlot era de tus tiempos?
—Que no soy tan vieja, Sofía.
—Para saber lo que son películas hay que venir a la capital.
Sofía miraba el hermoso pelo de Berta, rizado a la permanente.
—En el pueblo, con treinta años, te habías quedado ya para rezar con las viejas.
—De eso, nada. Aquí me tienes. Mejor soltera que casada en el pueblo.
—Yo, al principio, a los de la capital los encontraba a todos como desmejorados.
—Acostumbrada a aquellos de la nariz tostada...
—Berta, un día tenemos que ir al cine juntas.
—Bueno, mujer.
—Es que yo, algunas veces, no me entero bien del fondo de la película. Como tú sabes tanto de películas... ¿Y era guapa la Linda Darnell?
—Guapísima.
—¿Y en las películas se besan de verdad?
Berta se contoneaba ante el espejo canturreando «María de Bahía» y echándose la melena a uno y otro lado de la cabeza, alternativamente.

—¿Dejas que los hombres se te arrimen bailando, Berta?

—Según y cómo.

—Yo, cuando tenga novio prefiero que me lleve al cine antes que ir al baile.

—A lo oscuro, a lo oscuro.

—A ver si crees que una es una perdida.

—Allá cada cual con su honra.

—No le enseñó yo el ombligo ni a mi madre.

—Pues te lo habrá visto tantas veces, la pobre...

Sofía se rió de nuevo con la salida de su compañera. Luego puso sus manos debajo del delantal.

—¡Ay, qué buenos ratos, Berta! Me alegro de haberte conocido. Eres ya una chica de capital.

—Como que no me acuerdo de cuando hice la última siega.

—La siega nos mata. Eso no es para mujeres.

—Déjales que sieguen ellos.

—Qué ganas tenía de venirme a la capital. Y eso que también aquí hay que aguantar.

—Pero aquí por lo menos vives.

—Aquello no era vida. Ahora que sieguen ellos.

—O que se quede por segar.

La boda

La chica del zapatero, la zapaterita redicha, se casaba aquella mañana con el fumista. Andrés, el zapatero, había cerrado su garita como si fuese lunes —que no lo era, que era martes— y andaba lustrando zapatos a la prole. Donato, el joven fumista, se había dejado el cuerpo sin hollín, y de vez en cuando metía la punta de su pañuelo de novio, discretamente, en uno de los agujeros de la nariz, por ver si todavía manchaba.

—La guapa Silvina, que se casa con el fumista.

—¡Ay, qué buena pareja!

—Y dice que la ponen de blanco.

—¿De blanco?

—Las hijas de los pobres ya quieren ser señoritas.

—De cinco meses la tuve yo en brazos.

—Y muy desmejoradilla que se crió, la pobre.

—Luego se ha hecho una moza.

—Mucho ha luchado por ella el bueno de Andrés.

—Por ella y por toda la prole.

—Las semanas enteras clavando zapatos.

—¿Será un vestido de cola?

—¡Qué buen muchacho, el Donato!

—Pero un oficio un poco sucio.

—Dice que hay poca competencia.

—A él no le faltan chimeneas.

—¡Mira que casarse de blanco!...

—¡Si su pobre madre pudiese verla!...

—¡Dicen que se casa la zapaterita!

En la plazoleta soleada, a espaldas del mercado, las gentes hacían semicírculo para mirar lo que hubiera que ver. Era una fina mañana de primavera, con los cielos alegres y una punta de nubes. La guapa Silvina, sofocadita y rubia, se ponía los zapatos blancos, los zapatitos de boda. Su padre le daba al charol de sus bien conservados botines de novio. Con dos vestidos de primera comunión se había cosido Silvina su trajecito nupcial.

—¡Ay, padre!, que tengo muchos nervios...

A pie, por el medio de las calles, me la llevaron a la iglesia. Las vecindonas echaban vivas y se deshacían en llanto. Los tres hermanitos de Silvina, feos como los hijos de los zapateros viudos, cogían de tres puntas la gran falda de la novia. Los dependientes y las horteras se asomaban a decirle piropos finos a la que iba al altar.

—Mírala por dónde viene...

—¡Las campanas, que viene la novia!

—Vaya una cara bonita.

—Su padre la trae del brazo.

—Es una boda sonada.

—Qué guapa está la Silvina.

Donato, el novio, con un traje azul y el tupé de brillantina, estaba entre la parentela. Unos hombres oscuros —compañeros de oficio— se quitaban las gorras respetuosamente.

Entraron todos en la iglesia. Los novios no se atrevían a mirarse en los ojos. Andaba la chiquillería saltándose los bancos de la capilla y Andrés, el zapatero, arrodillado ante el altar, pensó que todos le mirarían las hermosas medias suelas de sus botines de charol.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...

—¡Vivan los novios!

—¡Al carretillo con ellos!

Había junto a las escaleras de piedra de la iglesia un carro de mano, un carrito engalanado con flores, cintas blancas y una vistosa pancarta:

«Vivan Silvina y Donato.»

—Donato...

—Silvina.

—¡Ay, qué vergüenza, Donato!

—Silvi...

Se dieron un beso. Las madres pensaban que igual se lo dieron ellas en su día. Las jovencitas pensaban que era todo como en las películas.

—¿Y ahora?

—Nos quieren subir al carretillo.

—¿Al carretillo?

Les subieron casi en volandas, y todo el mocerío empujaba. Salieron corriendo con el carretillo por entre los coches y las motos.

—¡Ay, qué disparate!

—Una boda original...

—¡Otra foto, por favor!

—¿Va a salir en los periódicos?

—Todas las bodas salen en los periódicos.

—Ésta es de primera página.

Dieron una vuelta en torno al mercado. Las vendedoras callejeras ponían frutas en el carro de mano. Silvina, cogida a su marido, mostraba una cebolla en alto.

—¡Contigo, pan y cebolla!

—Ya tienen fruta para el postre de un mes.

—Padre, ¿qué le ha pasado a Silvina?

—Que se ha casado.

—¡Viva el novio!

—Qué buen muchacho, el Donato.

—A él no le faltan chimeneas.

—Siempre se vio que venía con buenas intenciones.

—Otro novio no ha tenido la Silvi.

—Él sí fue un poco noviero...

—Lo corriente en la juventud.

—Y qué guapo está esta mañana.

—Porque se ha quitado lo negro.

—Ahí viene el carretillo...

—Qué locos, Señor, qué locos.

—Más de una se queda en el barrio pensando que el Donato tenía que ser para ella.

—Así están las mujeres.

—Hay mucha soltería.

—Y usted que lo diga.

La chica del zapatero, la zapaterita redicha, se había casado con el fumista. Andrés, el zapatero, había cerrado su garita como si fuese lunes —que no lo era, que era martes— y andaba disimulando su solitaria lágrima de viudo con un trago de vino, que ya no era el primero.

—Quién le viera ayer mismo, a Donato, con su mahón y su pala —decían los fumistas, haciéndole corro al zapatero por ver si pedía otra ronda.

—Ya está bien de carretillo —dijo, de pronto, Andrés.

—Se han divertido los chicos.

Apeados del carretillo, los novios llegaron a la puerta de la taberna para beber en corro.

—Hija, ¿te has mareado?

—Nada, padre.

—La juventud es así.

«Vivan Silvina y Donato.»

Ginés, el tonto del barrio, había quitado la pancarta del carrito y, con ella en alto, encabezaba la marcha hacia la casa de comidas.

—Miren Ginés, qué ocurrencia.

—Silvi, ¿tomamos un taxi? —decía el marido cortés.

Pero se hicieron a pie, escoltados por el carrito cargado de fruta y verduras, el camino hasta la casa de comidas.

Los tres hermanitos feos sujetaban la cola de la falda.

—Silvina.

—Donato...

Estaban en la soledad del pequeño guardarropa. Se dieron un beso entre paraguas y botellines.

—No tengo apetito, oye.

—Todo es empezar, Silvi.

—¿A ti te gusta la paella?

—Silvi, otro beso.

Pero entraba un señor quitándose la gabardina.

Salieron al comedor. Era un local pintado de color naranja sobre el sarpullido de la cal. Tenía columnas de madera y unos manteles muy blancos. Los invitados iban ocupando las sillas. Dos camareros se afanaban en el malabarismo de las jarras de agua.

—¡Ay, qué buena pareja!

—Mira que casarse de blanco.

—De cinco meses la tuve yo en brazos.

—Y muy desmejoradilla que se crió, la pobre.

—Mucho ha luchado por ella el bueno de Andrés.

—Por ella y por toda la prole.

—Si su pobre madre pudiese verla.

—Murió dando a luz al último.

—Nunca tuvieron buena suerte.

—Pues Andrés se pasa las semanas clavando zapatos.

—Éstos son los entremeses.

—¿Entremeses?

—Luego vendrá la paella.

—Hoy las bodas se hacen por todo lo alto.

—Las hijas de los pobres quieren convertirse en señoritas.

Como que la madrina ha venido con sombrero.

—Ya no existen esos miramientos.

—Por ponerse sombrero nadie va a salir de pobre.

—¡Vivan los novios!...

Pero Silvina lloraba en brazos de su señora suegra.

—¡Qué hable el padrino!

Andrés, de mucho pensar en la soledad de la garita, mientras le daba al claveteado, tenía algunas ideas en la cabeza. Lo que le faltaba eran palabras, por lo mismo que conversaba poco.

—Esta hija que hoy pierdo...

Se había puesto en pie. Todos le miraban. Un camarero iba y venía acostumbrado a ver cómo la gente se ahogaba en aquellos trances.

—Esta hija que hoy pierdo...

Era un discurso un poco fúnebre. Silvina se sentía con palidez de amortajada. La pusieron en pie y su padre le dio un beso en la frente. Todos aplaudían. Entonces llegó el camarero a preguntarles que si querían más helado.

—Ha estado muy bien.
—Un poco triste.
—Como que pierde a una hija.
—No es para tanto.
—El Andrés tiene elocuencia.
—Pues siempre fue analfabeto.
—El hablar es una gracia que la tiene el que la tiene.
—Le falta preparación.
—Ahora debía hablar el novio.
—Siempre metido en una chimenea...
—¿Y por qué eligió ese oficio?
—Cuando el paro, que andaban a lo que salía.
—Pues casarse con un deshollinador...
—Y ella, hija de un zapatero. Obreros los dos. Como tiene que ser.
—A la Silvi nunca le dio por alternar en la Gran Vía.
—Y no como otras, que las vienen a buscar en coche.
—Como que el barrio está cogiendo mala fama... —Hay padres que no vigilan.
—Esto es una perdición.
—Creerán ellas que los señoritos las acompañan por su distinción.
—Señoritos o lo que sean.
Habían llegado los músicos. Tres hombres cetrinos, uno de ellos muy alto, con unas blusas azul eléctrico debajo de la chaqueta.
—¿Y los instrumentos?
—En el saco vienen. ¿Cuándo empezamos?
Donato se había acercado a ellos con unos billetes en la mano. Donato tenía soltura para el trato.
—La mitad por anticipado, maestro.
—Vale.
Los tres músicos se quitaron las chaquetas. Los camareros iban retirando mesas y sillas.
—Que quiten también las columnas —dijo un gracioso.
Una batería, un saxo y un acordeón. Organizaron un tingladillo de sillas y empezó el del saxo a afinar su instrumento. Los invitados miraban con curiosidad. Iba y venía entre las cabezas el sombrero verde de la madrina.
Silvina y Donato se cogieron de la mano.
—Va a ser un baile por todo lo alto.
—Donato sabe organizar las cosas.
—Parece mentira, estando metido siempre en una chimenea...
Era el momento de lucir los botines de charol. Andrés bailó con su hija, unos momentos, el vals que les tocaba el acordeón. Todos aplaudían. Silvina fue a parar en seguida a manos del novio. Bailaban en el centro del comedor y la cola del vestido blanco —dos vestidos de primera comunión empalmados— se arrastraba un poco mustia.
Fue entonces cuando todas las mujeres tuvieron envidia nupcial y odiaron un poco a Silvina.
—Ahora, una samba por su sitio.
Las parejas llenaban la improvisada pista. Andrés bailó con la madrina, que era una tía lejana de Donato.
—Señor Andrés, cuánto me han hablado de usted.
—Señora...
—Un hombre trabajador y toda la vida sacrificado por sus hijos.
—Aunque usted no lo crea, éste es un día triste para mí.

—Pues claro. Un padre es un padre.

Bailaban envarados, doblándose un poquito por la cintura. Andrés estaba violento por el sombrero verde de su pareja.

—Pobre Silvina.

—Una verdadera madre para sus tres hermanos.

—Los pobrecitos...

—Esta hija lo ha sido todo para mí.

—Usted me comprende, señora.

—Pues, dentro de lo malo, ha tenido la suerte de encontrar un hombre como nuestro Donato.

—Desde luego.

—Cómo lo quiero yo a Donatito —suspiraba la madrina.

—Es un chico que se hace querer.

—Y el oficio que tiene, digan lo que digan, no es ninguna deshonra...

Andrés no estaba así como muy reconciliado con el raro oficio de su yerno, pero convino con su pareja en que, dijeran lo que dijeren las gentes, aquello de limpiar chimeneas no era ninguna deshonra...

—Ya sabemos que un fumista no es más que un deshollinador, valga la palabra, pero... —aclaraba la conmisericordiosa madrina, puede que con cierta crueldad.

—¡Queremos un bugui-bugui!... —gritaba el cafre de la boda.

Todos bailaron el bugui-bugui, y el tituriru, y aún cosas más antiguas. Aquello era una alegría.

Los músicos se tomaban una Pepsi o una Coca, bebiendo de la botella y sin dejar de tocar.

Un camarero se estaba en el quicio de la puerta, con la servilleta al hombro, mirando el mover de caderas de una señora de respeto que no dejaba de bailar.

Los tres hermanitos feos de Silvina —Andrésín, Satur y Jesusito— miraban tristísimos cómo su padre le daba la espalda a la señora del sombrero verde por beberse unas copas con los hombres de la cara casi negra.

—Y vosotros, ¿cómo os llamáis? —dijo la señora del sombrero.

—Andrésín.

—Satur.

—Jesusito.

—Os tengo que dar yo una peseta a vosotros.

Pero sólo les dio un beso.

Hasta que Silvina se vino con sus hermanos y les tuvo en los brazos, y les abrochó las blusas.

—Pero esos señores nos dan miedo.

—Son amigos de Donato. Donato es ya... Donato, ¿qué eres tú ahora de los niños?

—Pero esos señores son negros.

Andrésín, Satur y Jesusito iban a tener aquella noche un sueño de deshollinadores.

Y así fue pasando la tarde hasta la apoteosis bailona de la conga, cuando todos los hombres le ponían las manos, bien extendidas y abarcadoras, en la cintura saltarina, a las solteras y las casadas.

Entre la señora del gorrito y la madre de Donato acostaron en una cuna de sillas a los tres niños, que estaban aquella noche más huérfanos que nunca. Silvina se fue, tras besar a su padre y besar en la frente a los hermanos dormidos, camino de la estación con el apuesto Donato. Camino del raro y cálido y callado secreto de la noche de bodas.

—Desengañense ustedes, que yo he perdido una hija —les decía Andrés, el zapatero, a los dos fumistas que todavía iban tras él por los bares de madrugada.

—Donato es un hombre, oiga. Todo un caballero.

—Eso.

Pero a Andrés se le había cuarteado el charol de sus anacrónicos botines de novio. Y era muy dudoso que al día siguiente abriese a buena hora su garita de remendón.

—Al día siguiente, no. Que el día siguiente ya es hoy.

—Pues es verdad.

—¡Ay, qué gracioso!

—Una hija se casa. Un hogar que se queda sin mujer. Una industria arruinada. Porque yo soy un honrado industrial.

—En esta botella todavía se esconde un poquito de vino.

—Señores fumistas: esta hija que hoy pierdo...

—Que eso fue ayer, don Andrés.

—Nosotros seremos quienes limpien la chimenea del nuevo hogar siempre que para ello se cuente con nosotros.

Andrésín, Satur y Jesusito dormían arropados por mujeres que les eran extrañas. Tres niños feos, como feos son los hijos de los zapateros viudos. Silvina dormía abrazada inútilmente a su vestido nupcial hecho de dos trajes de primera comunión. Donato, el joven y honrado deshollinador, dormía también con sueño satisfecho. Con el sueño del primer hombre que arrastró hasta su cueva a una virgen. Andrés, el zapatero, les dijo a los dos deshollinadores, que tenían la risa africana, de tan blanca sobre lo sucio de la piel:

—Mucho he luchado por ella. Las semanas enteras clavando zapatos. Pero se ha casado de blanco. Si su pobre madre pudiese verla... Esta hija que hoy he perdido...

—Que eso fue ayer, don Andrés.

Paradoja del flautista y el bombero, la moza, octubre y un niño sin escuela

—¿Otra vez sin trabajo?

—Pues está buena la música.

—Es como lo suyo, amigo.

—El fuego tampoco avisa. Eso es verdad.

El bombero se había detenido en el rellano de la escalera con la mano en la barandilla.

—Va usted a llegar tarde.

—Si no hay fuego da lo mismo. Y si hay fuego se llega tarde de todos modos.

—Usted me perdonará que siga ensayando.

El flautista, en camiseta, tenía su silla y su atril entre la escalera y la salida a la azotea.

—Me encanta escucharle un poquito.

—Que espere el fuego.

—Eso. Toque usted un ratito.

—Qué cosa es el fuego, ¿verdad?

—Qué cosa es la música...

—Llegarás tarde a la escuela, niño.

—¿A qué escuela, señor?

El niño bajaba lentamente las escaleras, mordiendo un membrillo.

—Así va el mundo. Ahí tiene usted. Un niño que ni conoce la escuela. Luego, no hay cultura. Y sobramos en el mundo los flautistas.

—¿Hoy no toca usted, señor?

—Sí, rico. Claro que toco.

El flautista se había sentado muy derecho enfrente del atril y empezó a tocar obstinadamente una sola nota.

—Qué cosa es la música...

—¿Va a haber fuego, señor bombero?

—No, rico. No va a haber fuego.

—A los niños les atrae el fuego.

—El fuego ahuyenta a las bestias.

—Qué cosa es el fuego, ¿verdad?

—¿Han visto ustedes bajar la escalera a un niño con un membrillo?

—Ahí lo tiene. No tema usted por el niño.

La moza venía sujetándose el pelo en la nuca. Era rubia y traía las medias colgadas de un hombro.

—No es por el niño. Es por el membrillo.

—¿Va usted a tocar otro poquito? —preguntó el bombero.

—Todas las mañanas, al bajar, se me lleva un membrillo de la ventana.

—Le echaré la mañana a estos agudos...

—El membrillo me lo ha dado el señor bombero. Asomada a la azotea, la moza gritaba vuelta al cielo, a otra azotea mucho más alta.

—¡Ya he cogido al chico de los membrillos!...

—¿Agudos, dice?

—Sí. Son muy importantes los agudos.

—Me lo ha dado el señor bombero.

—Qué cosa es la música...

El flautista señaló hacia el niño con el extremo del instrumento.

—Ahí tiene usted. No van a la escuela, y luego roban membrillos.

—Si fuera hijo mío...

—Hoy día no hay cultura. Y sobramos flautistas en el mundo.

La moza mordía el membrillo que le había quitado al niño.

—Ese niño se va a caer a la calle.
Estaba a caballo sobre la balaustrada de la azotea.
—¡Ese niño!... —gritaban desde las altas galerías.
La moza, vuelta de espalda en un rincón de la escalera, se ponía discretamente las medias.
—Pero, ¿es que ese niño no tiene una madre?
—No tiene madre ni va a la escuela.
—¡Se va a matar!...
—Que le salve el bombero...
El bombero escuchaba arrobadamente los agudos de la flauta.
—Eso. El bombero...
El bombero se acercó a la balaustrada y descabalgó al niño.
—Pues no ha perdido usted la mañana. Ha salvado la vida de un niño.
—Toma, mocoso. Acábate el membrillo. ¿Quieren ustedes probarlo? Es fruta de octubre.
—¿Estamos en octubre?
—Eso. Vamos a repartir el membrillo —dijo el niño.
—Si me dejan ustedes una navaja, les parto un pedacito.
—Con el hacha del bombero —dijo el niño.
—En octubre comienza la temporada musical. Y aquí me tiene usted.
—Nunca he estado en un concierto —confesó el bombero, ensoñador.
—¿Y no piensa ir un día a uno?
—Quizá, si coincide que se incendia el teatro...
—Pues es bueno el membrillo, oiga. Pruebe usted un pedacito.
El flautista y el bombero se repartieron un pedacito de membrillo.
—A este canalla se lo deben. Me los lleva de la ventana...
El flautista reanudaba sus agudos.
—... El sol de octubre es bueno para los membrillos. —¿Va a haber fuego, señor bombero?
—A los niños les atrae el fuego.
—Qué bonitos agudos, oiga...
La luz de octubre caía sobre la terraza y bañaba al grupo. Una moza rubia, un bombero, un flautista en camiseta, un niño comiendo un membrillo. Los obstinados agudos de la flauta vibraban en el frescor de la mañana.
—Qué cosa es el fuego, ¿verdad?
—Qué cosa es la música...
—¿Usted siempre toca en camiseta?
—Toco como me da la gana, niño.
—Como vuelvas a llevarte un membrillo...
—Sin escuela, y robando membrillos.
—Y, además, un descarado. Hoy día no hay cultura. Sobramos flautistas en el mundo. Pero la música no morirá, amigo. Es eterna, como el fuego. Qué cosa es el fuego, ¿verdad?
—Qué cosa es la música...

Mujer en cuarto creciente

Tenía ya algo de suave navío humano, de femenina proa redondeada. Tenía la gracia esferoidal de una luna creciente. Es la blanca y pura gestante de cada mañana. El amor y las semanas habían redondeado y sobrecargado su cuerpo. Como luna de carne blanca en el lechoso cuarto creciente de la prematernidad iba la mujer de la prieta gestación, toda ella entre flor y fruto. Se cumplía en Ana un milagro grávido y lento. Mujer en quien la naturaleza echaba sus cuentas. De casa al mercado y del mercado a casa. Nueve meses de granazón, de fecundo preliminar, de oscura promesa, de sabio redondeamiento, de humana cosecha, de quieta fecundidad, de entrañable aportación. Salía todas las mañanas, juvenil y henchida, un poco flotante, la primeriza. Había en sus ojos una vaga ternura de mujer gestante, sin hijo todavía donde posarse.

Bajaba lentamente las escaleras, que cada día daban un crujido más sordo bajo el peso creciente de aquel cuerpo. Arriba quedaba la soledad, un hervor de pucheros escasos, la pena de un hogar reciente y ya desflecado, con el primer síntoma de lepra en el espejo del recibidor. «Cuidado con las escaleras.» Eran nueve meses de fecundo preliminar. La portera salía de su puertecilla para ver pasar a Ana. «¡Ay, cómo va creciendo eso!» El suave vientre abultado pasaba como un globo a media altura bajo la mirada crítica de la portera. Ana salía a la calle. Subía paso a paso la cuesta del mercado. «No cargue mucho la bolsa.» Caminaba cerca de la pared. Tenía ya algo de suave navío humano. Se dejaba mojar resignadamente por una lluvia que caía con resignación. El amor y las semanas habían redondeado y sobrecargado su cuerpo. Un cielo sucio se iba engrandeciendo sobre las viejas azoteas requemadas por el tiempo, sobre las desastrosas acacias de la calle. Ana entró en la verdulería. Arriba quedaba un hervor de pucheros escasos. Arriba, en el pequeño piso del matrimonio, el primer síntoma de lepra en el espejo del recibidor. «Lo primero, la verdura, como todos los días.» La niña de la verdulera era precoz y tenía los ojos mirones. La chica de la verdulera —once años de picardía y un delantal verde sobre el cuerpo liso— miraba y remiraba el vientre de la parroquiana. Al poner las verduras en el peso, tocaba con un codo, si podía, el vientre de la parroquiana. Ana, cansada y estallante, se dejaba curiosear, se dejaba rozar por la morbosa criatura. Se sentía hinchada, monstruosa, lúbrica para los ojos descarados de la pequeña verdulera. «No se esfuerce demasiado. No cargue mucho la bolsa.» Con el frescor de la lluvia se enverdecía la áspera hortaliza, crecía el aroma tosco de la verdura, se extendían las hojas de la coliflor como un percal pretencioso. «¡Ay, qué despacio va eso!» Pero la portera decía que iba demasiado a prisa. La portera, reconciliada algunos días con su oficio, tomaba la bolsa de Ana, al verla llegar, y la subía hasta el piso. Otras veces volvía la espalda para no saludar y se inclinaba mucho, allá en su negra cocina, sobre la llama brujeante. El panadero estaba enamorado de Ana.

Los coches cruzaban sin cesar y las gentes se saludaban en la calle, bajo la llovizna, y los niños cantaban obscenidades, y la vida transcurría bajo la lluvia como bajo una mansa y general desventura, no demasiado terrible. Al panadero se le encanecía de harina la barba de cuarenta y ocho horas. Había conocido a Ana cuando era casi una niña. Ella iba cada mañana a comprarle dos panes. Nunca levantaba los ojos del mostrador. Él quería tomarla el dinero directamente, de mano a mano, pero Ana dejaba las monedas sobre el mármol y extendía mucho los billetes, si había alguno. Todo mecánicamente. Todo instintivamente. «Incluso así me gusta», pensaba cada mañana el panadero cuando veía entrar a la gestante. El vientre le impedía acercarse al mostrador. Y esa insignificante distancia lo hacía todo más distante. «Incluso así me gusta.» Se había quedado soltero y seguía durmiendo con el jersey que se ponía para amasar. Se le encanecía de harina la barba de cuarenta y ocho horas. «¿Te encuentras hoy muy pesada?» Siempre se habían tuteado. Cruzaba con ella cualquier

frase, sólo por el acercamiento del tuteo, que se le hacía ya lujurioso y como clandestino. Las gentes se saludaban en las calles y los niños cantaban obscenidades. La vida transcurría bajo la lluvia como bajo una mansa y general desventura. La había conocido cuando era casi una niña. Nunca había conseguido tomar directamente el dinero de la mano de la muchacha. «¿Te encuentras hoy muy pesada?»

Qué náusea, cada mañana, al entrar en la carnicería. Un aire sangriento y gelatinoso la entraba por la nariz. Limpiamente despedazados, colgaban los animales de lo alto. Toda aquella carne rosada y muerta tenía una mueca informe de elemental dramatismo. El carnicero cogía el dinero y los papeles de envolver con la punta de sus gruesos dedos, pero en cambio empuñaba los trozos de carne casi obscenamente. La pescadería era otra cosa. Los peces abrían su ojos cadavéricos en un cementerio de sal. Pero todo estaba más claro, más inocente, en la pescadería. «Mi niño, ahora, tendrá forma de pez.» Lo había oído alguna vez. Al principio, en el vientre de la madre, son como un pececito. Qué náusea, cada mañana, al entrar en la carnicería. Mas en la tienda del pescado los dependientes daban grandes voces y nadie se ocupaba de decirle si aquello iba muy de prisa o iba muy despacio. Elegía pescado para la cena. Los peces abrían sus ojos cadavéricos en un cementerio de sal. Un poco de pescado para la cena. «Mi niño, ahora, tendrá forma de pez.»

Tenía ya algo de suave navío humano. La señorita de la mercería se había quedado soltera entre sus cintas rosa y sus cintas azules. Se cumplía en Ana un milagro grávido y lento. La señorita de la mercería se había quedado soltera y preservaba su virginidad entre quincallas y lencería. Nueve meses de granazón, de fecundo preliminar, de oscura promesa. «Una canastilla azul y otra canastilla rosa.» Pero había tenido que optar por ir haciendo una canastilla blanca, una sola canastilla. «Que sirva igual si viene niño o viene niña.» Nueve meses de sabio redondeamiento. «Demasiado joven para empezar a tener hijos.»

La lluvia caía desconsoladamente, como una mansa y general desventura. La señorita mercera las encontraba a todas demasiado jóvenes o demasiado viejas para tener hijos. «¡Ay, cómo va creciendo eso!» Contenta de su oficio aquella mañana, la portera salía al encuentro de Ana para tomar su bolsa. Arriba, la soledad. Un hogar reciente y ya desflecado. Un hervor de pucheros escasos. Tenía en los ojos una vaga ternura maternal, sin hijo todavía donde posarse. La carnicería, la pescadería, la tienda de ultramarinos, la señorita mercera. Las gentes se saludaban en la calle. «Y ahora, la escalera, paso a pasito.» En el espejo del recibidor el primer síntoma de lepra. Un cielo sucio se iba engrandeciendo sobre las viejas azoteas.

La lepra de los espejos. Las paredes de las casas aparecían requemadas por dentro. Era como si en aquel barrio hubiese habido muchos incendios. La pequeña verdulera tocaba su vientre con el codo todas las mañanas. Los peces de la pescadería abrían su mirada cadavérica en un cementerio de sal. Subía trabajosamente la escalera. «Mi niño, ahora, tendrá forma de pez», pensó.

El guateque

Hacia las cinco y media fueron llegando las primeras parejas. Venían ya besuqueándose en el ascensor y al llegar al piso empujaban la puerta entreabierta, enarbolando en el vestíbulo la botella de ron o de ginebra que habían robado en casa.

—¡Agua de fuego! ¡Tenemos agua de fuego!

—¡Gran jefe querer agua de fuego!

Y avanzaban a gatas por el pasillo.

Carma, Hernando y Ger estaban allí desde primera hora de la tarde, cambiando los muebles de sitio y probando el giradiscos. Ger, muy hacendosa, con un mandil de la sirvienta que le quedaba deliciosamente pequeño, se aventuró, incluso, a preparar en el horno de la cocina una fórmula de repostería que le habían enseñado, años atrás, las monjas del colegio.

—De todas sus normas de honestidad sólo se me ha quedado una receta de cocina. ¿Vosotros creéis que podré conservarme honesta con una receta de cocina?

Carma le daba vuelta a las carpetas de los discos.

—Podíamos empezar con cosas movidas. Se hace más ambiente, ¿no?

Era alta y morena, tarareaba las canciones cuyos títulos iba leyendo en las carpetas, poniendo la voz oscura de las cantantes americanas y francesas. Hernando, con la camisa abierta, reanudaba en aquella cocina su peritaje, interrumpido para siempre, enchufando y desenchufando todos los chismes eléctricos.

—Esta nevera no va bien, Ger. Te la voy a dejar como nueva.

—¿O preferís dejar el *twist* para el final? —preguntaba Carma, voceando a través de la casa.

—Me parece que te cargas la instalación, Hernando.

—Los quemadores de gas también necesitan un repaso.

—Dice esa pesada que si el *twist* lo dejamos para el final.

—Yo soy un perito que llegará algún día a obrero especializado —dijo Hernando, hinchando el pecho dentro de la camisa.

—Estuve una vez en Pavillón, y el *twist* se bailaba hacia la mitad.

—¡Qué más da! Cada uno lo bailará cuando le apetezca.

—¿Obrero especializado? ¿Y te me irás a Alemania?

—¡Agua de fuego! ¡Gran jefe, agua de fuego!

—Esos pelmas vienen besándose desde que salieron de casa.

—Les ha dicho el tío del tranvía que alquilen una habitación con derecho a cocina.

—O con derecho a cama.

—Si llega a decir lo de la cama le parto la boca.

—Tú no puedes atentar contra un funcionario público.

—¿Con derecho a cama? ¡Ay, qué verde!

—¿Los cobradores del tranvía son funcionarios públicos?

—Como los inspectores del Timbre.

—Más respeto, que mi tío es inspector del Timbre.

—Pues ya podía haber venido para atender el timbre de la puerta. Está odioso.

—Es que los chicos son educados y llaman antes de entrar.

—A estos guateques viene siempre muy buena gente.

—De las mejores familias.

—De la clase media tirando a bien, que es la que viaja en tranvía.

—Ya sé que está feo, pero en el descapotable de Orestes no cabíamos todos.

—Lo que está feo es abusar del descapotable de los amigos.

El ascensor seguía acarreando grupos de chicos y chicas. Carma y Javier andaban por toda la casa cargados con una consola, que ya no cabía en ningún rincón. Los hermosos muebles dorados, las sillas y los sillones de patas alabeadas, el gran reloj de columna e incluso el negro piano habían retrocedido un par de metros desde su lugar

habitual. Había una chaqueta de cuero colgada del pico de una vitrina. Un sol fuerte caía sobre las cortinas de los balcones y los ventanales. Aquella gente olía bien. Las chicas estaban morenas. Tenazmente morenas.

—Carne de piscina y «tostaero» —decía Hernando.

En el giradiscos sonaba una canción de Tony Dallara. Allá abajo, los tranvías corrían por Bravo Murillo, desgarrando la paz cálida del domingo. Telas deportivas y espaldas desnudas. Los del pelo apaisado se prepararon un cuba-libre.

—¡Qué casa tan antigua!

—Parece el Museo del Prado.

—Lo único decente es la cocina.

—A los padres de Leila les ha dado por la electrificación.

—¿Habéis probado algo de la nevera?

—Sí. Los perritos calientes.

—Sin cachondeo —dijo Hernando—. Es un *frigidaire* alemán de bigote.

—Hernando, cuánto sabes...

Orestes tenía el cráneo blanco, aureolado de una breve pelusa rubia. Llevaba gafas negras y le sudaban las manos. Se las miraba, abriéndolas y cerrándolas como si echase de menos constantemente el volante del descapotable.

—Orestes, sin su descapotable, es hombre al agua.

—Yo diría hombre al whisky.

—Orestes, ¿por qué no subes tu descapotable en el ascensor?

Podía ser sudamericano. Podía ser un ruso blanco. Nadie sabía gran cosa de Orestes sino que seguramente era más viejo que todos ellos y que de su descapotable se podía usar libremente.

El tocadiscos estaba en el suelo. Carma, sentada junto a él, entre almohadones de colores acompañaba a media voz la melodía del microsurco. Una canción tejana. Orestes se sentó en el suelo, al lado de Carma, cruzando las piernas como los moros. Su postura le dio repentinamente un aire africano. Jugaba con las llaves del coche. Carma, con el pelo negro y aplastado, tenía, junto a Orestes, algo de princesa árabe, de esclava sarracena. Los almohadones de colores realzaban el vago orientalismo de la pareja. Leila, rubia y tonta, feliz de haber reunido tanta gente en casa, tenía para con los invitados atenciones que había visto ejercitar a su madre en otras fiestas y con otros invitados bien diferentes. Ger era como la Marta y la María de aquel guateque. Había llenado toda una mesa de confituras monjiles. Víctor y Ana, altos y adolescentes, la pareja romántica de la tarde, pusieron en el tocadiscos «Los niños del Pireo», y lo bailaron con fervor. Cuando estaban en un rincón, Ana acariciaba tímidamente las puntiagudas orejas de Víctor.

Y en este puerto,

puerto de mis deseos,

los niños del Pireo...

A media tarde llegó Esteban, manco y solitario, con su gran galgo negro. Se sentó en una esquina de la sala a beberse la combinación que le había preparado Leila. El galgo estaba a su lado, inmóvil, sentado sobre las patas traseras, mirando a las parejas que habían empezado a bailar como si tratase de irlas reconociendo. De vez en cuando, Esteban posaba el vaso en el suelo y acariciaba al perro con su única mano. Leila estaba enamorada de él, y Esteban lo sabía, pero se limitaba a despreciarla: cortésmente. Esteban llevaba en la solapa una insignia monárquica.

Nat King Cole. Una voz con cariño y pereza. Un chico y una chica se unían suavemente. Bailaban. Otra pareja lánguida. Y otra. Y otra. Eran como dormidas medusas en un agua desfalleciente. El sol de afuera ponía en la penumbra misterios de acuario. Orestes, con sus manos húmedas, buscaba entre los almohadones las manos de Carma. Víctor había besado a Ana. Ana le retorció suavemente la oreja derecha.

Hernando bailaba con Ger. Leila le ofrecía dulces al galgo de Esteban. El galgo los rechazaba, alzando la cabeza casi con dignidad ofendida. En el rincón de las bebidas, Jonás, rubio y futbolístico, tomaba refrescos de naranja, bebiendo directamente de la botella. María José fue hacia él y le sacó a bailar. Jonás no sabía qué hacer con la botella de la naranjada. Al fin, se la metió en el bolsillo del pantalón, riendo de su propia ocurrencia hasta las encías. María José apartó la cabeza para no ver aquella risa, apretando al mismo tiempo la espalda davídica de su futbolista. Gilbert Bécaud. Un acento francés parisiense y arrastrado. Leila, sentada a la puerta de la cocina, se había puesto a hacer punto. Esteban, al advertir esto, la odió comedidamente. Un muchacho de breve barbita cruzó la sala, en dirección a Carma. Ofreció su larga mano a la chica. Carma tomó aquella mano y se puso en pie. Bailaron. Orestes se había quitado un zapato y les veía moverse ante él, lentamente, suavemente, cansadamente, como si llevaran horas y horas bailando. Orestes se puso su zapato y fue hacia el rincón de las adolescentes. Bailó con una de breves coletas a ambos lados de la nuca virginal, enlazando de una manera brusca la cintura de la niña. El París golfo y nocturno de Gilbert Bécaud. Los tranvías, allá abajo, perdiéndose en la gran recta de Bravo Murillo. La cabeza, de Ana desfallecía sobre el pecho frágil de Víctor. Jonás sacó del bolso su botella para ofrecerle naranjada a María José. Ella rechazó con un gesto la botella y al futbolista. Fue a sentarse en un rincón, ladeando su butaca para evitar el resol que proyectaba el suelo encerado. Buscó en su bolso, sin levantarlo de la alfombra, el paquete de los cigarrillos. Esteban y Leila bailaban muy separados, sin ritmo. Esteban sujetaba a la muchacha con su única mano. El galgo, negro y heráldico, les observaba atentamente. María José retuvo en la garganta una compacta bola de humo. «Ana.» «Víctor...» Orestes besaba el cuello pecoso de su pareja. El sol iba retirando sus colgaduras de los balcones de la casa.

«El *Arthashastra*, reconocido como una de las obras más importantes del sánscrito, proporciona una amplia y detallada información sobre la vida profana y material de la India antigua, en contraposición a la religiosa y espiritual. El tratado estuvo perdido durante largo tiempo, siendo hallado a principios del siglo actual por el doctor Shama Sastry entre los manuscritos de hojas de palmera de la Biblioteca del Gobierno Oriental de Maisur...» María José levantó la vista del libro. Volvió a encender su cigarrillo, que se le había apagado. Seguía la música. Las parejas bailaban entre murmullos de conversaciones. Un chico de gafas, sentado enfrente, le miraba a María José las piernas cruzadas. Ella se hundió un poco más en la butaca, sin preocuparse por aquella mirada. «¿Hasta dónde estará viendo ese cerdo?», se preguntó vagamente. «Desde entonces el sistema de las ciencias políticas de la India se ha incluido entre los más antiguos del mundo.

Las especulaciones de los autores hindúes comenzaron, ya en el segundo milenio antes de Jesucristo, en el *Rig Veda*, y continuaron en las Samhitâ védicas y en los *Brâhmana*. Los *Dharmashastra* o tratados de *Dharma* (leyes basadas en el deber y la moral), el primero de los cuales es el *Manú*, se escribieron posteriormente. La literatura del *Arthashastra* es solamente una parte de los escritos políticos de entonces. Posteriormente se escribieron muchas obras más sobre esta materia, de las cuales se han conservado pocas. El último texto importante sobre la política es el *Shukranîti*, de Shukra, que se cree vivió en el siglo XIII, cuya traducción inglesa...» Las siete y media. Las ocho menos veinticinco. Ron. Ginebra. Ron. Coca-Cola.

—¡Gran jefe querer agua de fuego!

—Probad estos dulces. Son lo único que aprendí de las monjas del colegio. Las pobres...

Carma deslizaba sus largas uñas entre la barbita del muchacho. Eran como nacaradas proas abriéndose paso en el mar de los Sargazos. Amor en el tocadiscos. Amor en francés. Amor en inglés. Amor en el microsuro, amor gigante, girador, repetidor,

repetido, monocorde, monótono, amor en espiral de estrías, en círculos concéntricos, dentro del lago negro del disco, cada vez más adentro, hasta hundirse, hasta ahogarse, hasta cegarse con el último grito sensual y despavorido: «I love you...!».

—Pero lo que queremos es *twist*. Hemos venido aquí a bailar el *twist*.

—Esta nevera no va bien, Ger.

Y se besaban. El ascensor había cesado en su acarreo. Ahora sólo subía y bajaba de tarde en tarde, llevando a otro piso a una familia que venía de visita. A unos niños peinados y repeinados con la colonia del domingo. Luego, el ascensor bajaba despacio, despacio, por su largo corredor vertical, cargado sólo con el perfume de la familia que había quedado arriba. Frente al portal, el descapotable de Orestes se iba recalentando con el medio sol de la media tarde. El portero había salido a echar una ojeada al coche. «Un trasto de éstos es como no tener coche —pensaba—; te pillas el chaparrón en la carretera y a hacer puñetas.» Los niños que salían del cine se paraban a mirar el cuadro de mandos del descapotable.

—Es de tres velocidades.

—De cuatro.

—Debe ser de carrera.

—¿De carrera?

—Fíjate qué freno.

—Para las cuestas.

—Matrícula de Brasil.

—No creas.

—No se entiende esta matrícula.

—Y sin capota.

—Para subir y bajar en marcha.

Un rayo de sol, allá en el piso, hacía su fiesta de reflejos sobre la fina caoba de la consola arrinconada. Había una chaqueta de cuero colgada del pico de una vitrina. Olía a sudor fresco y maquillaje. Las parejas habían empezado con el *twist*. Telas deportivas y espaldas desnudas. «Carne de piscina y tostaero.»

—Cuba-libre. Johnny Halliday. A Orestes le nacían gotitas de sudor entre la pelusa del cráneo, como un rocío en los campos del Orinoco. Su pareja pensaba, sentía, que empezaban a darle asco los hombres y que el capellán de las monjas debía tener razón en eso de la castidad. «Pero no voy a salirle ahora a mamá con que me quiero ir monja», se dijo. Las manos de Orestes buscaban y buscaban sobre aquel cuerpo de niña. Los almohadones del suelo habían perdido color. Empalidecían. Leila y Ger le ponían hielo a los refrescos y luego iban ofreciendo a las parejas, cada una por un lado de la improvisada pista de baile. Víctor y Ana estaban cansados. Ana vio, por encima del hombro de Víctor, la mirada roja y fría del galgo Je Esteban. El bicho negro tenía algo luciferino y acusador. Su cabeza inmóvil la asustó un poco. «El galgo nos ha visto», estuvo a punto de decirle a Víctor. Esteban pasaba su única mano por la solapa, apretando la yema del dedo anular contra el metal de su insignia monárquica.

Twist, twist, twist...

Jonás rizaba el rizo del *twist*, con la hermana menor de Leila. «... La fecha de la obra ha sido muy discutida. Si el autor de este texto fuese verdaderamente Chânakya o Kautilya, ministro de Chandragupta Maurya, estaríamos evidentemente en presencia del tratado más exactamente fechado y más auténtico de la antigüedad hindú. Algunos hindólogos ponen en duda esta paternidad literaria, pues se sabe que, con frecuencia, los pretendidos autores de obras antiguas, en la India, designan más a menudo a una escuela y una tradición que a un personaje histórico. Winterniz señala que le parece sospechoso el hecho de que Kautilya significa “el falsario, el hipócrita”, y que, en la misma obra, el autor nunca es llamado Chânakya o Vishnugupta...» María José sintió, de pronto, la mirada del chico que estaba enfrente como un cosquilleo en sus piernas

desnudas. «Ese eunuco...», casi murmuró. Pall Mall. Se le estaba acabando el Pall Mall. «Habrás que sonreír a Jonás y pedirle lumbre.»

—Pero si apenas te quedan cigarrillos...

Ella sonrió.

—Toma. Quédatelos.

Jonás le ofrecía un nuevo paquete de Pall Mall. «Este bestia, cada vez lo hace con menos delicadeza. Pero es una Tabacalera.» Se llenó la boca de humo y volvió al libro. «Además, hay más divergencias que analogías entre el cuadro de la sociedad hindú, según Megástenes, embajador griego en la corte del emperador hindú Chandragupta, y el tratado político de Kautilya. Observemos, sin embargo, que otros autores afirman que las teorías del *Arthashastra* fueron sistematizadas quizá más tarde, pero que el origen del texto se remonta, en lo esencial, a los tiempos de Chandragupta, es decir, el siglo IV antes de Jesucristo.»

—Ese disco no suena bien.

—Le habéis cambiado la velocidad.

—Es el tocadiscos lo que no funciona.

—Hernando se ha cargado la instalación.

—Qué manía de andar todo el rato enchufando y desenchufando chismes...

—Hernando, cabrón.

Hicieron corro en el suelo, en torno del giradiscos, que había enmudecido. Alguien puso el aparato sobre una mesa. «Esto se arregla rápido.» La gente se servía ginebra. Las adolescentes salieron a la terraza. Orestes y Jonás andaban entre ellas. En la terraza se respiraba una alta y levísima brisa.

—Está Madrid como despoblado.

—La gente se agarra a una tortilla y sale corriendo a buscar un pino.

—En estos días, ya se sabe.

Ana y Víctor habían conseguido quedarse juntos dentro del cuarto de baño. Carma tocaba la guitarra para su hombre de barba, que la tenía abrazada por la cintura. El galgo de Esteban se lamía los costados con un desafuero nada heráldico.

—¿No bailas, María José?

—Está feo venir a un guateque a leer.

—Leer está feo siempre.

María José bailó con Esteban.

El hielo en el vaso. Es como un paisaje ártico. Luego, crece y crece el líquido marrón. En la superficie, un hervor frío de burbujas que estallan silenciosamente. La lumbre en la punta del cigarrillo. Va avanzando sobre el blanco cilindro. Es una ofensiva circular. Un frente delgadísimo en el que se encienden minúsculas luminarias, a cada nueva avanzada. El tabaco rubio deja una ceniza gris, compacta. El tabaco negro se desmenuza, al quemarse, en un polvillo canoso. El vaso es lo oceánico. El cigarrillo es lo astronómico. Esteban y María José bailan de un modo inapetente. Son como seres finales de una civilización. Llevan siglos bailando. Suenan micros siglos en el microsurco. Ella y él bailan lo suficientemente bien como para bañar mal. Apenas bailan. Se miran un momento. Se sonríen. María José no desea bailar. Tiene la cintura tensa. Él lo ha advertido, bajo su único brazo, y se retira. ¡Qué alivio! «Éste es como el conde de Montecristo», piensa ella. Ni éste ni el otro. Ninguno. «¿Tampoco los hombres?», se pregunta, cayendo de nuevo en la butaca. Fría. «Eres una mujer fría. Tienes esa desgracia.» Eso dijo uno aquella vez. El tabaco. La música. El *twist*. Pero tiene que haber algo más. ¿Algo más? En casa dicen que el matrimonio. ¡Bah! «Di Stéfanos y Montecristos.» A la mierda. «En el siglo IV antes de Jesucristo, gracias principalmente a la política del supuesto autor del texto (Chânakya o Kautilya), Chandragupta Maurya, abuelo de Ashoka, fundó el primer imperio de la India. En el texto del *Arthashastra* se considera a Kautilya como preceptor y salvador de Chandragupta. Kamandaka, Baña y

Dandín, tratadistas posteriores, así como también el autor del *Panchatantra*, hacen referencia a su tratado de política. Chânakya y Ghandragupta vivieron en la época en que la invasión griega había situado a los invasores en el noroeste de la India. La obra de restauración nacional de Chandragupta se vio complicada por discordias internas entre los estados enemigos o guerreros.»

—Orestes, eres un cerdo.

María José se había puesto en pie. Orestes tenía todavía sus manos en el cuerpo de la niña. Casi todas las parejas dejaron de bailar. Se acercó Jonás, dispuesto a desentumecer su musculatura después de todo un domingo sin fútbol. Era, asimismo, una manera de rendir homenaje a María José. El que le miraba las piernas a ésta se acercó también con ánimo de intervenir. Jonás, de un manotazo, le había arrancado las gafas a Orestes. Orestes soltó por fin a la chica, que se fue a un rincón a llorar.

—María José...

Jonás se disponía a golpearle. El otro chico saltaba en torno de ambos, apretando los puños. A ella le produjo asco todo aquello.

—No ha pasado nada. Dejadle en paz.

Jonás le retorció la ropa al otro.

—Cuidado con lo que haces, Orestes. Eso con las mayores. Si te dejan... Que lo dudo. Orestes salió a la terraza colocándose los hombros de la chaqueta. Ana y Víctor habían presentido algo. Estaban en la puerta de la sala y se acercaron a preguntar. Las nueve y media. Las diez menos veinticinco. Las diez menos cuarto. Las diez. El *twist* se había generalizado. Las adolescentes lo bailaban en grupo, moviendo mucho las grandes flores de sus vestidos. La víctima de Orestes, llorosa todavía, se agitaba tímidamente. Carma mantenía un suave ritmo de hombros y rodillas dentro de su ropa estrecha. Leila se agachaba hasta el suelo una y otra vez. Ger, con su mandil de cocinera, seguía graciosamente el compás de Hernando. Ana y Víctor, junto a la puerta, purgaban sus recientes pecados en la ascética del *twist*. Eran dos esbeltas y descoyuntadas figuras que podían recobrar la armonía y volver a perderla y volver a recobrarla cien veces seguidas. El hielo se deshacía dentro de los vasos. Las botellas abiertas y semivacias se morían de sed. Alguien recorrió todas las cortinas y llegó hasta el fondo de los espejos el fondo requemado de la noche estival. Los labios de Hernando sabían a tabaco en los labios de Ger y los labios de Ger sabían a ron en los labios de Hernando. O quizá fuese al revés.

—Nosotros nos vamos.

—Y nosotros.

—Hay que seguir en otro sitio.

—Y cenar, primero.

La música sonaba excesivamente alta o excesivamente baja en los grandes huecos, en los repentinos vacíos que iban haciéndose en la casa. Había grupos en penumbra por todas las habitaciones. Besos y despedidas en la puerta de la escalera. Orestes fumaba en silencio, mirando a todos y sin mirar a nadie. Tres o cuatro parejas danzaban aún entre dos habitaciones, rodeados de un triste desorden. Las adolescentes se emborrachaban apresuradamente con los restos de las bebidas. «Por no salir de allí como hemos entrado.» En cada estancia se presentían los largos besos que alguien se estaba dando en la estancia de al lado. Una luz se encendía en un extremo de la casa y otra luz se apagaba en el otro extremo. Las chicas hacían cola a la puerta del baño. Jonás salió del brazo de dos muchachas.

—Una tarde bestial.

—Y eso que nos falló el «picú».

—Ya sabía yo que Hernando lo volvería a poner en marcha.

—Te has portado, Hernando.

—Demasiada gente.

- No creas.
- Soy un perito con aspiraciones de obrero especializado.
- Con menos gente se baila más a gusto.
- Cualquier día me marcho a Alemania.
- O te aburres como un notario.
- Dice que cualquier día se marcha a Alemania.
- ¿A arreglar «picús» en los guateques?
- ¡Ese ascensor!
- Los de abajo tienen bronca con el portero.
- ¡A por el portero!
- Parece que a Orestes ya se le ha pasado.
- ¿Aceptas pasajeros, Orestes?

En el portal, un grupo de chicos y chicas discutían con el portero. Otros, abrían y cerraban la puerta del ascensor. El coche de Orestes se llenó de gente que llegaba a los asientos sin abrir las portezuelas.

- ¿Me dejaréis un sitio para conducir?
- Dame la llave, que conduzco yo.
- Vamos hacia la carretera de La Coruña.
- ¡A la carretera de La Coruña!

Y el coche arrancó de golpe, metiéndose entre un taxi y un tranvía. Esteban les vio partir y luego dobló la esquina, seguido por el galgo. En el cuarto de baño, María José cerró la cremallera de su falda y se miró al espejo. Antes de salir al pasillo para marcharse, probó a abrir el cuello de su blusa, y optó por dejárselo cerrado.

Gumersindo, rey de oros

Gumersindo se sujetó la dorada dalmática con una mano sobre el pecho, apoyó en el mostrador la maza de plata, y, echándose al cuerpo el vaso de tinto, dijo:

—Porque me vea el pequeño, que tiene ilusión de saber cómo viste su padre.

—Pareces el rey de oros, Gumersindo.

—¿Y sigue así lo del pequeño?

—Otra ronda, que paga el rey de oros.

—Así sigue.

—Tiene al pequeño encamado desde los quince meses.

—¿Dónde te has dejado al alcalde, Gumersindo?

—Al pequeño le hará ilusión ver a su padre de esa forma.

Gumersindo, entre solemne y basto en su dalmática dorada y roja, se echó al cuerpo otro vaso de vino.

—Vaya un cliente distinguido que nos ha caído esta mañana —le sonrió el tabernero a Gumersindo, llenándole de nuevo el vaso.

—A ver.

Gumersindo tenía las piernas cortas y un casi arqueadas dentro de las medias blancas.

Gumersindo se miró las grandes hebillas de su calzado de macero municipal.

—Aunque bebe lo suyo, nunca le creí capaz de una cosa así.

—Pues ahí tienes. Todo por el chico.

—Anastasio dice que está como el rey de oros.

—Se visten en el municipio, y como al pequeño no le sacan nunca de casa...

Gumersindo se movía cuidadosamente. Entre los mahones y los cueros de la clientela, la dalmática de Gumersindo chispeaba su oro y su plata.

—Sólo me vio una vez en los papeles, cuando lo del Corpus, y desde entonces tiene el hipo de saber lo que parezco.

—¿Le vas a dar la sorpresa?

—A ver.

—¿Se puede tomar un vaso con el Cristóbal Colón?

—Gumersindo bebe un rato largo, y de él se puede esperar cualquier cosa.

—¿Son los Reyes Magos?

—Que nos eche la bendición...

Los chicos de la plazuela rebosaban la puerta de la taberna.

—¿Y sigue así lo del pequeño?

—¡Largo de aquí, escandalosos!

—Así sigue.

—¡Si es el padre del baldao!...

Gumersindo, con la maza al hombro, los guantes bajo el sobaco y el gorro ladeado, acercaba al vaso la nariz beoda para beberse su vino.

—Lo que no se haga por un hijo...

—Igualito que el rey de oros.

—Que pase a la cocina, que le vea la abuela.

—¡Que nos eche la bendición!

—A la cocina, no, que se puede manchar la prenda.

—Ahí tiene a Gumersindo, que iba para albañil...

—Le dieron el puesto en el Ayuntamiento porque tiraba de pluma.

—¿Te has salido de la profesión, Gumersindo?

—¿Y qué tiene que ver la dalmática con el tirar de pluma?

—¡A la calle, escandalosos!

—¿Eso se llama dalmática?

—Lo que hace falta para el cargo es, más que nada, figura.

—Pues las piernas de Gumersindo...

—Cuidado con el perro, Gumersindo, que te va a rozar las medias.

—¿Y sigue así lo del pequeño?

—Igualito que el rey de oros.

—Así sigue.

—Vamos a ir andando. ¿Qué os parece?

—¡Largo de aquí, escandalosos!

Se abrieron paso entre la chiquillería de la puerta. Un grupo de parroquianos acompañaba a Gumersindo.

—Que nos eche una bendición...

—Le vas a dar la sorpresa.

—A ver.

Un obrero llevaba de la mano su bicicleta. El grupo caminaba despacio.

—¡Si es el padre del baldao!...

Gumersindo, siempre con la maza al hombro y los guantes blancos bajo el sobaco, se centró el gorro en la cabeza.

—¡Mire, madre!...

—Ni ella sabe una palabra...

—Es Gumersindo. Sale en las procesiones.

—Y en los desfiles.

—Y en los entierros.

—En los entierros, no.

—Igualito que el rey de oros.

—Pero cuando el muerto es de su familia, le dejan ir así al entierro.

—En esos casos, parece obligado.

—Es Gumersindo, el guardia.

—Macero municipal.

—¿Y qué es macero municipal?

—Pues lo mismo que conserje, pero con derecho a llevar esa túnica.

—Mi padre político también es conserje, pero en un Banco.

—Eso no es una túnica, Andrés.

—¿Entramos aquí a tomar el último?

El tabernero se limpiaba las manos al mandil, apoyado en el quicio de la puerta.

—¿Entramos aquí a tomar el último?

—Lo que diga Gumersindo.

El tabernero levantó la cortina de lienzo y Gumersindo entró con su maza al hombro, seguido de un grupo de hombres con pellizas y herramientas.

—Pues no me ha asustado a la criatura...

La mujer del tabernero se fue recelosa tras el mostrador, con la criatura llorando en sus brazos.

—Mira que si al pequeño le da también por llorar...

—Ya tiene juicio para saber lo que representa su padre. Gumersindo agradecía que le resolviesen la repentina duda.

—A ver.

—Anda, pon una ronda, que paga el rey de oros.

El tabernero servía la ronda sin dejar de mirar a Gumersindo.

—¿Qué es ello, Gumersindo?

—Pues no me ha asustado a la criatura...

—Gumersindo, que ha plantado al señor alcalde para venirse a tomar un vaso.

—No le deis mucho vino, que la prenda requiere compostura.

—¿Has venido así en el autobús?

—A ver.

Gumersindo tenía una sonrisa inexpresiva bajo la nariz beoda. Con la maza al hombro,

el vaso en la mano y las piernas un casi arqueadas, miraba a todos despacio, guiñados los ojos y cerril la frente.

—¿Y sigue así lo del pequeño?

Gumersindo parecía un bufón renacentista, o un zambo y villano reyezuelo.

—Así sigue.

—Sale en las procesiones.

—Y en los desfiles.

—Y en los desfiles.

—Y en los entierros.

—Pues no me ha asustado a la criatura. —En los entierros, no.

—Le vas a dar la sorpresa.

—A ver.

—Igualito que el rey de oros.

La excursión

Hablan de ello durante toda la semana y el domingo por la tarde empaquetan las meriendas. Hay tres, niños en la casa. Con sus blusas amarillas y sus breves pantaloncitos de terciopelo, se mueven impacientes, se estiran los calcetines, preguntan muchas veces la misma cosa. Peinados y repeinados, es preciso volver a hacerles la raya del pelo al momento de partir. Con el calor de la merienda, los periódicos de los envoltorios huelen de nuevo a tinta impresa, a papel recalentado. Los niños miran por la ventana el cielo del verano para saber si se nublará o no se nublará. La calle, endomingada de luz y silencio, respira un aire de traseras, de garaje cerrado, de portales entornados.

Casi siempre, uno de los niños, o uno de los mayores, tiene que quedarse en casa, en la cama, con la fiebre tonta e inoportuna de los domingos. Con las anginas congestivas del domingo. «Qué mala coincidencia.» Es el que pasará la tarde oyendo llegar a los que todavía no llegan. A quienes tardarán aún muchas horas en volver. Y se queda en la casa silenciosa, en la casa que huele a tortilla lentamente enfriada. Las primas suelen ser impuntuales. Todos los domingos hay que esperarlas un buen rato. Son dos hermanas, una de ellas coja, y éste es todo el secreto de su tardanza, pero de eso nunca se habla. «No acababa de hacerse la tortilla.» «Hemos tenido un invitado a comer.» Con su lenta cojera todos los domingos hay que esperar por ella y por su hermana. «Él se queda en la cama, con anginas.» La calle, endomingada de luz y silencio, respira un aire de traseras, de garaje cerrado, de portales entornados. «Id hasta la esquina, a ver si vienen las primas.» Con el calor de las meriendas, los periódicos de los envoltorios huelen de nuevo a tinta impresa. Los niños se estiran sus calcetines y corren hasta la esquina. Casi siempre, alguien tiene que quedarse en casa, en la cama, con la fiebre tonta e inoportuna de los domingos. «Qué mala coincidencia.» Al fin, salen en grupo hacia el autobús. «Ya no alcanzaremos el de las cuatro y media.»

Por las viejas calles de la ciudad, entre conventos y barrios de gitanos, el autobús les lleva hacia el puente. Cruzan el amplio río, que parece discurrir más lento en el día de fiesta. Perezosas barcas remolonean en la corriente, como pastando el verdor de las aguas. El autobús enfila una recta carretera, entre fábricas cerradas y chimeneas que tienen escrito de arriba abajo, en grandes letras verticales, negras sobre los ladrillos rojos: «Textil». El enfermo se ha quedado en casa con anginas y tiene en la garganta el sabor farmacéutico de las gárgaras. Oye regresar a los que todavía no regresan. «Puedo quedarme solo. Ya veis que es lo de otras veces.» Una de las dos primas es coja y todos los domingos hay que esperar por ella y por su hermana. Pero de esa cojera nunca se habla. El abuelo es consumero y trabaja en el fielato que hay frente al canal. El abuelo hace servicio todos los domingos y descansa el viernes, que es el día en que murió el Señor. Los viernes el abuelo va a misa por la mañana y al rosario por la tarde. Toma queso de postre y queso para la cena. Queso seco, que va cortando y pinchando en pedacitos con su navajilla negra. Hay un gran retrato del abuelo en el comedor, con su adusto bigote y su chaleco. El enfermo tiene en la garganta el sabor farmacéutico de las gárgaras. El enfermo ve desde su alcoba la pared del comedor y el retrato del abuelo, con su rendija de sol en el cristal que protege la fotografía. El amplio río parece discurrir más lento en el día de fiesta.

Delante del fielato el autobús concluye su trayecto. Se apean todos, apean las meriendas y entran a ver al abuelo. El abuelo pregunta por el que falta. «Se ha quedado en casa, con anginas.» El autobús da la vuelta con mucho estruendo. «No habéis debido dejarle solo.» Al lado del fielato hay una fábrica de harinas. Desde un alto brocal puede verse el agua, allá abajo, entrando a presión en la fábrica. «No habéis debido dejarle solo.» Qué furia de espumas, qué fragor de agua luchando contra el agua. Los niños asoman su nariz miedosa. Qué miedo. Con su blusa amarilla y sus

breves pantaloncitos de terciopelo, los niños asisten desorbitados a la batalla del agua. Al otro lado de la pared está el retrato de la hija muerta, haciendo pareja con el retrato del abuelo, pero el enfermo no puede verle desde la cama. El autobús regresa por entre conventos y barrios de gitanos, con el sol botando en su interior. «Puedo quedarme solo. Ya veis que es lo de otras veces.» Perezosas barcas remolonean en la corriente, como pastando el verdor de las aguas. El grupo se despide del abuelo y emprende el camino hacia la cercana montaña. «A la vuelta, entraremos a verte.» La coja camina detrás, con un niño de la mano. Van por la orilla del canal, mirando a los pescadores de todos los domingos. Junto a uno de ellos, en el suelo, un pez se contorsiona en la red. Lejanos excursionistas caminan por la línea de la montaña, en el cielo azul, como hormiguitas puestas de pie. La coja se detiene a cortar flores, a cortar tomillo. El niño, si puede, se escapa de su lado y corre con los otros niños. En la casa ha quedado un olor a tortilla lentamente enfriada. Van hacia la huerta de Felipe. «Le llevaremos tomillo al enfermito.» La coja ha reunido un ramillete oloroso. Hablan de ello durante toda la semana y el domingo por la tarde empaquetan las meriendas. Se acercan a la huerta de Felipe. «Le llevaremos tomillo al enfermito.» El abuelo descansa los viernes, que es el día en que murió el Señor. El viernes, el abuelo va a misa por la mañana y al rosario por la tarde. «No habéis debido dejarle solo.» Está en la gran fotografía del comedor y el enfermo puede ver desde la cama su adusto bigote y su chaleco. Toma queso de postre y queso para la cena. Queso seco, que va cortando y pinchando en pedacitos con su navajilla negra. Al otro lado de la pared está el retrato de la hija que murió de veinte años. Murió tuberculosa cuando era la alegría de la casa. Era la menor y murió soltera. Qué furia de espumas, qué fragor de agua luchando contra el agua. Qué miedo, vivir en la fábrica de harinas, con el dragón del agua rugiendo en la bodega... «Le llevaremos tomillo al enfermito.» Tomillo y artemisa. Y una gran pera amarilla, de los perales de Felipe, para que la tome de postre cuando se ponga bueno. Los niños se estiran sus calcetines blancos y se abrochan sus blusas amarillas. Pero tienen miedo de los perros de Felipe, que ladran detrás de la cerca y han esperado toda la semana para subírseles hasta los hombros. Era la hermana menor y murió en los tiempos del cine mudo. Había paseado con muy apuestos cadetes, pero juraba a sus padres que no les abandonaría nunca. Que no se casaría mientras ellos viviesen. Los niños se ponen nerviosos y miran hipnóticamente a los perros. Por detrás de la casa aparece Felipe con su gran blusón gris, hablando cachazudamente a los perros, amansando sin ninguna urgencia aquella furia de ladridos, colmillos y pezuñas. Había muerto de veinte años en la alcoba contigua al comedor. Era blanca y cilíndrica como las señoritas del cine mudo. El más cobarde de los niños tiene susto para toda la tarde. Un perro le ha pasado la lengua por la cara. Había paseado con muy apuestos cadetes y murió en la alcoba contigua al comedor. El abuelo presta servicio todos los domingos. Una noche que hubo aurora boreal sacó a los tres nietos de la mano, uno por uno, a ver el cielo grana, rojizo, violáceo, de un malva revuelto y amenazante. «Es el poder de Dios.» «Son cosas del demonio.» «Son los fenómenos de la madre naturaleza.» Los niños tenían miedo y, una vez acostados, el gran cielo infernal y púrpura se les iba confundiendo, dormidos, con los vivientes cielos del sueño. Ojos azules y rodillas tontas, flequillo travieso, carne rubita y tirantes cruzados, los tres niños vivieron miedosamente la fantasía de la aurora boreal. Y uno de ellos, remangándose la pernera del pantaloncito, se fue hasta el borde de la acera, en la calle nocturna y solitaria. «Niño, eso no se hace.» Olfateantes, los perros de Felipe siguen al grupo. Los niños corren por la huerta. Comienzan a colonizar un mundo de acequias y perales. Se asoman a una gran copa de piedra que tiene en su fondo el agua de algún olvidado crepúsculo. Negros renacuajos culebrean en aquel poso de cielo rosáceo. Una vez, el abuelo había sacado a los tres niños a ver la aurora boreal. Felipe se ha llevado lejos a sus perros. «Es el poder de Dios.» «Son cosas del

demonio.» Entre los excursionistas hay una mujer joven, enteramente vestida de blanco, que anda bajo los morales recogiendo moras. «Te mancharás el vestido.» El río discurre más lentamente el día de fiesta y la calle está endomingada de luz y silencio. El enfermo tiene en la garganta el sabor farmacéutico de las gárgaras y oye llegar a los que todavía no llegan. «No habéis debido dejarle solo.» El abuelo sacó una noche a los tres nietos a ver la aurora boreal. «Es el poder de Dios.» Negros renacuajillos, al fondo de la gran copa de piedra, culebrean en un poso de cielo rosáceo. «Son cosas del demonio.» Qué miedo, vivir en la fábrica de harinas con el dragón del agua rugiendo y revolviéndose en la bodega. «Le llevaremos tomillo al enfermito.» Y una gran pera amarilla de los perales de Felipe. La silueta blanca anda por entre los morales. «Te mancharás el vestido.» El cielo se ha oscurecido con grandes manchones de moras maduras, de jugo de moras. De la cercana montaña llega hasta la huerta una fresca sombra crepuscular en la que suenan vagas llamadas, risas, lejanas canciones. Han quedado en penumbra las dos grandes fotografías del comedor. Al enfermo le sube hasta la frente la fiebre del atardecer. «Puedo quedarme solo. Ya veis que es lo de otras veces.» Oye llegar a los que todavía no llegan. De entre los morales sale la mujer vestida de blanco, con una mancha de moras sobre el pecho.

Lilí

—Tiene condiciones para el canto.

—O para el baile.

—Querrás decir el *ballet*.

—Yo creo que la niña ha nacido para las tablas. —¿Para las tablas?

—La mandaremos al Liceo.

—Al Liceo o al Conservatorio.

—¿Y qué se estudia en el Conservatorio?

—Declamación.

—¿También tiene condiciones para la declamación?

Las ditas eran tres. Las tiitas querían hacer algo de la niña, pero no sabían qué.

—Lilí.

—Sí.

—No respondas «sí». Responde: «¿Tiita?».

Ni tres ni cinco. Quizá tuviera cuatro años Lilí.

—Para cuatro añitos que va ya la niña.

—En cuanto cumpla los diez la mandaremos al Liceo. —¿Al Liceo con diez añitos?

—Al Liceo o al Conservatorio.

—Lilí.

Lilí era como una corza rubita. Como un gamito rubio y feliz. Tenía ojos de llama boliviana. Lilí no daba brincos con sus piernas larguitas, ni hacía virajes con sus ojos de llama. Lilí se estaba quieta y armoniosa.

—Lilí, al jardín.

—Lilí, al balcón.

—Lilí, al comedor.

Ella no hacía gracias, pero era la Gracia. ¡Qué niña tan silenciosa!

—En cuanto cumpla diez añitos la enviaremos al Liceo.

Pero las llamitas jóvenes no van al Liceo ni al Conservatorio.

Las tiitas eran tres y querían hacer algo de la niña.

—Lilí, vamos de visita.

Tenía una tía muy visitadora. Tomaban el autobús que llevaba precisamente a las calles más feas y más tristes de la ciudad.

—Aquí es.

Había que pararse en cada banquillo de la escalera para que Lilí no se sofocase, aunque Lilí no se sofocaba nada. En las visitas se besaba mucho a Lilí.

—Está tan alta...

—Tiene condiciones para el canto.

—¿La enviarán ustedes al Liceo?

—Al Liceo o al Conservatorio.

Pero las gacelas rubias no estudian declamación. Lilí se estaba de pie en la visita. La sentaban en una silla, mas pronto se iba al balcón y ponía su cabecita en los cristales.

—¿Por qué la visten tan corta?

—Son cosas de su mamá.

Tenía las piernas doradas. Tenía un largo cuello y el pelo claro y liso. ¡Qué niña tan silenciosa!

—Lilí.

—Sí.

—No respondas «sí». Responde: «¿Tiita?».

Pero las cebritas niñas nunca responden «¿Tiita?».

Y Lilí se estaba en el balcón mirando la calle triste y sosa. En las visitas siempre había otra niña mucho más fea que Lilí. Una niña que acababa llorando de vulgaridad y rabiosa desesperación. O un niño tosco, chato y ronco, que concluía inevitablemente enamorándose de Lilí y echando

sangre por la nariz.

—Lilí, no vuelves a esta casa.

Y se lo decían como un castigo. Era una niña lírica. No lucía gran cosa en las visitas, pero en cambio siempre hacía amistad con los cobradores del autobús.

—Lilí, tu sesión de piano.

No era una niña pianísima ni una niña declamatoria, pero la sentaban al piano tres veces por semana.

—Cuando sea mayor podrá tocar en las veladas.

—Y en las visitas.

—Y en los saraos.

Había pasado mucho tiempo, sin embargo, desde que se apagaron las luces del último sarao.

—¿Te gusta Beethoven?

—No.

—¿Sabes tocar «Para Elisa»?

—No.

—¿Cuántas son las notas musicales?

—No.

Nacida para andar desnudita por las selvas y las playas, nacida para columpiarse en los casuales e improvisados columpios del bosque, sus tías querían que hiciese unos años de visiteo y Conservatorio.

—Lo que le falta a esta niña es pasar por el Conservatorio.

—Su madre, de pequeña, nunca fue tan arisca.

Y eso que pasó mucho con los oídos, la pobre.

—¿Será que a Lilí le duelen los oídos?

—O los caninos.

—¿Lilí, te duelen los caninos?

Querían hacer algo de la niña, pero no sabían qué. Las tías eran tres. Una la llevaba de visita. Otra le daba lecciones de piano. Y la tercera tía, que tenía la carrera de Arte, empezaba algunas tardes el retrato de Lilí.

—Niña, la *pose* del retrato.

—¿Con la cabeza derecha?

—Con la cabeza ladeada.

—¿Con las manos en los bolsos?

—Con las manitas cruzadas.

—Ponle el chal morado.

—Y el abanico de la abuela.

—Y los pendientes de charra.

—Y un ramillete en la mano.

La tía pintora tenía una expresión miope y autoritaria. Se ponía la bata azul que quiso ser bata de viaje de boda. Pero la bata y ella se habían quedado solteras. Era una señorita declinante, que tenía la carrera de Arte y martirizaba a su sobrina colgándole unos pendientes de charra. Sólo como disculpa para ponerse ella la bata azul, la bata de artista, la bata de solterona que inútilmente se ciñe y se descíñe la lazada de su bata.

—Lilí, al piano.

—Lilí, la *pose* del retrato.

—Lilí, vamos de visita.

Pero Lilí tenía, de pronto, un inspirado momento de evasión, de rebeldía, de escapatoria, y corría escaleras abajo por las más amplias y claras escalinatas del parque, o por la suntuosa escalera de la casa.

—¡Cuidado con esa niña!

Era una delicia, era una sinfonía, era un *ballet* apresurado y feliz verla correr en la más bella huida. Una huida de gacela, una carrera de piernas doradas, una ráfaga de cabello al viento.

—¡Lilí se va a caer!

—¡Lilí se va a sofocar!

Por las amplitudes del parque, por la pista de las aceras, por el reflejo verde de los escaparates pasaba, rápida y rubia, veloz y descalza, una niña de falda breve y alegre cabellera.

—Ahora, que no beba agua.

—Ahora, que no le dé el aire.

—Ahora, que no coja frío.

Pero Lilí no se sofocaba nunca. Y emprendía de nuevo la carrera. Por los altos barandales, por los últimos montículos, por los bordes, y rebordes del peligro, una criatura feliz, una felicidad sin riesgo.

—¡Por Dios, pero esa niña!...

Había sido una tarde en libertad. A última hora, Lilí recogía flores raras en el jardín de su casa. ¿Dónde encontraba Lilí aquellas flores? Las que sólo ella sabía ver, las que nadie había visto nunca, las graciosas florecillas inéditas que descubría siempre, eran ya para todos «las flores de Lilí». De un vidrio mellado, de un cristal tallado por el tiempo, de una rota vasija hacía Lilí búcaro para sus flores.

—Pronto la enviaremos al Liceo.

—Está tan alta...

—Al Liceo o al Conservatorio.

—¿Por qué la visten tan corta?

—Tiene condiciones para la declamación.

—Cuando sea mayor podrá tocar el piano en las veladas. —Y en las visitas.

—Y en los saraos.

—Lilí, al piano.

—Lilí, al balcón.

—Lilí, la *pose* del retrato.

—Lilí, ¿te duelen los oídos?

—Lilí, ¿te duelen los caninos?

—Lo que le falta a esta niña es pasar por el Conservatorio.

—Ponedla el manteo morado.

—Y los pendientes de charra.

Pero Lilí, la mujer que no iría nunca al Liceo ni al Conservatorio, la mujer que jamás se pondría pendientes de charra ni tocaría el piano en las veladas, ni siquiera acudiría a ninguna velada, era aquella tarde una silenciosa niña que inventaba flores en su jardín y las iba reuniendo en un vidrio labrado por el tiempo.

Teléfono y ginebra inglesa

—¿En qué letra lleva el acento la palabra teléfono?

—Te-lé-fo-no...

—A ver, a ver, ¿en qué letra?

—Te-lé-fo-no...

—¡Teléeeefono!

—Eso quiere decir que es una palabra esdrújula.

—A mí son las que más me gustan.

Los dos menesterosos se quedaron pensativos. Daniel era un hombre alto con las rodillas muy salientes y una gran barba borrascosa. Gervás era bajito; iba pulcra y miserablemente remendado. Gervás llevaba gafas negras y casi siempre tenía las manos juntas.

—A mí son las que más me gustan —repitió Daniel.

—¿Y las palabras llanas?

—¡Bah! Una palabra que no lleve acento a mí no me dice nada.

—Desde luego.

—Todas las palabras debieran ser esdrújulas.

—Eso sí que sería un idioma.

—O, por lo menos, agudas.

—¿Agudas?

—Ahí tienes: Daniel es una palabra aguda.

—Pues casi no se nota.

—Lleva el acento en la e.

—En Francia todas las palabras llevan el acento en la e.

—Ahí tienes: Daniel es una palabra aguda.

—¿Y Gervás?

—Lo mismo que Daniel.

Gervás se ilusionó un instante con el descubrimiento de que su nombre fuese una palabra aguda.

—Ésa sí que se nota que es aguda. Gervás. Lleva el acento en la a.

—Una palabra que no lleve acento a mí no me dice nada.

—Gervás suena mejor que Daniel. Se nota en seguida que es aguda.

—Teléfono; ésa sí que es una palabra de una vez —decía Daniel, procurando desviar la conversación de la manifiesta inferioridad fonética de su nombre—. ¡Teléfono!...

—repetía marcando el acento cantarínamente. «Te-lé-fo-no», silabearon algunos contertulios de la taberna. Y seguía la alta divagación gramatical en torno de la estufa rojeante. Por el establecimiento había un ir y venir de gentes desastrosas. En la atmósfera violácea del vino y el frío, herían los ruidos chirriantes de la puerta y los duros reflejos del latón.

—¿Es Gervás una palabra aguda?

—Teléfono es una palabra esdrújula.

—¿Esdrújula?

Se pasaban de unos a otros la negra y empañada botella de vino. Había un viejo congestionado con pata de palo. Los que iban llegando levantaban un pie al entrar en el corro para salvar el palo de la pata. El viejo se estaba sin decir nada, sin beber apenas, mirando y mirando su pierna de palo, el feo estorbo de su pata, extendido allí y sin vida.

—¿En qué letra lleva el acento la palabra teléfono?

—Mucho sabéis vosotros para lo poco que coméis.

—Te-lé-fo-no...

—Es la cultura.

—En la vida hay que tener gramática.

—Y comer de vez en cuando.

Eran unas vagas ansias de cultura, continuamente traicionadas por el hambre.

—Mucho sabéis vosotros.

—Es una palabra esdrújula.

—Que son las que llevan el acento más gordo.

—¿Esdrújula?

Daniel apaciguaba con largos dedos su barba borrascosa. Gervás desenvolvió pausadamente una lata de sardinas. En el interior había dos sardinas y un trocito de pan. *El Mellizo*, un tipo delgado y calvo, palidito, se incorporó para mirar la lumbre de la estufa. *El Mellizo* era hombre de corbata y boquilla. Frotó sus manos sobre la lumbre y volvió a sentarse.

—¿Mucho frío, *Mellizo*?

—En el estómago —dijo *El Mellizo* pasándose una mano por el cintaje negro de la corbata. Luego todos miraron cómo *El Mellizo* limpiaba a soplidos su boquilla de fumador. Se la puso en la boca y anduvo con las manos por los bolsillos, buscando desganadamente. Como no tenía tabaco, ni nadie se lo ofreció, *El Mellizo* hubo de quedarse así, con el negro cañoncito de la boquilla entre los labios, apuntando a todos reprochadoramente.

—¿No hay tabaco, *Mellizo*?

Los discutidores parroquianos daban voces en el mostrador. Las ráfagas de aire removían papeles por el suelo, cerca de la puerta. Un olor a perezosa suciedad se recalentaba en torno de la estufa.

—Una palabra que no lleve acento a mí no me dice nada.

—Mucho sabéis vosotros.

—¿Hace frío, *Mellizo*?

—Ahí tienes: Gervás es una palabra aguda.

—En el estómago.

—¡Teléfono!... Ésa sí que es toda una palabra.

—¿No hay tabaco, *Mellizo*?

—En la vida hay que tener gramática.

—Cuidado con la pata, abuelo.

Gervás se tomaba a mordisquitos sus dos sardinas con pan. Al viejo se le recalentaba la pata de palo cerca de la estufa. Daniel apaciguaba con largos dedos su barba borrascosa, como quien se apacigua el hambre.

—Cuidado con la pata, abuelo.

Llegaban nuevos contertulios saltándose la pata de palo. Iba y venía la negra botella de vino, sobada y resobada, empañada. Un calor menesteroso se extendía por todos los cuerpos.

—Eso levanta los muertos.

—Y que es ginebra inglesa.

—Ahí va la botella.

—¿La botella?

—Traía el corcho podrido.

—Es mucha marca para esta casa.

—Eso levanta los muertos.

—Ya sólo piden orujo.

—Aquí no se vende eso.

—Y que es ginebra inglesa.

Daniel tomó la botella, puesto en pie, echó a la estufa el corcho podrido y se puso a oler la ginebra. El tabernero sonreía. Se volvió al mostrador.

—Les vas a matar —le dijo un parroquiano acodado en la barra.

Y miraron divertidos la miserable alegría de los obsequiados.

- Eso no lo aguanta el hambre.
- Son muchos grados para un estómago vacío.
- Les vas a matar —sonreía el parroquiano, con un palillo en los dientes.
- ¿A *qué* huele, Daniel?
- ¡Venga esa botella!
- Y que es ginebra inglesa.
- ¿Inglesa?
- Esto huele a señorita.
- Que empiece la ronda.
- Primero Daniel, que ha estado en buenas casas.
- Primero Gervás, que tiene el estómago lleno.

Gervás se echó un largo trago de ginebra y paladeó aquel placer con la confortabilidad de quien se ha tomado dos sardinas y tiene el cuerpo satisfecho. La botella pasó al *Mellizo*.

—Después me toca otro trago —dijo *El Mellizo* cuando hubo bebido. Y volvió a ponerse la boquilla en los labios con cierta fruición.

El viejo de la pata de palo estiró un poco más su extremidad. Con el cuerpo rígido y la mano izquierda en la nuca, como sujetándose la cabeza, bebió un trago atragantado, ansioso, sin dignidad, sin decoro.

- Que siga la ronda.
- Esto levanta a los muertos.
- La ginebra es para tomarla con el estómago lleno. —Abrasa por dentro.
- Es bebida de señorito.
- Pues ya ves si aguantan los ricos.
- Después me toca otro trago.
- Porque la toman con el cuerpo entonado.
- Que siga la ronda.
- Y que es ginebra inglesa.
- Me va mejor el orujo.
- Ya ves si aguantan los ricos.
- ¿Se sube o no se sube?
- Se sube a la cabeza, pero luego no deja mal cuerpo.
- Que siga la ronda.
- Así se cumple con los buenos parroquianos.
- Y que es ginebra inglesa.

Fueron bebiendo uno por uno. La botella de vino había quedado en el suelo, negra y olvidada. Gervás envolvía cuidadosamente su lata de sardinas vacía. Daniel se puso de nuevo en pie. Le había llegado el turno. En vez de echar su trago correspondiente vertió unas gotitas en la palma de la mano. Los contertulios protestaban del derroche. Daniel entregó la botella y mojó su barba en el charquito de ginebra que había recogido en la mano. Roció su barba de ginebra. Pasó una y otra vez las manos humedecidas por las hebras grises, por los rizos rebeldes, por la mata escasa de su barba crespa y descuidada. Reían los compañeros. Daniel, levantando las puntas de la barba hacia la nariz, se dedicaba a oler deleitosamente.

- Lo ha aprendido de los ricos.
- Los hay que se mojan la barba en ginebra todas las mañanas.
- Son muy caprichosos.
- Había uno que obligaba a su mujer a bañarse en champán antes de acostarse.
- Y otro que, en la noche de la boda, le lavó los pies a la novia en un cubo de cerveza.
- Son muy caprichosos.
- La ginebra se obtiene de la destilación del enebro —pontificaba el viejo Daniel.
- ¿Y la cerveza?

—La cerveza es cebada fermentada.

—¿Fermentada?

—La inventaron los celtas.

—Que siga la ronda.

—Así se cumple con los buenos parroquianos.

—Los ricos la toman con el cuerpo entonado.

—Me va mejor el orujo.

—Dice que los celtas inventaron la caña de cerveza.

—Las señoronas se bañan en champán antes de acostarse.

Los parroquianos del mostrador miraban divertidos la miserable alegría de aquellos hombres. En el aire violáceo del frío y el vino, un olor a perezosa suciedad se recalentaba en torno de la estufa.

—A mí una palabra que no lleve acento no me dice nada —disertaba ahora el viejo Daniel, puesto de nuevo en pie y oliéndose las puntas perfumadas de la barba. Gervás le escuchaba con las manos juntas. Se había acabado la ginebra, y un cerco amodorrado de hombres silenciosos se entibiaba en torno de la estufa.

—A mí una palabra que no lleve acento no me dice nada...

De pronto, *El Mellizo*, paliducho, asténico y sin tabaco, se acordó de la negra botella del vino barato. La buscó por entre los pies de los compañeros y se echó un trago silenciosamente.

El guayabo

La manecilla larga había llegado, con su minucioso caminar de insecto, bajo la esfera convexa de cristal, a colocarse sobre el número seis. La manecilla se movía imperceptiblemente entre el cristal y la placa, donde estaban dibujados los números —2, 4, 6, 8, 10, 12—, haciendo círculo. Se movía en el vacío, pero en aquel momento, como si hubiera tocado con su fina punta un resorte secreto, un timbre empezó a sonar, mientras, por detrás de la esfera, una breve llave giraba sobre su eje, hacia la derecha, destorciendo la invisible espiral del sonido. La manecilla corta estaba fija en el número 8. Sobre la esfera, una palanquita vibraba de modo intermitente. «Vertigineux en nombre et en petitesse, le substrat de l'Univers tangible va se désagrégant sans limites vers le bas.» Las ocho y media. Sasé probó a doblar una pierna bajo la sábana. La ropa de la cama tomó forma de pirámide. Una pirámide que nacía en la cintura de la muchacha y derramaba sus últimas estribaciones allá abajo, al extremo opuesto de la cabecera. El timbre había dejado de sonar. El libro estaba abierto contra el suelo, abandonado desde la noche anterior, desde unas horas antes. «Conséquence immédiate: le Monde forme un Système par sa Multitude, un Totum par son Unité, un Quantum par son Energie.» Se tiró de la cama todavía con sueño.

—Decid a esa niña que se levante.

—Creo que este café no es como el de la semana pasada.

—Ya debe estar vistiéndose.

—Lo que necesitas ahora es salir adelante con las matemáticas.

—Las matemáticas, naturalmente...

La ropa de la noche se abandona con cierta tristeza. Es una ropa ligera, transparente, pero ha abrigado el cuerpo durante siglos, a lo largo de varias horas de sueño, a través de los bosques y los mares, y las noches, y los días del dormir. Arrugada sobre la cama, sobre la alfombra, es ya inmediatamente deleznable. Avergüenza un poco, sin saber por qué.

—Sasé, tienes libre la ducha.

Entró en la ducha como la reina de Saba. Como un David incipiente. Como un atleta cansado. Diecisiete años. «Con diecisiete años y en primero de Derecho. Casi una niña.» Tenía manos de muchacho. Lecturas de muchacho. Fumaba como un chico. El agua de la ducha era como una lluvia primitiva. Agua primaveral de una primavera del Paleolítico. «Conséquence immédiate: le Monde forme un Système par sa Multitude, un Totum par son Unité, un Quantum par son Energie.» Después de desayunar y vestirse recogió el libro del suelo.

—¿Me das un cigarro antes de irte?

—Déjame en paz.

Los autobuses. Los tranvías. Los viejos conductores de cada mañana. El Metro. Sasé va mirándose el peinado, las dos brevísimas coletas sin trenzar, la mano grande y sin gracia sobre la larga correa del bolso colgado al hombro, en la negra ventanilla del vagón. «Tampoco hoy llego al entrenamiento de baloncesto.» Tiene ganas de beber algo. El ferrocarril corre ciego, subterráneo, como una rauda catástrofe. Dice la madre en casa que no parecen hijas suyas. Que ella nunca le hubiera levantado la voz a sus padres. «Tened cuidado al entrar y salir para no introducir el pie entre coche y andén.» La madre va y viene por el pasillo, servicial y un poco desolada. A está hora está más tranquilo el Metro. Un poco más temprano, los obreros, los empleados de los Bancos, los horteras, se empujan dentro de los vagones y pegan sus rodillas a las piernas de cualquier mujer que les quede al lado. Más tarde, hacia el final de la mañana, vuelve a ser lo mismo. Y siempre hay un tipo raro, solitario, con una vaga sonrisa entre el mal afeitado, que cambia de coche en cada estación y le busca la espalda, con la mirada, a las mujeres, a las estudiantes, a las dependientas. Dice el letrero. «Tened cuidado al entrar y salir para no introducir el pie entre coche y andén.»

—Estas chicas no parecen hijas mías...

Sasé corrió desde la boca del Metro hasta la parada del autobús. «Pase usted, señorita, que hoy no le pico la tarjeta.» El autobús rueda por calles anchas, por calles estrechas, cargado de viajeros, llevando en sí un vago efluvio estudiantil. El conductor sólo ve rodillas y zapatos en su espejo retrovisor. «Huelen bien estas puñeteras.» Al cobrador le gusta el perfume de las universitarias. Sasé viaja en la plataforma trasera. Con los botes del autobús, las dos escobillas de las coletas le azotan levemente la cara. «Con diecisiete años y en primero de Derecho.» El chaquetón azul, la falda estrecha, las medias tensas y un poco torcidas, los fracasados zapatos planos, polvorientos, descarados. El cobrador tiene el bigote partido en dos mitades y una cicatriz junto al ojo derecho.

—Hoy sí que traigo buen bocadillo, oiga.

Sasé le sonrió. El tipo se llevó a la nariz, para olerlo con deleite el envoltorio de papel de periódico. Hay una estudiante extranjera, rubia, que va escribiendo fórmulas en un cuaderno, sobre las rodillas, indiferente a los vaivenes del vehículo. Llegados al final del trayecto, Sasé y el cobrador se apearon los últimos, mientras el conductor le daba la vuelta al largo coche, enfilándolo en la dirección de regreso. El mecánico saltó al suelo, dejando el motor en marcha, y se reunió con su compañero y la chica. Entraron en una pequeña taberna. En un rincón del mostrador, hasta donde llegaban ya los primeros fríos del invierno, repartieron el bocadillo para los tres.

—Una botella de tinto.

—¿También la señorita bebe tinto?

Era un largo y macizo bocadillo de chorizo. Se pasaban de uno a otro la botella, bebiendo por la caña que taladraba el corcho. «Estaba muerta de sed.» Un hombre leía el periódico de la mañana a la luz que entraba por los cristales de la puerta.

—Hoy esperábamos verla en el primer viaje...

—¡Bah! Puse el despertador a las ocho y media. Quería dormir.

—¿De juerga, anoche?

Los dos hombres la miraban sonrientes. Su compañía y el vino tinto les hacía felices dentro de los uniformes grises y arrugados, de rayadillo.

—¡Qué va!

—No me va a decir que se quedó estudiando...

Ella se encogió de hombros.

—Leyendo —explicó vagamente.

—¿Un cigarrillo?

Sasé tomó la petaca de cuero. Era una vieja petaca sobada y resobada. Los dibujos y los agujeritos del repujado estaban renegridos. Fumaron en silencio un momento. Con el humo y el sabor del tabaco negro recorriéndole el cuerpo por dentro, al encuentro de las secretas hogueras que había encendido en la sangre el vino tinto, Sasé empezaba a sentirse fuerte, optimista, ligera. Algo viril y difuso la poseía plácidamente: «Tienes que cuidar tu forma. Yo te llevaría al campeonato nacional. Y al Brasil. Pero no abandones el balón ni un solo día. Entrenamiento. Mucho entrenamiento. ¡Ah!, y no fumes tanto...» El preparador decía que Sasé debiera cuidar más su forma. «Conséquence immédiate: le Monde forme un Système par sa Multitude, un Totum par son Unité. Un Quantum par son Energie.»

—¿Tampoco hoy tiene usted entrenamiento?

—Hay que madrugar demasiado para venir a los entrenamientos.

—Cualquier día la vemos a usted en el «Marca», con un trofeo.

Tenía las manos y los labios quemados por el tabaco. Le dolían los ojos de haber leído hasta muy tarde. «Entraré en la última clase», pensó. Los hombres del autobús pagaron a medias la consumición. Sasé les despidió con una sonrisa cuando saltaban a los altos estribos del vehículo. El viento gris de noviembre le arremolinaba trozos de

papel contra las piernas. La ciudad quedaba lejos, como una escuadra de altos edificios navegando contra el mar de plata y cinc de las nubes. Los zapatos de Sasé pisaban una hierba rala y ladrillos despedazados. Los autobuses. Los tranvías. Los viejos conductores de cada mañana. El Metro. La ducha. El baloncesto. «Estas chicas no parecen hijas mías...» Se dio una vuelta por la biblioteca. Hizo tiempo para entrar en la última clase. Los obreros, los empleados de los Bancos, los horteras se empujan dentro de los vagones del Metro y pegan sus rodillas a las piernas de cualquier mujer que les quede al lado. «Tened cuidado al entrar y salir para no introducir el pie entre coche y andén.» Sasé busca en el fondo de sus bolsillos billetes arrugados del autobús, del tranvía. Juega con ellos un momento y luego los tira. El bocadillo y el tabaco del cobrador del autobús. El vino tinto. «Cualquier día la vemos a usted en el “Marca”, con un trofeo.» Durante la clase, la compañera de pupitre mira las manos de Sasé y luego extiende las suyas descuidadamente. Son unas manos con hoyitos, un poco hinchadas, blancas y suntuosas. Lleva las uñas pintadas en un tono malva. Sasé no se da por aludida.

Las manos de la compañera de pupitre son como dos sapitos blancos y sonrosados. Tienen algo de animalillo ciego y extraño, con cinco patas tiernas y delicadas. El profesor escribe y borra en la pizarra. Sasé tiene delante una hilera de cabezas masculinas. Hay una cabeza morena, ordenada, bella. «Casi adorable», piensa la muchacha. Más allá, un cráneo puntiagudo y pardo, ligeramente levantado. El tipo debe estar muy atento a las explicaciones del profesor. La cabeza de la primera fila es rectangular, rubia, germánica. «El rubito siempre en primera fila.» La hora. Sasé ha salido de clase charlando con las compañeras.

—Te llevo a casa en la moto.

Es el de la corbata de tela escocesa y la barbita negra. Sasé conoce de otras veces el programa del chico. Cerveza en el bar cercano a casa. Llamada telefónica después del almuerzo. Cine y baile por la tarde. «Papá me tiene reservado un puesto importante para cuando termine la carrera.» ¿Un beso? Bueno, un beso. Pero no sabe a nada. Otros besan mejor, aunque no tengan moto. Aunque papá no vaya a reservarles ningún puesto importante para cuando hayan terminado la carrera.

—Te llevo a casa en la moto.

Bueno. Pero no va a ser una tarde de locura precisamente. Por la noche, el Derecho romano. O el libro francés hasta la madrugada. ¡Cómo se echa de menos, a las tres de la mañana, en la cama, con los ojos cargados de sueño y de prosa, el vino tinto de los hombres del autobús! Y el tabaco negro. Mejor sería ponerse un pantalón viejo y estar toda la tarde en casa oyendo música. «Estas chicas no parecen hijas mías.» ¿A qué hora pongo el despertador? «Conséquence immédiate: le Monde forme un Systéme para sa multitude...» Etcétera. El agua de la ducha, por la mañana, es como una lluvia primitiva. Agua primaveral, de una primavera del Paleolítico. «Tened cuidado para no introducir el pie entre coche y andén.» Sasé piensa que no estaría mal viajar a Brasil, con el equipo de baloncesto. Pero tendría que cuidar su forma. Acudir todas las mañanas al entrenamiento. «¡Ah!, y no fumar tanto...» Sasé subió al asiento trasero de la moto. Por la carretera, la ciudad avanzaba hacia ellos, como impelida por el viento de noviembre. Pasaron al autobús de los universitarios. Sasé levantó una mano para saludar al conductor; pero, entre la nube de polvo y humo, no supo si él le había respondido al saludo.

Mapamundi

Eran dos mendigos de los de a pie. Dos andariegos de la limosna que se habían hecho media España poniendo la mano. Esteban, hombre discreto que nunca dijo una palabra más alta que otra, que nunca diera un paso más largo que otro, se había sentado junto al pozo solitario y estaba pensando en echar al fondo la herrada y remojarse en agua fresca. *El Epi*, corpulento y jadeante, había llegado por el sendero abrasado de verano y se estaba a la sombra, sin comer, por no ofrecerle de su fardelillo al compañero.

—¿Y de qué nos conocemos tú y yo?

—Del oficio, naturalmente.

—En algún pueblo hemos pedigüeñado juntos.

—Media España tengo andada.

—Y yo la otra media.

Se estuvieron largo rato en silencio, en el silencio de los campos a las tres de la tarde. Un sopor de siesta les iba ganando. La lenta insolación de los pinos se adensaba en torno.

—¿Sacamos una herrada de agua?

Se miraron, se consultaron mutuamente con los ojos. Eran hombres que tenían que pensarlo mucho antes de decidirse al trascendental esfuerzo de hacer girar una polea y tirar de un caldero.

—No hay nada que remojar...

—Yo traigo ahí cuatro miserias —aludió vagamente *El Epi*, dando con el pie en su fardelillo.

Cuando hubieron masticado, bebido y vuelto a masticar, aclarado la frente con el agua y remojado las barbas, quedaron en nuevo éxtasis.

—Cuánto viaja el agua...

—Mucho.

—Por más que también uno ha viajado lo suyo.

—De allá arriba vengo yo ahora...

—¿De Galicia?

—De León.

—El pan, allí, te lo dan con mantequilla.

—¡Qué hermosos caminos!...

—Siempre verdes los montes.

—Y, luego, la riqueza del carbón.

—Por el campo, rebaños gordos y buenos olores.

—Los ríos bajan helados de la montaña.

—¡Qué agua tan fría para la sed!

—Por aquellos riscos, siempre me hago pescador y, mal o bien, alguna trucha se da.

—¡Ay! Qué salud tienen aquellas truchas...

—Luego está Ponferrada, con unas calles tan señoras. —¿Y la feria de Cacabelos, con el pulpo guisado y los vasos de leche?

—Recuerdo ahora las fiestas de La Bañeza...

—Allí había un tamborilero con úlcera de estómago, cara de cadáver, y qué mujer tan guapa la suya.

—Bien se portaron con nosotros, los menesterosos, los señores concejales.

—Astorga es otra cosa.

—Todo son palacios en Astorga.

—Un caserío de palacios.

—Cuánto viaja el agua...

—Y aquella plaza donde se reúnen los maragatos a comprar y vender.

—¿Y la capital?

—León huele a relimpia.

—Buen sitio para limosnas la puerta de la catedral.
—¡Ay! Qué vientos soplan en aquella plaza.
—Bonita está la catedral cuando da el sol en las vidrieras.
—En la plaza Mayor de León se bebe un vino muy serio.
—Todo un señor vino.
—Te lo dan con una taza de caldito caliente.
—Todo es poco para aquellos fríos.
—Dicen que León fue capital de un reino...
—¿Un reino?
—¡Ay! Cuánto viaja el agua.
—Todavía recuerdo los nombres de aquellas tabernas. «La Bodega», «La Gitana», «El besugo»...
—... «El Ruedo», «Casa Manolo»...
—Si echásemos la herradura y saliese llena de vino. Había empezado la ensoñación a las tres de la tarde. El cielo estaba clarísimo y transparentaba en el horizonte la línea delicada de los montes.
—¿Has pasado por Castilla?
—Hace una semana había toros en Medina del Campo.
—Medina del Campo, parada y fonda.
—Desde la plaza Mayor, por la boca de las callejas, se veían en el campo los montones de trigo...
—¡Qué señoritas tan educadas pasean por aquella plaza Mayor!
Los dos solitarios andariegos, hombres descasados, se quedaron pensando en las empingorotadas señoritas de Medina del Campo.
—¡Ay! Cuánto viaja uno...
Esteban no había dicho nunca una palabra más alta que otra, ni había dado un paso más largo que otro. *El Epi* era un hombre corpulento que no descubría del todo el secreto de su fardelillo.
—¿Y Valladolid?
—Ciudad un poco triste; pero buena con los necesitados.
—Y un cementerio muy hermoso.
—Allí he tenido amores con una ciega cantarina.
—El vino te lo dan aguado.
—Y el agua suda como barro.
—Pero el pan está blanco como gloria.
—Valladolid...
—Por Santa Clara andan a cuchilladas los gitanos.
—Y por San Pedro. Valladolid es de los gitanos.
—Y de los señores que están en el casino leyendo un periódico.
—Hacen como que leen, pero echan un sueñecito.
—Para dormir la siesta en Valladolid, nada como el paseo de las Moreras.
—O los bancos del Campo Grande, que está muy fresco y van buenas criadas.
—Allí me eché una vez la siesta, y al despertar había un pavo real mirándome muy serio.
—Andan sueltos y nadie se los lleva.
—Ni siquiera los gitanos.
—Ya es cosa rara...
—No quisiera yo estar en la piel de esos pobres pavos, con los gitanos tan cerca.
—Y que lo digas.
—Hay que ver lo que viaja uno.
—Casi tanto como el agua, que siempre está viajando.
—En Valladolid hay un río que se llama el Pisuerga.

—Dicen que va hacia el Duero.
—Yo he visto el Duero en Zamora.
—¿En Zamora?
—Y en Tordesillas.
—En la plaza Mayor de Tordesillas hay un loco que asusta a los turistas.
—Zamora es ciudad de muchas confiterías.
—Pero está muy caro el dulce.
—He visto a las mozas y los mozos de Tordesillas paseando por la carretera y diciéndose cada barbaridad...
—En Tordesillas sí que está bonito el Duero.
—Muy ancho y muy señor.
—¡Ay! Cuánto viaja el agua.
—Yo, ahora, me vuelvo a Andalucía.
—¿A Andalucía?
—Al Mediterráneo, que lleva aguas muy dulces.
—Aquí traigo yo unas uvas de Almería —dijo *El Epi* echando mano a su fardel.
—El puerto de Almería está un poco triste; pero el pescado te lo regalan.
Se repartieron un racimo de uvas de Almería remojado en la herrada. Esteban guardaba cuidadosamente los titos en la mano, como si luego tuviese intención de sembrarlos.
—Guapas andaluzas las de Almería; todas con los ojos claros.
—Andaluzas rubias, que son las más bonitas.
—Las cuatro palmeras de la provincia están en la avenida. Luego, sales al campo y todo es tierra.
—Pena da tanta sequía.
—Por una carretera muy bonita, sin perder de vista el mar, se puede ir hasta Málaga.
—Peligrosa carretera.
—Muchos accidentes ha habido allí.
—¿Recuerdas la venta Eritaña?
—Y el camping de turistas.
—Yo vi una japonesita bañándose con bikini amarillo. ¡Ay! Qué bonitas piernas.
—El Mediterráneo no es un mar como los demás.
—Hace un año, en el Cantábrico, estando yo lavándome los pies...
—Está bien el Cantábrico; pero Gijón es una ciudad tristonra.
—Digo que estaba yo el verano pasado por ahora lavándome los pies en el Cantábrico...
—Y luego, qué tranvías tan viejos.
—Unas calles muy oscuras y como mojadas. Aquel día estaba yo lavándome los pies y...
—La playa de Gijón está llena de charcos. Pero todos los guardias de la ciudad son buenas personas.
—Las señoritas cruzan la calle en traje de baño y se meten en el agua.
—Los jardines de Gijón están tristes y polvorientos.
—Yo, ahora, vengo de Segovia.
—¿Camino de Madrid?
—Camino de Madrid.
—En Segovia dan pocas limosnas y todo lo echa uno en subir y bajar cuestras.
—Muy hermoso aquel acueducto.
—Dicen que es obra muy antigua.
—Por la calle principal, yo entré en una mercería a pedir limosna y me dieron cinco céntimos.
—Pues es tierra de buenos sentimientos.

—Y de mucho rezo.
—Son gentes antiguas y ahorradoras.
—Clérigos y militares.
—Y un cacahuetero que pinta a la acuarela y juega al tresillo con los señores.
—¿Sacamos otra herrada?
Esteban vertió por el suelo el agua de la herrada, refrescando la tierra en torno. Luego hicieron caer el cubo dentro del pozo. Sacaron el caldero chorreante, con mucho ruido de polea. Si en el ocio eran dos miserables mendigos, en el trabajo resultaban ya, casi, señores que condescienden al quehacer artesano. Bebieron y se remojaron.
—Y ahora camino de Madrid.
—Allí hay vida para todos.
—Por la Ribera de Curtidores tengo yo alguna familia. —El Manzanares no es río para tanta ciudad.
—Cuánto viaja el agua.
—Conozco uno del oficio que hace su carrera a la puerta de los Jerónimos.
—Los madrileños dan menos que antes.
—Pero en cambio hay más turismo.
—Yo estuve cuidando ovejas allá por los finales de la Castellana.
—Todavía queda algún rebaño.
—Pero dicen que han hecho rascacielos.
—Las ovejas se ponen pardas con el polvo de los ladrillos. Por allí andan todavía.
—¿Y el mercado de la Cebada?
—Está moderno y demasiado limpio.
—Madrid es Madrid.
—Hay en el mercado de la Cebada un carnicero que pinta cuadros y los rifa entre las parroquianas.
—A la espalda de Atocha, en la calle de Santa Isabel, todavía le dan desperdicios de pollo al que va de limosneo.
—Es barrio de casquerías.
—¿Conoces a alguien en el puente de Segovia?
—Un albañil parado que vive en un barracón.
—Los hay que se están años y años quietos en un sitio.
—Por el verano sale del barracón, como un señor, y se baña en el Manzanares.
—Nosotros, en cambio, preferimos andar tierras y ver el mapamundi.
—Para eso se tienen pies.
—Te echas a los caminos y eres tú sólo a pedir y toda España a dar.
—Con todo y con eso, uno pasa días de hambre.
—Como en todos los oficios.
—Pues yo diría que tú y yo nos conocíamos de algo.
—En algún pueblo habremos pedigüeñeado juntos.
—Viajamos como los ríos.
—¡Ay! Cuánto viaja el agua...

Escorial, fin de temporada

Cruzamos la frontera demasiado tarde. Mi amigo francés deseaba visitar El Escorial y llegamos allí, una tarde, en la tercera semana de septiembre. Fin de la temporada veraniega en la colonia serrana. El pueblo gris y el monasterio de oro. Alfred, mi amigo francés, tenía problemas con el motor de su pequeño, de nuestro pequeño automóvil. Estuvimos en un restaurante feo y como deshabitado, sin ninguna dignidad escorialense. Sí, habíamos cruzado la frontera demasiado tarde. Pero Alfred no se decepcionaba. Ni siquiera veía nada en torno. Desde que llegamos al pueblo se había limitado a interrumpir de vez en cuando su diálogo en francés con el motor del coche para tomar una breve película de las torres que imaginara Herrera. Por mi parte, busqué en el anuario telefónico, nerviosamente, el apellido de ella. Inútil. Tuve que acabar llamando a un teléfono que, desde luego, no era el suyo, pero podía haberlo sido. Más tarde, empalmé un diálogo lamentable con la telefonista del pueblo.

—¿Escorial pueblo o Escorial colonia? —era la disyuntiva que me planteaba su vocecilla nasal al otro lado del hilo.

Sabía yo anticipadamente que mi amor no podía estar aún allí, y me sentía loco y desconcertado removiendo la paz postestival del lugar, inquietando nombres y números telefónicos dormidos hasta el año siguiente, buscando un rastro entre las hojas amarillas, inútilmente. Pero había que buscar. Ella había consumido aquí su largo verano. Había pasado y paseado por estas calles. Subido, bajado esas escalinatas. ¿Y si estuviese todavía?

—Alfred, hemos venido demasiado tarde.

Alfred me leía catálogos y textos del rey Felipe, como si fuese yo el turista. Dentro del monasterio se me iba la mirada hacia los borrosos vidrios de las ventanas con sol, a través de los cuales se adivinaban las torres insignes en el cielo de septiembre. «... E porque otrosí nos auemos determinado, quando Dios nuestro Señor fuere seruido de nos lleuar para sí, que nuestro cuerpo sea sepultado en la misma parte y lugar, jûtamête cõ el de la Serenissima Princesa Doña María, nuestra muy cara y amada muger, q assimismo tiene determinado, qüado Dios nuestro Señor fuere seruido de lleuársela, de se enterrar jûtamête en el dicho monasterio...» Nos mezclamos, en la sala de las Batallas, con el último grupo de turistas. A Alfred le habían colgado de la solapa un cartoncito que le autorizaba a filmar trocitos de todo aquello. Nos asomamos al altar mayor, frente al cual ardían —¿o no ardían?— escalonados velones, entre columnas doradas, iluminando egregias inscripciones que no tuve paciencia para detenerme a leer. Alfred seguía con las palabras de nuestro rey y señor, que sonaban extrañamente, profundamente, en su voz francesa, por aquellos corredores.

Pero yo no era un turista. Yo buscaba a mi amor, demasiado tarde. Había ido al pueblo para eso. ¿O solamente para ilustrar a mi buen amigo Alfred sobre las grandezas del Imperio? «Ella ha paseado por ahí fuera con su pantalón vaquero», me decía interiormente, «... e que sean trasladados los cuerpos de los Ynfantes Don Fernando e don Iuan nuestros hermanos e de las Reynas Doña Leonor e Doña María nuestras tías. Por las cuales consideraciones fundamos y edificamos el monasterio de San Lorenciõ el Real cerca de la villa del Escorial en la diócesi y arzobispado de Toledo: el qual fundamos a dedicación y en nombre del biêuenturado San Lorenciõ por la particular deuoción q como dicho es tenemos a dicho Santo.» Cada turista joven, cada muchacha inglesa o francesa me hacía pensar en ella. «Billet d'ensemble pour visiter: Palais, Panthéons, Salles de Capitre, Bibliothèque, Nouveaux Musées, Maisonnette du Prince (rez de chaussée) et Maisonnette du Haut.» ¿Y si estuviese en un bar escuchando música, tomando una Coca-Cola? No. Toda la familia habrá regresado ya a Madrid.

—This is king's pantheons? —pregunta el grupo de ingleses.

«Mis libros de El Escorial y mis custodias labradas», cantaba aquel poeta del Imperio. Pero yo necesito encontrarla. Felipe II eligió el lugar «por su salubridad y frondosidad

melancólica». Frondosidad melancólica de septiembre en las copas de los árboles. Todo eso está afuera. Y quizá también esté ella. ¿Buscarla en Madrid? Imposible. Madrid es una gran ruleta humana. Tapices de Goya y Bayeu. Esto nos aleja del ceño profundo, sabio y pensativo de aquel rey grande y solitario. Ahora pienso que las palabras del monarca que antes me leyera Alfred le iban mejor, no sé por qué, a mi inquieta melancolía, a este desasosiego que me ha ganado desde que llegamos a El Escorial, cuando Alfred, sin salir aún del coche, exclamó, lleno de asombro, en su mal castellano: «¡Oh, un pueblo y un fulgor!».

El fulgor de estos muros con el resol del ocaso. El pueblo de El Escorial, ahora encalmado y silencioso como un agua donde de pronto vibra la campana del monasterio.

—¿Cuántos metros sobre el nivel del mar?

—Mil treinta metros, Alfred —contesté, contagiado ya, tras un largo viaje compartido, de su afán europeo de exactitudes. Aquí estoy, buscando a mi niña a mil treinta metros sobre el nivel del mar, de nuevo en las calles empedradas y casi verticales, entre árboles profundos y plazas espaciosas. Haciendo, de vez en cuando, absurdas llamadas telefónicas. «No la encontraremos; no la encontraré.»

—Café-café, tres cincuenta —leyó Alfred, de pronto.

Y entramos a tomar café-café por tres cincuenta. ¿De nuevo al teléfono? No. Lo mejor será callejear. Puede surgir en cualquier esquina. Calle de Floridablanca. Busto del marqués de Borja. Este europeo lo pregunta todo. Las calles terminan, allá arriba, en traseras y corrales. Calle de Alarcón —callecita al principio, con escalerillas—, en cuyo número nueve está la casa donde el escritor de Guadix imaginara *El Escándalo*. Todos los chalets están cerrados. Esos que parecen veraneantes no deben ser veraneantes, sino gentes del pueblo que se visten así por imitar a los de Madrid, cuando éstos se han ido. Ella suele permanecer aquí hasta principios del otoño. Su blusa blanca. Su pantalón desastroso. Tenemos que encontrarla. «En esta casa escribió don Pedro Antonio de Alarcón, insigne novelista español, su famosa novela *El Escándalo*. El Ayuntamiento de San Lorenzo. 1875-1916.»

—Es el autor, con Falla, de *El sombrero de tres picos*.

—¿*El sombrero de tres picos*?

Acabo de hacer feliz a mi amigo. En una plaza intemporal, solitaria, juegan los niños vestidos de blanco. Hay un viejo descapotable rojo, todo hocico, de forma anacrónica, con matrícula de Cuenca. Junto a él, también varado, un landó nonagenario con estampas del monasterio en las ventanillas. A la puerta de «La Escorialense», los autobuses de los excursionistas. La melonera lee una novelita en la esquina que marca el camino hacia el hotel Felipe II. Unas grandes parrillas metálicas decoran una fachada, junto a la que dos niños se disputan un triciclo. Se adivina el girar melancólico de la llave en las cancelas blancas de los hotelitos, clausurados hasta el año próximo. Los excursionistas del fin de semana han dejado un perdido rastro de guitarras y vino. Una última veraneante, joven, bella, pelirroja y con pantalón rosa, pasea por la avenida principal. ¿Por qué no pudo haber sido ella? No. Demasiados colores. Ella no se vis te así.

Desde la terraza del hotel Felipe II, frente a la llanura castellana, quise escudriñar todo el pueblo, abarcadoramente, con la mirada. Torres, veletas y chimeneas en el cielo de otoño. Las nubes dramáticas componen y descomponen su eterna batalla de San Quintín sobre la cúpula de la basílica. Árboles todavía frondosos rodean la piedra histórica. Cuando estábamos allá adentro, recorriendo salones, me asomé a uno de los espejos de la época; ¿de qué época? Me vi entre rostros antepasados que allí se miraron. Era un espejo oscuro, con agua revuelta de miradas pretéritas. Y tengo la sensación de estar paseando por el pueblo aquel rostro borroso, descompuesto. Se me debe notar demasiado que busco a alguien. Algo.

En la calle principal, en la avenida, una silla solitaria, abandonada, quizá, desde la última tertulia nocturna del verano, cuando la voz de ella andaba entre las demás voces, bajo la quieta noche herreriana. Las terrazas de los bares están vacías. Los montes Carpetanos entran de nuevo su presencia casi invernal en las calles del pueblo. Dos clérigos han salido del monasterio y ascienden una breve escalinata, alejándose luego calle abajo. Alfred les persigue dando carreritas, con su cámara tomavistas en acción. La nota humana para su reportaje de aficionado. El anuncio de un baile que debió de celebrarse allá por el mes de agosto. ¿Estuvo ella en ese baile? Es un consuelo pensar que sí. «Aunque bailar no le divierte demasiado.»

—¿Por dónde paseaba? ¿En qué bar se sentaba cada mañana?

—Un poco antes, Alfred. Teníamos que haber venido unas semanas antes.

Cuando había en los patios del monasterio conciertos y representaciones teatrales. Cuando los chicos y chicas de Madrid paseaban bajo estos árboles cogidos de las manos, en larga cadena con eslabones de manos. Cuando se reunían en torno de un giradiscos o una guitarra. El verano se ha ido de estos bancos de piedra. De las calles alegres que llevan a la sierra y los huertos con música de baile. La luz del ocaso llega como llegaría entonces. Como un manso animal con ojos de oro que ya no encuentra la mano humana, la mano amiga, y se queda indeciso, sin parpadeo, mirando fijamente este gran vacío que no es capaz de descifrar. Estoy agotado de buscar indicios, de entrar y salir en bares dormidos, de descubrir a cada paso pistas de ella que no llevan a ella...

Al anochecer, Alfred se reconcilió con el motor de su coche y nos refugiamos en el interior del vehículo. Mi amigo me repetía las palabras de la señorita guía del monasterio, que se le habían quedado fijas en la memoria como las imágenes del lugar en la película de su tomavistas. El aliento de los montes empequeñecía las ateridas luces del pueblo. «Escorial, fin de temporada...», musité. Tenía en el paladar el sabor del vino del pueblo y en los labios el regusto de la cantimplora de Alfred, inagotable manadero de ginebra. Había sido una búsqueda un poco loca. Un poco desesperada. «Vámonos», dije. Quizás, en Madrid, cualquier día...

Y tomamos la carretera de Madrid.

Tamouré

Al anochecer levanto la persiana de madera y me siento en el borde de la ventana. Hay que tirar fuerte para alzar la persiana, y sujetar luego la correa en algún clavo. Entumecida por el sol de todo el día, la madera se resiente y suena como un metrallero. Los chicos del barrio, allá abajo, se han reunido en torno de una guitarra. Adivino sobre mi cabeza el peso de los largueros enrollados de la persiana, pugnando, con breves quejidos, por descender de nuevo, verticalmente, como una guillotina. Aún se ven en la acera de enfrente algunas tiendas abiertas.

«Ha cruzado ya la frontera medio millón más de turistas que el año pasado en la misma fecha», decían los periódicos esta mañana. Se está bien aquí, cerca del tejado, cerca del aire azul de las alturas, escuchando, en lo hondo de la calle, el relámpago sonoro del cierre metálico de una tienda, la música incompleta de los chicos y su guitarra, los gritos mansos que se escapan de un diálogo sostenido de balcón a balcón, como una guirnalda de palabras, por encima o por debajo de mi ventana, en algún sitio que no alcanzo a ver. Y —rumor de mar cercano y distante— el rodar de los automóviles. «Ahora, tamouré.» Los de la guitarra van a tocar y cantar «tamouré». Debe ser el ritmo de este verano. La melodía de estos meses calientes y dorados. Conozco vagamente a los chicos del barrio. Son, supongo, los hijos de los porteros o los dependientes de las tiendas de los alrededores. Visten camisas mustias de diversos colores y pantalones vaqueros. Enciendo un cigarrillo en la oscuridad. Las fachadas que tengo frente a mí son ya una gran superficie plana y en sombra, constelada de ventanas con luz y ventanas a media luz. Cada hogar, con su pequeño sol doméstico. La vida en amarillo, la vida en casi blanco, en casi grana, en casi azul. «Medio millón más de turistas que el año pasado en estas mismas fechas...»

—Que toque David.

La guitarra debe haber pasado a manos de David. ¿La habrán comprado entre todos? Suelen sentarse a la puerta del garaje, en el suelo, muy cerca unos de otros. No rondan a nadie. Son chicos sin novia. Deben estar enamorados de Françoise Hardy, de cantantes o actrices francesas, americanas. De mujeres así. Tocan hasta muy tarde. A veces desafinan, a veces discuten.

«... que también Delita ha estrenado bikini, pero yo no me lo pongo porque creo que no me favorece y además no sé qué me da. ¿Crees tú que me favorecería a mí el bikini? Tampoco aquí ha hecho calor este año, y me parece que no lo está haciendo en ningún sitio, pero ya sé que dices que escribo unas cartas muy tontas de modo que voy a dejarlo y...» La carta debe estar en algún sitio, por la habitación, ahí dentro, en la oscuridad. El cielo está muy claro y las estrellas más cercanas son como señales indicadoras que quisieran llevarnos a no sé qué fiesta de verano. Sí, son como las primeras luces de una fiesta que no se puede precisar bien dónde suena ya o todavía. La luna, casi deslumbrante, aunque envuelta en una especie de quieta polvareda nocturna, está como de sobra en el cielo. Es una joya excesiva. Un regalo con el que nadie se queda. Cuando baje la persiana para irme a dormir, volverá a sonar en esta solitaria altura su ráfaga de metrallero, su canto de codorniz súbita. Han cerrado allá abajo todas las tiendas. Sólo queda abierto el pequeño bar. Vienen coches, casi siempre de uno en uno, del fondo de la calle.

Esta calle tiene dirección única.

Tamouré. Es una hermosa y recalentada palabra. Ta-mou-ré. Hay que pronunciarlo así. Asimilando el ingenuismo de la primera sílaba; poniendo un tibio mimo en el «mou»; dejando escapar el aire en el acento agudo. Suena a Caribe falso. A trópico de microsuro. Pero es bonito. Es fácil. Sabe a verano, a este verano, precisa mente, y hace compañía. Un ritmo monótono, una cálida insistencia. La vida en amarillo. Aquella familia, la familia de aquella ventana, va a sentarse en torno de la mesa. Cenar un poco tarde, por lo que se ve. Siempre cenar un poco tarde. La vida en casi azul. Hay

dos hombres con las camisas abiertas, en la habitación de aquel primer piso. Padre e hijo, seguramente. Fuman, o charlan, o leen. Están inmóviles. Ta-mou-ré. La vida en casi grana. El hombre en camiseta lee su periódico. La vieja del tercero se pone una bata sobre otra. La vida en casi blanco. Ha entrado una muchacha en esa estancia clara. Por un momento, la curiosidad, el deseo de retener su melena y su vestido alegre en el hueco de luz que limitan las hojas entornadas de la ventana. (Ellos cantan allá abajo.) Mas ha desaparecido el rectángulo blanco. La muchacha, al otro lado de la calle, ha hecho girar el conmutador. Hasta la fecha, medio millón más de turistas que el año pasado. Y en algún lugar del mundo —lo decían los periódicos de la tarde— se ha firmado un tratado, otro tratado de paz antiatómica. Estroncio-90. Dicen que el estroncio-90 conspira silenciosamente contra nosotros en la atmósfera. Ta-mou-ré. Ellos cantan Tamouré. Estroncio-Tamouré. ¿Es la ecuación de este verano? Saber que una mujer, cerca del mar o de la sierra, te ha escrito, me ha escrito, está escribiendo una carta. Para mí. O la escribió esta tarde, entre los pinos, frente a no sé qué mar, frente a ningún mar. Un papel doblado que viaja hacia mí dentro de la botella de la noche. «¿Crees tú que me favorecería a mí el bikini...?» Ellas son así, escriben así. Escriben como son. Forman parte del paisaje. No saben si el mundo, la naturaleza, las quiere desnudas o vestidas. Dudan siempre entre varias hermosuras. Dudas entre ser tú o ser otra. «Tampoco aquí ha hecho calor este verano y me parece que no lo está haciendo en ningún sitio.» Viven en el calor, en el frío. Son el frío y el calor. Pertenecen a esa patria cambiante que es el clima. «Continúa también en Polonia la ola de calor» —decían esta noche los periódicos. «El termómetro ha alcanzado los 43 grados centígrados al sol. Diez personas han ingresado en un hospital afectadas de insolación. Por otro lado, en el mar Báltico, donde nunca suelen registrarse temperaturas muy elevadas, el termómetro alcanzó los 21 grados centígrados a lo largo de las costas polacas y 24 en la bahía de Szczecin.» Esa gente está terminando de cenar.

—¿Habrán comprado la guitarra entre todos?

Son chicos pobres de barrio elegante. Tienen la melancolía ciudadana del adolescente desvalido que crece al costado de los automóviles suntuosos y las mujeres elegantes. Saben a qué huele eso, a qué sabe eso. Hijos de ujieres y mayordomos, heredan a veces la ropa cara de otros chicos de su edad. Ahora se han comprado una guitarra. Están como un poco presos en estas calles, en este barrio. Implantan un retazo de suburbio sobre la acera. Del suburbio donde serían libres y fuertes. Y comparten la música de los otros; comparten, en cierto modo, gracias a la música, el mundo de los otros. La música de una misma generación es el mar secreto y melódico que les une. Quizá, lo único o lo primero que les une. Sienten al unísono en la música. En esta música estival, mojada de sol, ronca de guitarras eléctricas. Rumor de mar cercano y distante, el rodar de los automóviles por la noche de la ciudad. El cielo está muy claro y las estrellas más brillantes son como las primeras o las últimas luces de una fiesta de verano. La luna parece sobrarle al cielo. Quién sabe si un papel doblado viaja hacia mí en la negra botella de la noche. Durante el día de ayer la temperatura alcanzó en el mar Báltico los 21 grados centígrados.

Se está bien aquí, cerca del tejado. Ya nadie charla de balcón a balcón. He dejado de fumar y, desaparecida la lucecita de mi cigarro, es como si yo mismo me hubiese diluido en la noche. Desleído en las sombras. La vida en amarillo. La vida en casi grana. Va quedando negra la gran fachada. Se apagan las luces de las ventanas. Huele, de pronto, a campo, sobre los tejados de Madrid. La calle, negra y profunda, es un largo desfiladero de cuyo fondo ascienden trasuntos de hoguera nocturna, de gasolina quemada. Huele a neumático y a vecindario la gran noche del estío. Huele, quizás, el aire del mundo, a estroncio-90. El amor, la sangre, el cáncer de pulmón, los virus, el mar, las savias subterráneas trabajan en el silencio, tejen este gran presente

donde yo me hallo, donde nada viene a instalarse. Los chicos de la guitarra se despiden a voces. Ayer, 21 grados centígrados en el Báltico. ¿Y en las piscinas de Madrid, cuántos grados centígrados?

Esta mañana, en la piscina, había unos niños rubios, americanos, al cuidado de una señora bella y silenciosa. Había adolescentes con bañadores de todos los tamaños. De todos los colores. Y un fragor de agua azul y verde —agua de colores falsos— en el que se movían cabezas felices, torsos denodados. Una mujer de piernas levemente musculosas, tostada en un tono dorado y mate, paseó largo rato al borde de la piscina. Se ponía y se quitaba las gafas negras. Encendía y arrojaba cigarrillos. Estuvo tendida a pleno sol. Nadó brevemente. Luego, cuando se puso una bata para marcharse, me pareció que envejecía secretamente. Tenía una belleza un poco violenta. Nada de la belleza sedante, convaleciente, indecisa, que uno prefiere o necesita. Pero la contemplé durante un rato, con infinito alivio de no ser su galán. Satisfecho de poder verla y nada más. ¿No es, quizá, la forma mejor de fijar en uno mismo, sin destruirlo, aquello que nos seduce? Ella vivía en el pequeño edén circular de mi mirada, entre una vegetación de brazos y piernas al sol. Eva sin Adán. Eva adánica.

Luego se fue. Y la olvidé. Toda la tarde, toda mi tarde, con el recuerdo del agua en la piel. La piel y su memoria. Una tarde como las otras; buscando manantiales de penumbra. Hasta la gran laguna negra de la noche. Esta laguna en cuyo fondo, en cuyas orillas, trabajan las savias subterráneas, y los virus, y el amor, y la sangre, y el cáncer de pulmón. Ahora, recuerdo a la mujer dorada de la piscina. Hay que bajar la persiana. Se han ido los del Tamouré. «Tampoco aquí ha hecho calor este año y me parece que no lo está haciendo en ningún sitio.» Un automóvil, allá abajo. Otro. Ellas son así. Forman parte del paisaje. Pertenecen a esa patria cambiante que es el clima. «Continúa en Polonia la ola de calor.» Sigue encendida la luz en aquella ventana. Se diría que no la van a apagar en toda la noche. Me tiendo en la cama sin sueño. Volver mañana a la piscina. Un agua hermosa de colores falsos. ¿De qué color es el agua en el mar Báltico, en las costas polacas, en la bahía de Szczecin? Bañarse —¡oh...!—, en el Báltico, «... que también Delita ha estrenado bikini.» Ellas son así.

Mañana habrá que contestar a esa carta.



FRANCISCO UMBRAL (Madrid, 1932 - Boadilla del Monte, 2007).

Fruto de la relación entre Alejandro Urrutia, un abogado cordobés padre del poeta Leopoldo de Luis, y su secretaria, Ana María Pérez Martínez, nació en Madrid, en el hospital benéfico de la Maternidad, entonces situado en la calle Mesón de Paredes, en el barrio de Lavapiés, el 11 de mayo de 1932, esto último acreditado por la profesora Anna Caballé Masforroll en su biografía *Francisco Umbral. El frío de una vida*. Su madre residía en Valladolid, pero se desplazó hasta Madrid para dar a luz con el fin de evitar las habladurías, ya que era madre soltera. El despego y distanciamiento de su madre respecto a él habría de marcar su dolorida sensibilidad. Pasó sus primeros cinco años en la localidad de Laguna de Duero y fue muy tardíamente escolarizado, según se dice por su mala salud, cuando ya contaba diez años; no terminó la educación general porque ello exigía presentar su partida de nacimiento y desvelar su origen. El niño era sin embargo un lector compulsivo y autodidacta de todo tipo de literatura, y empezó a trabajar a los catorce años como botones en un banco.

En Valladolid comenzó a escribir en la revista *Cisne*, del S. E. U., y asistió a lecturas de poemas y conferencias. Empezó su carrera periodística en 1958 en *El Norte de Castilla* promocionado por Miguel Delibes, quien se dio cuenta de su talento para la escritura. Más tarde se traslada a León para trabajar en la emisora *La Voz de León* y en el diario *Proa* y colaborar en *El Diario de León*. Por entonces sus lecturas son sobre todo poesía, en especial Juan Ramón Jiménez y poetas de la Generación del 27, pero también Valle-Inclán, Ramón Gómez de la Serna y Pablo Neruda.

El 8 de septiembre de 1959 se casó con María España Suárez Garrido, posteriormente fotógrafa de *El País*, y ambos tuvieron un hijo en 1968, Francisco Pérez Suárez «Pincho», que falleció con tan sólo seis años de leucemia, hecho del que nació su libro más lírico, dolido y personal: *Mortal y rosa* (1975). Eso inculcó en el autor un característico talante altivo y desesperado, absolutamente entregado a la escritura, que le suscitó no pocas polémicas y enemistades.

En 1961 marchó a Madrid como corresponsal del suplemento cultural y chico para todo de *El Norte de Castilla*, y allí frecuentó la tertulia del Café Gijón, en la que recibiría la amistad y protección de los escritores José García Nieto y, sobre todo, de Camilo José Cela, gracias al cual publicaría sus primeros libros. Describiría esos años en *La noche que llegué al café Gijón*. Se convertiría en pocos años, usando los seudónimos Jacob Bernabéu y Francisco Umbral, en un cronista y columnista de prestigio en revistas como *La Estafeta Literaria*, *Mundo Hispánico*(1970-1972), *Ya*, *El Norte de Castilla*, *Por Favor*, *Siesta*, *Mercado Común*, *Bazaar*(1974-1976), *Interviú*, *La Vanguardia*, etcétera, aunque sería principalmente por sus columnas en los diarios *El País*(1976-1988), en *Diario 16*, en el que empezó a escribir en 1988, y en *El Mundo*, en el que escribió desde 1989 la sección *Los placeres y los días*. En *El País* fue uno de los cronistas que mejor supo describir el movimiento contracultural conocido como *movida madrileña*. Alternó esta torrencial producción periodística con una regular publicación de novelas, biografías, crónicas y autobiografías testimoniales; en 1981 hizo una breve incursión en el verso con *Crímenes y baladas*. En 1990 fue candidato, junto a José Luis Sampedro, al sillón F de la Real Academia Española, apadrinado por Camilo José Cela, Miguel Delibes y José María de Areilza, pero fue elegido Sampedro.

Ya periodista y escritor de éxito, colaboró con los periódicos y revistas más variadas e influyentes en la vida española. Esta experiencia está reflejada en sus memorias periodísticas *Días felices en Argüelles* (2005). Entre los diversos volúmenes en que ha publicado parte de sus artículos pueden destacarse en especial *Diario de un snob* (1973), *Spleen de Madrid* (1973), *España cañí* (1975), *Iba yo a comprar el pan* (1976), *Los políticos* (1976), *Crónicas postfranquistas* (1976), *Las Jais* (1977),

Spleen de Madrid-2 (1982), *España como invento* (1984), *La belleza convulsa* (1985), *Memorias de un hijo del siglo* (1986), *Mis placeres y mis días* (1994).

En el año 2003, sufrió una grave neumonía que hizo temer por su vida. Murió de un fallo cardiorrespiratorio el 28 de agosto de 2007 en el hospital de Montepríncipe, en la localidad de Boadilla del Monte (Madrid), a los 75 años de edad.